Libros que ayudan a entender el mundo

Claves Contemporáneas 360º

Cristina Monge, José Ángel Bergua, Jaime Minguijón y David Pac (coords.)

Tras la indignación

El 15M: miradas desde el presente

360º

→ «El 15M emitió unas señales. Luces y sombras diez años después.»

gedisa editorial

Libros que ayudan a entender el mundo

Claves Contemporáneas 360º

Cristina Monge, José Ángel Bergua, Jaime Minguijón y David Pac (coords.)

Tras la indignación

El 15M: miradas desde el presente

360º

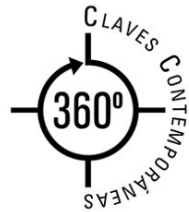
→ «El 15M emitió unas señales. Luces y sombras diez años después.»

gedisa editorial

Cristina Monge, José Ángel Bergua,
Jaime Minguijón y David Pac (coords.)

TRAS LA INDIGNACIÓN

Claves Contemporáneas
360º



La sombra de Octubre
(1917-2017)
Christian Laval y Pierre Dardot

Terrorismo
Una guerra civil global
Donatella Di Cesare

Romper con las megaempresas
Joost Smiers, Pieter Pekelharing, John Huige

La pesadilla que no acaba nunca
El neoliberalismo contra la democracia
Christian Laval y Pierre Dardot

La nueva razón del mundo
Ensayo sobre la sociedad liberal
Christian Laval y Pierre Dardot

Común
Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI
Christian Laval y Pierre Dardot

Elogio de las fronteras
Régis Debray

TRAS LA INDIGNACIÓN

El 15M: miradas desde el presente

Cristina Monge, José Ángel Bergua,
Jaime Minguijón y David Pac (coords.)

gedisa
editorial

© 2021, Cristina Monge, José Ángel Bergua, Jaime Minguijón y David Pac (coords.) y de los autores.

Corrección: Marta Beltrán Bahón

© De la imagen de cubierta: Ismael Llopis

Primera edición: abril de 2021, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones castellano en todo el mundo

© Editorial Gedisa, S.A.

http:www.gedisa.com

Preimpresión:

Editor Service, S.L.

www.editorservice.net

eISBN: 978-84-18525-42-1

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en

castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Panorámica retrospectiva.

Las señales del 15M, una década después

Cristina Monge

Parte I

Política tras la indignación

Tras la indignación, las encrucijadas democráticas

Quim Brugué

Ya éramos diferentes. Los efectos del 15M sobre las actitudes políticas

Araceli Mateos, Carol Galais y Eva Anduiza

Diez años después, ¿qué ha sido de las demandas del 15M que un día marcaron las agendas política y mediática en España?

Borja Barragué

Parte II

Imaginarios, ingenios y culturas

El 15M y lo indeterminado

José Ángel Bergua

Desde movilizaciones-movimientos a ingenios para la autoorganización

Tomás R. Villasante

Los Comunes. Una manera diferente de gestionar lo social

Maribel Casas-Cortés

Parte III

Los Ayuntamientos del cambio

Madrid y el ciclo político del 15M

Jorge Lago Blasco

«Ayuntamientos del cambio», entre la calle y las instituciones: el caso de Zaragoza

Jaime Minguijón Pablo y David Pac Salas

«No olvidemos nunca quiénes somos ni por qué estamos aquí». Sobre Barcelona en Comú, movimientos sociales y cambio radical

Iolanda Bianchi, Yunailis Salazar, Marina Pera

«Ayuntamientos del cambio», políticas públicas y relaciones con los movimientos sociales: el caso de Cádiz

María A. Ribón, Beltrán Roca y Víctor Peña González

Parte IV

Un punto de inflexión en la comunicación activista y los flujos de información

15M: semillas cívicas para el activismo político

Antoni Gutiérrez-Rubí

Radicales con palabras suaves

Del 15M a la «moderación crispada»

Maria Corrales Pons y Alán Barroso Arrufat

Nueva estructura de flujos de información: el 15M como epifenómeno de la transición digital

Raúl Rojas-Andrés y Miguel Álvarez-Peralta

Parte V

Miradas desde el otro lado del Atlántico

El 15M español y el 2001 argentino: los movimientos feministas como herencia de lucha social

Eduardo Chávez Molina y Javiera Fanta

Experimentos contra el aburrimiento mortal en la espiral del tiempo. Aproximación anacrónica a la deriva

Sol-Zucottiana del movimiento de las plazas

Luis Moreno-Caballud y Begoña Santa Cecilia

El aporte de los sujetos políticos subalternos en las revueltas de Chile y España

Pamela Vaccari Jiménez

Tras esta mirada que permite contextualizar lo que fue el 15M y recordar algunas de sus características y mensajes, a continuación, investigadores e investigadoras que siguieron de cerca la movilización profundizarán en aspectos políticos, culturales y comunicativos, en las experiencias de las candidaturas municipalistas y en cómo se entendió, se vivió y se interpretó el movimiento de los indignados desde el otro lado del Atlántico. A todas y todos, gracias por el interés en participar en esta retrospectiva y por la calidad de vuestros trabajos.

Panorámica retrospectiva. Las señales del 15M, una década después

Cristina Monge

[1]

Una crisis financiera que pronto se convirtió en económica. Una crisis económica que enseguida mutó en social. Una crisis social que no podía permanecer ajena a la política. Casi un 50% de desempleo entre los y las jóvenes, y severos recortes de lo público. En este contexto, en una situación de la que sólo nos separan diez años, el movimiento 15M, o movimiento de los indignados, catalizó reivindicaciones y malestares previos integrándolos con los propios de aquel momento.

La crisis, mostrando desde muy pronto su carácter multidimensional, puso de manifiesto el agotamiento de algunos de los conceptos e instrumentos políticos que habían cristalizado en la Transición española: el papel de los partidos políticos, convertidos entonces en protagonistas exclusivos de la democracia; el rol de la sociedad civil, mucho más endeble que en otros países del mismo entorno; y por supuesto la idea de participación, que jamás llegó a dar frutos suficientes como para implicar a una parte sustancial de la ciudadanía. Tanto, que algunos expertos y activistas vieron en el 15M el inicio de una Segunda Transición, llamada esta vez a fortalecer la sociedad civil lo suficiente como para robustecer el sistema democrático (Monge, 2017). Los indignados hicieron esta lectura de la estructura de oportunidad política y la plasmaron en

sus protestas y propuestas, dibujando lo que algunos analistas entendieron como un proceso constituyente para dar respuesta al momento destituyente que la crisis había instaurado.

Jóvenes a los que la sociedad había fallado en su promesa de bienestar, junto con otros no tan jóvenes que se consideraban a la par estafados y cómplices de la estafa, se vieron expulsados del mismo. «No somos antisistema, el sistema es antinosotros», decían. En el «sistema» no incluían sólo a los grandes poderes económicos, ni sólo a la clase política, sino al conjunto de actores percibidos como parte esencial del establishment, a los que más tarde Podemos denominaría «la casta». De ahí el «no nos representan» señalando a los líderes políticos, o la compleja relación con sindicatos y medios comunicación, entre otros. Se declaraba oficialmente inaugurada la crisis de la intermediación. No obstante, no se derivó de este discurso un cuestionamiento de la democracia ni un argumentario antipolítico. Más bien al contrario, el 15M apostó por más democracia y más política, de forma que ésta trascendiera los límites de lo institucional.

Desde el punto de vista de la movilización, el 15M fue el primer gran exponente de un modelo que iba aún más lejos que los nuevos movimientos sociales. El énfasis en la idea de multitud frente a la de colectividad, la demanda de repolitización de la sociedad, la unión de valores materialistas y posmaterialistas, y el hecho de poner en el centro de su atención la defensa de la democracia, la participación o la equidad eran algunos de los rasgos que lo pusieron de manifiesto (Castells, 2012; Toret, 2013).

Cuadro 1: Viejos, nuevos movimientos sociales y 15M

▪

	Viejo paradigma	Nuevo paradigm	15M
Actores	Grupos socioeco	Colectividades a	Multitudes conecta
Objetivos	Integración polít	Cambio de valor	Cambio en la cultu
A quién se dirige	Autoridades polí	Autoridades púb	Autoridades públi
Enfoque	Enfoque ofensiv	Enfoque defensi	Enfoque defensivo

Contenidos	Crecimiento eco	Paz, medioambi	Democracia, partic
Valores	Materialistas: lib	Posmaterialistas	Posmaterialistas: i
Identidad	Sólida, bien defi	Difusa.	Difusa.
Lógica de actuac	Negociación, int	Confrontación.	Confrontación no viole
Modos de acción	Interno: organiza	Interno: informa	Interno: informal,
Estructura social	Sociedades indus	Sociedades posti	Sociedad global, p

▪

Fuente: Monge, C., 2017.

En cuanto a la estructura de movilización conviene recordar que se trataba del primer gran movimiento en red (Castells, 2012; Cruells e Ibarra, 2013; Della Porta y Diani, 2011), con la indiferenciación interna como seña de identidad, una clara apuesta por la horizontalidad, la colaboración y la ausencia de liderazgos definidos, capaz de crear un espacio híbrido entre la red y el espacio público y de poner en práctica lo que Castells llamó la lógica «no productivista», aquella en la que el producto del movimiento es el propio proceso del mismo, haciendo del debate continuo una seña de identidad. Las redes sociales, que eclosionaron al ritmo de la movilización, tuvieron un papel esencial en la misma.

Como es propio de los movimientos sociales, el 15M no dispuso de una tabla de reformas que negociar. Su aportación hay que leerla más bien como el señalamiento de aquellos temas pendientes que, de hecho, han protagonizado buena parte del debate público español de la segunda década del siglo XX.

En la literatura especializada se habla de «efectos», «impactos» y «éxito» de los movimientos sociales. Respecto a los dos primeros, son muchos ya los trabajos que los equiparan (Casquette, 1998). Más conflictiva, sin embargo, es la idea de éxito, que alude a la consecución de los objetivos propuestos. Objetivos planteados por el movimiento y que dan razón de ser al mismo, que son distintos de los éxitos que puede tener una movilización o una acción concreta. El éxito en la movilización es distinto al éxito en la consecución de los objetivos del movimiento. Del éxito en la movilización de los indignados nadie duda. La discusión sobre el éxito de sus objetivos, sin embargo, permanece abierta.

Cuatro señales que emitió el 15M y que han delimitado el perímetro del debate político durante una década

Con objeto de avanzar en el debate, se propone aquí pensar en algunas de las señales que el 15M emitió y analizar, diez años después, qué ha sido de ellas. Sin ánimo de exhaustividad, a lo largo de las siguientes páginas se enumeran algunas de las más relevantes; aquellas que protagonizaron buena parte de los lemas que se oían y se leían en las plazas.

Señal 1: «Entre capullos y gaviotas, nos han tomado por idiotas». Los partidos tradicionales ya no valían.

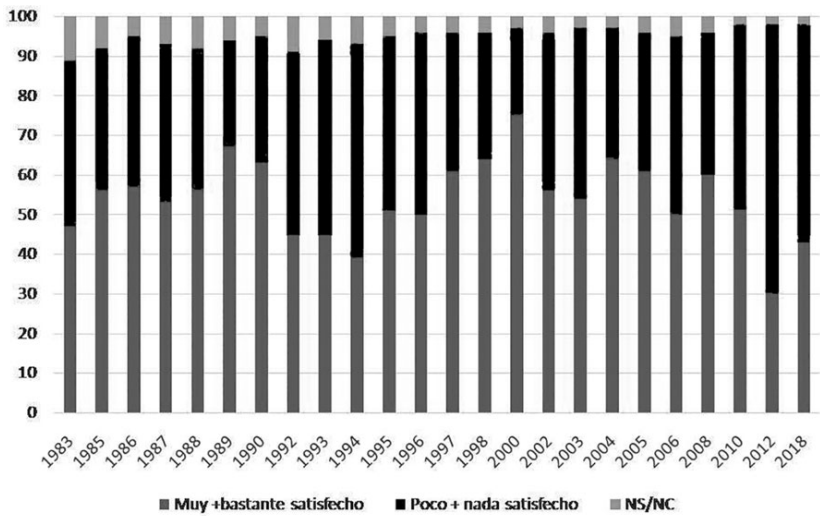
La señal más nítida que el 15M envió es que los partidos tradicionales no eran ya capaces de satisfacer las necesidades de buena parte de la población. Mayoritariamente de los jóvenes, pero no sólo de los jóvenes. De ahí la emergencia de un nuevo cleavage político sobre la «vieja» y la «nueva» política. Podemos y las candidaturas municipales de 2015 en el ámbito progresista, y Ciudadanos[2] en el conservador, son la consecuencia de aquello que señalaban los indignados: «No nos representan». ¿Quiénes?, ¿los políticos? No. Los partidos que durante más de tres décadas habían protagonizado la vida política española y en medio de una crisis eran incapaces de ofrecer soluciones. Las expectativas depositadas en las nuevas formaciones eran, de esta manera, proporcionales a la desafección que causaban los partidos tradicionales. Y quizá haya que buscar en este elemento algunos de los motivos de su fugacidad.

Diez años después, y como es sabido, a grandes éxitos han seguido descensos bruscos: Podemos alcanzó su mayor triunfo electoral en la repetición de las elecciones generales en junio de 2016, cuando cosechó el 21,5% de los votos. Desde entonces, inició una fase de declive en las urnas que le dejó en un 13% en la repetición electoral de noviembre de 2019, lo que, no obstante, le ha permitido ocupar la vicepresidencia del Gobierno de España y cinco ministerios.

Las candidaturas municipales han tenido también trayectorias

distintas. En 2015 consiguieron gobernar los llamados «Ayuntamientos del cambio» en ciudades relevantes como Madrid, Barcelona, Cádiz, Coruña y Zaragoza. Cuatro años después, y con un significante descenso de votos en casi todas ellas, mantienen la alcaldía en Barcelona y Cádiz.[3]

Figura 1: Satisfacción con la democracia en España 1983-2018



Fuente: elaboración propia con datos del CIS.

Similar ha sido la trayectoria de Ciudadanos, que, tras un incremento constante de votos, acarició el primer puesto en el espacio conservador en las elecciones de abril de 2019 con un 15,86% de los votos. Siete meses después, y tras la repetición electoral de noviembre, su balance en las urnas era del 6,79%, lo que provocó una enorme crisis que se saldó con la dimisión de su secretario general y el alejamiento de una parte significativa de militantes y simpatizantes.

Señal número 2: «No nos representan». La recuperación de la credibilidad en la democracia pasaba por la participación, la transparencia y la rendición de cuentas de sus principales actores sociales y políticos.

El 15M señaló la necesidad de profundizar en democracia mediante la participación, la transparencia y la rendición de cuentas. Y fue más allá: en línea con lo que Rosanvallon llamaría la «democracia de apropiación» (Rosanvallon, 2015), los indignados proponían que estos criterios inundaran todo el espacio público. Diez años después se constata en múltiples estudios que distintos actores sociales y políticos, con más o menos acierto, han ido tomando medidas al respecto, descubriendo tanto su potencial como sus límites.

Los temas que el 15M hizo emerger desde las redes y las plazas acabaron entrando en casi todas las organizaciones políticas, con resultados dispares. Se trata fundamentalmente de procesos de selección de las élites con elecciones primarias o dispositivos similares, la aprobación de códigos éticos, la limitación de mandatos o medidas de transparencia recogidas por los partidos políticos, entre otros asuntos. Parece difícil que estas medidas vayan a retroceder. Cosa distinta será la evaluación de su eficacia y si, efectivamente, han sido instrumentos útiles en lo que se proponían, que no era otra cosa que incrementar la calidad democrática de esas organizaciones (Gomez Yañez y Navarro, 2019; Rodriguez Teruel y Barberá, 2019). El debate está abierto, y dada la generalizada incorporación de estas dinámicas, seguro que es objeto de atención los próximos años por parte de la sociología y la ciencia política.

Aquí una derivada de las muchas que se plantean: «Las elecciones primarias son aquellas en las que los partidos invitan a sus afiliados, y en ocasiones también a sus simpatizantes, a participar en la selección de sus candidatos a cargos públicos. Las elecciones internas, por otro lado, son aquellas mediante las cuales los afiliados eligen de forma directa a sus principales dirigentes orgánicos. Ambas han llegado para quedarse. Pero, a diferencia de las primeras, las elecciones internas, lejos de representar el «triunfo de las bases» frente a los aparatos, suponen el triunfo del líder (y su equipo) sobre las viejas oligarquías internas, normalmente de corte

territorial» (Gómez Yañez y Navarro, 2019).

Como elemento colateral a estas señales, y a consecuencia en buena medida del comienzo de un nuevo ciclo, se inició una regeneración de las élites. Es decir, este conjunto de cambios dio paso a una nueva generación que lidera hoy las formaciones políticas, pero también las sociales, las financieras, empresas relevantes, el mundo de la cultura, el conocimiento, la creación de opinión, etc.

Significativos han sido también los avances en materia de transparencia y rendición de cuentas, al menos en el caso de las Cortes Generales. Así lo señalan, entre otros, el Grupo de Estudios contra la corrupción (GRECO) en su informe de junio de 2019.[4] Las declaraciones de Bienes y Rentas de Diputados y Senadores se empezaron a hacer públicas en septiembre de 2011.[5]

Desde entonces, se han sucedido una serie de medidas en esta dirección, como el acuerdo de las mesas de Congreso y Senado sobre normas de registro de intereses en julio de 2011, o la aprobación de un Código de Conducta para los diputados publicado en abril de 2019 para dar respuesta a las exigencias de la 19/2013, de 9 de diciembre, de transparencia, acceso a la información pública y buen gobierno, derogado en octubre de 2020 y sustituido por el Código de Conducta de las Cortes Generales publicado en el BOCG de 8 de octubre 2020.[6]

Lo anterior no significa que se hayan superado las asignaturas de transparencia y rendición de cuentas, pero es necesario constatar los pasos dados una vez que estos asuntos tomaron protagonismo en la agenda pública. Para avanzar en esta dirección, Transparencia Internacional, en su informe Integrity Watch Spain de noviembre de 2020, formula una serie de recomendaciones.[7]

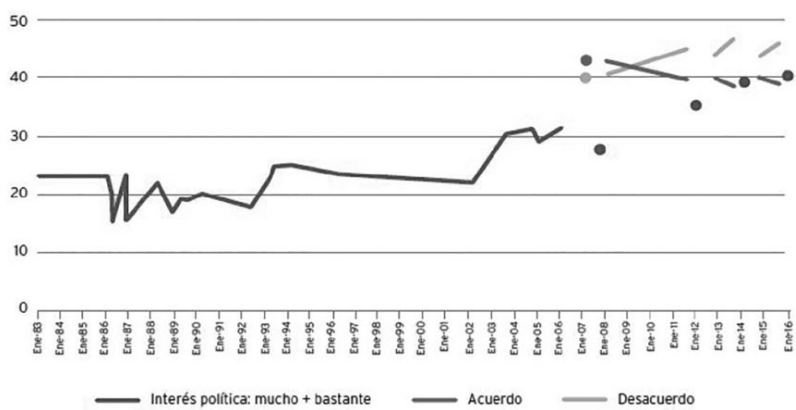
Señal número 3: «Me gustas, democracia, pero estás como ausente». Era el momento de poner «la política en el centro».

El 15M señaló también la necesidad de «poner la política en el

centro», es decir, de repolitizar la sociedad de forma que fuera la base para un sistema político más democrático. El descubrimiento del potencial transformador de la acción colectiva que supuso el 15M fue un desafío y un cuestionamiento de la máxima neoliberal según la cual no hay alternativa y la Historia ha llegado a su estación término. Sus propuestas iban encaminadas a reducir esta separación y encontrar elementos de coproducción política, aunque este aspecto no contiene una propuesta clara en el discurso subyacente del movimiento ni llega a abordar los detalles de esta coproducción que, como han señalado algunos expertos, genera dudas en cuanto a la identificación de los actores, el papel mediador de la política, o la gestión del disenso, entre otros.

Resulta significativo que, pese a una creciente desconfianza en las instituciones, el interés por la política era ya alto en tiempos del 15M.

Figura 2: Interés por la política y acuerdo/desacuerdo con la frase «La política le parece tan complicada que la gente como usted no puede entender lo que pasa»



Fuente: Encuesta Social Europea.

Hay al menos dos elementos que invitan a pensar que esta repolitización ha perdurado en el tiempo. Por un lado, y pese a una creciente desafección política e incluso dos repeticiones en elecciones generales, se han mantenido niveles de participación electoral similares en las últimas citas con las urnas, incluso se alcanzó la cifra casi récord del 75% en abril de 2019.[8]

Por otro lado, y no por ello menos relevante, hay que subrayar que se han seguido produciendo movilizaciones masivas como las que se han sucedido estos años con motivos como las reivindicaciones feministas o las causas medioambientales, pasando por las derivadas del conflicto nacionalista en Cataluña. Todos estos elementos parecen indicar que la política sigue siendo objeto de interés y atención por parte de la sociedad española en un grado mayor al que podía observarse en los años previos a la crisis.

Al mismo tiempo, y en el seno de Ayuntamientos y Gobiernos autonómicos, han ido viendo la luz en los últimos años espacios de innovación social y política que, inspirados por la idea de coproducción política, intentan acercar los procesos de elaboración de políticas públicas a sectores interesados de la ciudadanía.[9]

Señal 4: «CCOO y UGT no están aquí. Están reunidos con los empresarios». También lo social debía repensarse.

La señal de renovación de las organizaciones que lanzó el 15M no se quedó en los partidos. Se hizo extensiva al conjunto de la población. Tanto, que emergió un nuevo tipo de movilización que podríamos caracterizar como «modelo 15M». Se trata de movimientos que surgen al margen de las estructuras tradicionales, desbordando a las organizaciones sociales que hasta ese momento los pilotaban, con picos muy altos de participación, recogiendo un amplio espectro social que les da transversalidad, organizados en red y con un importante uso de las tecnologías de la información y la comunicación.

Son movimientos como el 8M de los últimos tres años, la

movilización de los jubilados, o el más reciente contra el cambio climático liderado por los jóvenes. En definitiva, un modelo difuso y líquido, con fuertes impactos mediáticos concentrados en el tiempo, pero con serias dificultades a la hora de mantener y estabilizar su actividad.

A modo de conclusión, en retrospectiva

Para valorar la transcendencia que un movimiento social ha tenido puede resultar útil vislumbrar las señales que en su momento emitió y valorar qué ha sido de ellas. En este breve repaso se han analizado algunas de esas señales para comprobar cómo todas han tenido algún recorrido, más o menos tímido y más o menos exitoso, en el espacio público en la última década.

Como movimiento social que fue (en su momento esto generó un debate al respecto) el 15M señaló las fallas de un sistema que mostraba a las claras «fatiga de materiales», en expresión del entonces ministro del interior y líder socialista Alfredo Pérez Rubalcaba.

Los indignados señalaron aquellas cuestiones que había que solventar para que el edificio de la democracia no fuera convertido en ruinas por una crisis que se llevó por delante años de lucha contra la desigualdad.

Una década después puede decirse que varias de esas señales repercutieron en el espacio político y social, y tuvieron ondas expansivas en distintos aspectos de la vida pública. Esto no significa, como se ha visto en estas páginas, que alcanzaran sus objetivos, pero sería injusto pensar que fueron inocuas para el sistema.

Muchos de los problemas de fondo que señaló el 15M siguen ahí. La falta de democracia interna de los partidos, la transparencia y rendición de cuentas de la política en general, la desorganización de la sociedad civil, la desafección ciudadana, el papel de las

organizaciones sociales o la función de los agentes de mediación siguen siendo retos pendientes que avanzan a ritmo desigual.

Su resolución no es sencilla, y mucho menos en tiempos complejos, de incertidumbre y con disrupciones como la que ha provocado la pandemia de la Covid-19; pero los indignados cumplieron con su papel: emitieron las señales para que la fatiga de materiales no afectara a los guardarraíles de la democracia.

Bibliografía

Adell, R. (2011). «La movilización de los indignados del 15-M. Aportaciones desde la sociología de la protesta», Sociedad y Utopía, nº 38, págs. 141-170.

Anduiza, E.; Martín, I.; Mateos, A. (2013). «The consequences of the 15-M protests on voting choice in the 2011 Spanish General Elections», EPSA Conference.

Calle, A. (2007). «El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global», Reis, nº 120, págs. 133-153.

— (2013). La transición inaplazable. Salir de la crisis desde los nuevos sujetos políticos, Icaria, Barcelona.

Casquette, J. (1998). Política, cultura y movimientos sociales, Bakeaz, Bilbao.

Castañeda, E. (2012). «The indignados of Spain: a precedent to occupy Wall Street», Social Movement Studies, vol. 11, nº 3-4, págs. 309-319.

Castells, M (2012). Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet, Alianza, Madrid.

Cruells, M.; Ibarra, P. (eds.) (2013). La democracia del futuro. Del 15M a la emergencia de una sociedad civil viva, Icaria, Barcelona.

Della Porta, D.; Diani, M., (2011). Los movimientos sociales, tr. E. Romanos, Editorial Complutense, CIS, Madrid.

Della Porta, D.; Fernández, J.; Kouki, H.; Mosca, L, (2017). Movements Parties Against Austerity, Polity, Cambridge.

Domènech, X. (2014). Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010 - 2013), Akal, Madrid.

Gargarella, R. et al., (2015). Democracia y protesta: el valor democrático del derecho a la protesta, Sibirana, Zaragoza.

Gómez Yañez, J. A; Navarro, J. (2019). Desprivatizar los partidos, Gedisa, Barcelona.

Innerarity, D. (2020). Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

— (2015). La política en tiempos de indignación, Galaxia Gutemberg, Barcelona.

— (2018). Cómo mueren las democracias, Ariel, Barcelona.

Lijphart, A. (2012). Modelos de democracia, tr. C. Castellnou, Ariel, Barcelona.

Manin, B. (1998). Los principios del gobierno representativo, tr. F. Vallespín, Alianza, Madrid.

Metroscopia. (2011). Opinión de los españoles sobre el 15M, 22 de junio.

Minguijon, M.; Pac, D. (2012). «15-M: una explicación en clave sociológica», Prisma social, nº 8, junio-noviembre.

Monge, C. (2017). 15M: un movimiento político para democratizar la sociedad, PUZ, Zaragoza.

Monge, C.; Oliván, R. (2019). Hackear la política, Gedisa, Barcelona.

Mouffe, Ch. (2012). La paradoja democrática. El peligro del

consenso en la política contemporánea, tr. T. Fernández Auz y B. Eguibar, Gedisa, Barcelona.

Politikon, (2014). La urna rota. La crisis política e institucional del modelo español, Debate, Barcelona.

Rancière, J. (2010). «Las democracias contra la democracia», en Democracia en suspenso, tr. T. Fernández y B. Eguibar, Casus Belli, Madrid.

Rodriguez Teruel, J.; Barberá, O. (2017). «Modelos, alternativas y consecuencias de la participación directa de las bases en los partidos», Zoon politikon, Fundación Alternativas.

Roitman, M. (2012). Los indignados. El rescate de la política, Akal, Madrid.

Romanos, E. (2013). «Collective learning processes within social movements. Some insights into the Spanish 15M/Indignados movement», en Cristina Flesher Fominaya y Laurence Cox (eds.), Understanding European movements: new social movements, global justice struggles, anti-austerity protest, Routledge, Londres, 2013, págs. 203-219.

Rosanvallon, P. (2015). Le bon gouvernement, Seuil, París.

Sanz Díaz, B. (2015). Elecciones primarias en España 1993-2015, Departamento de Derecho Constitucional, Ciencia Política y de la Administración, Universidad de Valencia, Valencia.

Subirats, J. (2015). «Del 15-M y las gobernanzas locales al asalto de la política institucional», en Ecología política. Cuadernos de debate internacional, nº 49, julio, págs. 18-27.

Susín, R. (2014). «El derecho a la protesta (y el derecho de resistencia): cuestiones de principios (democráticos) frente a respuestas de criminalización», en R. Gargarella, M. J. Bernuz, Ch. Marcuello, R. Susín, Democracia y protesta, Subirana, Zaragoza.

Toret, J. (ed.). (2013). Tecnopolítica: la potencia de las multitudes conectadas. El sistema red 15M, un nuevo paradigma de la política distribuida, UOC, Barcelona.

Transparencia Internacional. (2020). Integrity Watch Spain.

Villacañas, J. L. (2017). El lento aprendizaje de Podemos, Madrid, Catarata.

VV.AA. (2011). Especial 15-M, Zoom Político, Laboratorio Alternativas.

---

1. @tinamonge. Politóloga, profesora de sociología en la Universidad de Zaragoza.

22. Si bien la fundación de Ciudadanos es anterior al 15M, su incorporación como partido de ámbito estatal, más allá de Cataluña, y con relevancia institucional, se produce tras la movilización de la indignación.

3. Las causas de la trayectoria electoral son diversas en cada municipio. Para una recopilación de los principales datos puede consultarse Rodriguez, E., «Los ayuntamientos del cambio: el final de una excepción», en Ctxt, 27/5/2019. Disponible en https://ctxt.es/es/20190522/Politica/26358/elecciones-26-de-mayo-ayuntamientos-del-cambio-municipalismo-emmanuel-rodriguez.htm

4. El informe del Grupo de Estados contra la Corrupción (GRECO) de junio de 2019 señala que el Parlamento español ha cumplido parcialmente con las recomendaciones destinadas a la prevención de la corrupción respecto de miembros de parlamentos nacionales, aunque a la vez pone de manifiesto que todavía queda camino por recorrer. Informe disponible en: https://rm.coe.int/cuarta-ronda-de-evaluacion-prevencion-de-la-corrupcion-respecto-de-mie/168098c68e

5. La normativa aplicable en relación a las declaraciones de actividades y las declaraciones de bienes y rentas de los diputados y senadores se regula en los artículos 157 a 160 de la Ley Orgánica 5/1985, de 19 de junio, del Régimen Electoral General (en adelante LOREG) y la Ley Orgánica 7/2011, de 15 de julio, de modificación del artículo 160 la Ley Orgánica 5/1985. Por su parte, el Reglamento del Congreso de los Diputados establece en su artículo 18 la obligación de formular la declaración de sus bienes

patrimoniales en los términos previstos en la LOREG, y en el artículo 20.1.2o se establece la obligación de cumplimentar la declaración de actividades en los términos previstos en la LOREG para adquirir la condición plena de Diputado, una diferencia importante en relación con el Reglamento de la Cámara el pasado día 2 de abril de 2019, para sus miembros, en el cual se incorporaron disposiciones destinadas

6. http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/Hist_Normas/Norm/NormRes/01102020_CodConductaCCGG

7. https://transparencia.org.es/save-the-date-jornada-sobre-avances-y-retos-en-transparencia-e-integridad-en-el-congreso-de-los-diputados-y-el-senado-de-espana/

8. La participación electoral en 2008 fue del 73,8; en 2011 el 68,9%; en 2015 el 69,7; en 2016 (repetición) 66,5%; en abril de 2019 el 75,76% ,siendo de las más importantes desde 1982 y la que registra mayor número de votantes. En la repetición electoral de 10 de noviembre de 2019, la participación no pasó del 71%, cuatro puntos menos.

9. Monge, C. y Oliván, R., Hackear la política, Gedisa, Barcelona, 2019.

Parte I

Política tras la indignación

Tras la indignación, las encrucijadas democráticas

Quim Brugué

10

Todos coincidimos en que el 15M de 2011 estaba sucediendo algo que trascendería la ebullición del momento. Interpretábamos la actividad que se desplegaba en las calles y en las plazas de nuestras ciudades como un auténtico punto de inflexión. La indignación acumulada había estallado y ya no había marcha atrás. El 15M había llegado para despertar una sociedad que necesitaba ser activada y para transformar una política que agonizaba (Monge, 2017; Lizoain, 2017; Fernández-Albertos, 2012 y 2018).

¿Qué ha quedado de aquel grito de indignación? ¿Todavía resuena la radicalidad de sus promesas de cambio? ¿Las plazas han sido capaces de transformar las formas de relacionarnos, de convivir y, también, claro está, de gobernarnos? No es sencillo responder a estos interrogantes. Por un lado, está claro que los últimos diez años de nuestra historia política, social y económica han resultado desconcertantes. El 15M habría identificado el agotamiento de un modelo que, efectivamente, ha ido explotándonos en las manos desde entonces. Sin embargo, por otro lado, la concreción de las promesas de cambio también ha ido diluyéndose en una realidad que, a pesar de su persistente crisis, se muestra capaz de resistir todos los embates. Este modelo moribundo parece encajar todos los golpes y se encuentra todavía, quizá milagrosamente, en pie. Persisten, pues, las dudas sobre si el 15M supuso un contundente punto y aparte o un más modesto punto y seguido.

Tras la explosión de indignación que supuso el 15M, ¿cuál es la

situación diez años más tarde? En este análisis no pretendo responder a una pregunta tan amplia y compleja, sino que me concentraré en sus impactos sobre la democracia. Y para ello me apoyaré más en un ejercicio de reflexión que en una presentación de evidencias. Esto no significa que no recurra a la obligación de observar cómo la realidad democrática ha ido evolucionando durante esta última década, sino que presentaré sobre todo una lectura analítica de la misma. No aspiro, por lo tanto, a cerrar los interrogantes con una respuesta sólida sino más bien a abrirlos a partir de reflexiones que son claramente discutibles. Para ello empezaré con un diagnóstico sobre los orígenes de la indignación, continuaré con una reflexión sobre sus impactos democráticos y acabaré con algunas especulaciones sobre el futuro.

1. Ni nos representan ni resuelven nuestros problemas

El punto de partida quedó plasmado, de forma muy visual, en las pancartas que proclamaban quizá el lema más conocido del 15M: No nos representan. Tres palabras que sintetizaban el malestar de la ciudadanía tanto con el sistema democrático representativo como con los políticos que lo encarnaban. Sin embargo, este lema no era el resultado de un descubrimiento repentino. Se trataba, más bien, de un producto lentamente cocinado en un contexto de crisis que venía desarrollándose desde los años ochenta del siglo pasado (Davies, 2019). Una crisis que confluía en el grito No nos representan, pero que enlazaba con el debate sobre la doble crisis de los inputs y los outputs del sistema político-administrativo que hasta aquel momento había facilitado el desarrollo del estado de bienestar en los países occidentales.

Por un lado, usamos la referencia a la crisis de los inputs de un sistema cuando consideramos que los elementos que lo conforman no son los adecuados porque están en mal estado o resultan obsoletos. En el caso de nuestro sistema político-administrativo, su mal funcionamiento se explicaría por un conjunto de piezas

estropeadas; es decir, la responsabilidad se encontraría en un deficiente entramado institucional donde el Parlamento no funciona, donde el sistema electoral o los mecanismos de control gubernamental están desfasados, donde los circuitos administrativos están atascados o donde la relación de los representados con los representantes resulta ya imposible (Dalton, 2004; Urquizu, 2016). Con estos mimbres tan frágiles y decadentes, el sistema político y administrativo estaba condenado a un fracaso que el 15M se limitaba a poner encima de la mesa.

Por otro lado, desde la lógica de los outputs se nos recuerda que el problema no está únicamente en las piezas sino también en los resultados del sistema. Es decir, independientemente del estado de la maquinaria, el problema del sistema político-administrativo es su incapacidad a la hora de definir e implementar unas intervenciones que impacten de manera efectiva sobre la realidad que pretenden transformar. De este modo, el sistema muestra su impotencia a la hora de solucionar los problemas de una sociedad que, consecuentemente, se muestra cada vez más indignada (Bovens y Hart, 2011; Sánchez-Cuenca, 2014). La crisis en los outputs del sistema político-administrativo no ha sido tan popular en el debate público, mucho más centrado en atacar los circuitos gubernamentales o los procesos electorales; pero sí ha despertado un intenso debate en el ámbito de las políticas públicas y, más concretamente, sobre su capacidad para abordar la cada vez más desbordante complejidad de la realidad sobre la que pretenden incidir (Stone, 2002; Geyer y Rihani, 2010).

Así pues, la indignación del 15M sería el resultado de una insatisfacción tanto con el funcionamiento como con los resultados del sistema político-administrativo. La ciudadanía, o al menos una parte de ella, salió a la calle para manifestar su desconfianza respecto las normas, las instituciones y las personas que conformaban el sistema; pero también para protestar ante la incapacidad de este sistema para hacer frente y resolver los graves problemas que les afectaban. Un sistema atascado y unas políticas impotentes que alimentaron tanto la indignación del 15M como un enorme y persistente descrédito de la política. Un descrédito que inicialmente afectó a los representantes políticos electos y que, progresivamente, ha ido impregnando al conjunto de la democracia

liberal representativa que venía funcionando en nuestro entorno occidental desde finales del siglo XIX.

La democracia tuvo su primer momento durante el siglo v a. C. en la Grecia clásica, aunque colapsó ante la nociva influencia de los sofistas y los cambios en un contexto donde se imponían nuevas fuerzas sociales y económicas. El segundo momento democrático tardó en aparecer y, de hecho, es frecuente datarlo en 1787, con la aprobación de la Constitución de Filadelfia. Mientras la democracia de los antiguos era directa y asamblearia, la democracia moderna nacía representativa y elitista; impregnada de una desconfianza hacia la capacidad de gobernar de la ciudadanía y dotada de un conjunto de instituciones que, en su imbricación, actuaban como filtro para la expresión de la voluntad popular (Mair, 2013; Pitkin, 2014; Manin, 2017). En este origen elitista y representativo de la democracia moderna ha ido germinando la semilla de la indiferencia, la desafección y, finalmente, la indignación (Rosanvallon, 2010).

Hoy podríamos estar en un nuevo punto de inflexión que nos trasladaría a un tercer momento democrático. Un momento todavía indefinido, pero que pretendería superar el modelo elitista y representativo de la democracia liberal moderna. Se trata de una afirmación atrevida, pues nos encontramos ante una forma democrática muy longeva y que ha demostrado una gran capacidad de resistencia y adaptación. Sin embargo, también es cierto que la intensidad de la indignación democrática que explotó el 15M, así como las profundas crisis que estamos viviendo desde entonces, hacen plausible la necesidad de imaginar un nuevo escenario político-democrático para un futuro próximo.

¿Cómo será la democracia del siglo XXI? ¿Qué modelos de democracia podemos esperar para las próximas décadas? Interrogantes complejos y difíciles de responder, pero que nos conducen a las reflexiones que expondremos a continuación. Lo haremos situándonos en dos encrucijadas: la primera, donde deberemos escoger entre democracia y populismo; y la segunda, que nos empujará a elegir entre diferentes modelos democráticos.

2. Primer cruce de caminos: entre la democracia y el populismo

La democrática es una forma de gobierno fundamentalmente inestable, siempre amenazada por aquellos que se aprovechan de sus desequilibrios. Por aquellos que —usando los términos de Urbinati (2014)— utilizan las fisuras de sus contradicciones inherentes para «desfigurarla». Por ello, la democracia se ha encontrado habitualmente en la encrucijada; históricamente amenazada por la tecnocracia, por los totalitarismos o por los populismos (Todorov, 2012).

Para entender mejor la naturaleza compleja —incluso contradictoria — de la democracia, resulta clarificadora la distinción de Cannovan (1999) entre democracia pragmática y democracia redentora. Según esta autora, la democracia se debate entre dos almas a la vez complementarias y contradictorias. Por un lado, la democracia se define a partir de un conjunto de instituciones que sirven para abordar los problemas derivados de vivir juntos y ser diferentes. Desde esta perspectiva, la democracia gestiona los conflictos del presente y se centra en aspectos cotidianos. No estaríamos ante un proyecto que despierte ni fuertes adhesiones ni elevadas expectativas, pero sí ante una propuesta capaz de asegurar cierto orden y estabilidad.

Por otro lado, la democracia también dispone de un alma redentora que invita a los ciudadanos a interpretarla como una promesa de salvación, como una utopía de futuro. La democracia representa la voz del pueblo y su anhelo de una sociedad de personas libres e iguales. La democracia ya no es simplemente un diseño institucional, representa una visión de futuro. Frente a la frialdad institucional, el alma redentora reclama entusiasmo y nos acoge en la calidez de un horizonte compartido.

El reto de la democracia consiste en mantener el equilibrio entre estas dos almas, aunque este equilibrio parece haber estallado durante las últimas décadas. Así, frente al contexto de crisis tanto en los inputs como en los outputs del sistema político-administrativo, la primera respuesta consistió en poner el acento en

el alma pragmática de la democracia. Los políticos y el sistema democrático no lograban tomar las decisiones adecuadas, ya que, en un mundo crecientemente complejo, éstas reclaman más de expertos despolitizados que de políticos que defienden intereses de parte. La vieja confianza ilustrada en el conocimiento técnico volvía a abrirse camino.

Sin embargo, parece obvio que la idea de una democracia despolitizada devalúa la propia democracia. Se despolitiza la democracia y, por lo tanto, se la despoja de disputas, desacuerdos y deliberaciones. También de la incertidumbre que caracteriza las decisiones políticas. Ya no es únicamente que nuestros representantes políticos «no nos representen» sino que, más importante, son unos incompetentes, incapaces de adoptar las decisiones correctas que necesitamos como sociedad. El frío tecnocrático se muestra eficiente, pero congela la democracia. No deberíamos olvidar que en el corazón de la democracia no hay otra cosa que la política.

Desplazándonos al otro extremo del péndulo, el desequilibrio hacia el alma redentora abre la puerta al populismo. Tras la crisis de representación de una democracia que se había instalado en las rutinas institucionales y en la gestión de los asuntos cotidianos, la tentación populista ha sido tan fuerte como frecuente. Los ejemplos nos vienen rápidamente a la mente. Así, frente a la frialdad del pragmatismo, hemos reaccionado con la pasión de una democracia que reniega de sus reglas y que se envuelve en la capa salvadora de un pueblo movilizado por la promesa de un brillante futuro. De este modo, el populismo nace de la crisis del pragmatismo democrático y reclama una versión literal de la democracia, etimológicamente definida como el poder del pueblo. Pero esta relación aparentemente clara y directa entre una voz y un mandato elimina el pluralismo y la tolerancia —los dos principales diques de contención ante las tentaciones totalitarias— (Lassalle, 2017).

Nuestra historia reciente nos ilustra sobre la presencia tanto de las derivas tecnocráticas como, más recientemente, de las amenazas populistas. En ambos casos estaríamos optando por descartar el camino democrático. Vivimos tiempos convulsos, marcados por el miedo y la frustración; y la democracia, caracterizada por su estado

de frágil equilibrio, no parece capaz de satisfacer las expectativas de una sociedad profundamente desorientada y que reacciona con gritos de indignación.

Para recuperar la senda democrática, en primer lugar, frente a la deriva epistémica, deberíamos reconocer que la democracia no puede aspirar a la verdad para legitimarse. En realidad, usando las palabras de Hirschman (1986), «la única virtud esencial de la democracia es el amor por la incertidumbre». Tomar decisiones erróneas no es una debilidad democrática, pues la democracia se asienta en la diversidad de puntos de vista, en el conflicto entre ellos y, finalmente, en la construcción colectiva de respuestas siempre provisionales y revisables. En lugar de soluciones tecnocráticas definitivas, la democracia demanda la obertura permanente de las decisiones a una comunidad política diversa y plural. En lugar de estrechar el espacio de la política, la democracia nos insta a ampliarlo. La democracia, en fin, sólo puede desarrollarse en un entorno político y politizado; en un escenario donde no existe una voz cierta sino la incertidumbre que se deriva de la multiplicidad y el solapamiento de voces.

Y en segundo lugar, frente a la amenaza populista necesitamos entender la complejidad tanto de nuestra realidad como de la propia democracia. No existen soluciones mágicas ni liderazgos salvadores, sino formas siempre imperfectas de abordar nuestros retos colectivos. A la democracia, nos dice Lassalle, hay que «cuidarla y abrazarla en sus dificultades y debilidades». Reconocer los límites de la democracia no sólo no la debilita sino que la refuerza. Su grandeza —al contrario de lo que claman los populistas— está en su fragilidad, en la necesidad de asumir un delicado equilibrio que sólo el buen ciudadano es capaz de construir.

Nos hemos situado, pues, ante la primera encrucijada y hemos constatado los seductores atractivos del camino epistémico y populista; aunque no deberíamos olvidar que al final de este trayecto siempre aparece el autoritarismo. Optar por el camino democrático supone situarse en un equilibrio delicado, asumir la incertidumbre de la política y reconocer los límites de la propia democracia. No es tan seductor, pero permite conjurar los peligros de un horizonte autoritario. En cualquier caso, una vez decidimos el

camino democrático, enseguida aparece una nueva encrucijada. Nos ocupamos de ella en el siguiente epígrafe.

3. Segunda encrucijada: entre la voz y la vista

Tal como hemos anticipado, la crisis del sistema político-administrativo de la democracia representativa no sólo nos ha situado frente a la encrucijada de un eventual fin de la propia democracia sino también, en caso de seguir optando por la alternativa democrática, frente a un nuevo cruce de caminos que afecta al modo en que ésta debería desarrollarse en el futuro. De entrada, consideramos que las dos dimensiones de la crisis —inputs y outputs— podrían conectarse con los dos caminos que nos ofrece esta segunda encrucijada: la democracia directa y la democracia deliberativa.

En primer lugar, la crisis en los inputs del sistema puede explicarse a través de dos interpretaciones: por un lado, aquella que se centra en el descrédito y la desconfianza respecto a los políticos y, por otro lado, aquella que cuestiona un entramado institucional que funcionaría como espacio de intermediación entre la voluntad popular y la acción gubernamental. Desde esta perspectiva, ni los políticos realizan su trabajo adecuadamente ni las estructuras de intermediación aportan valor añadido. Cuando ya no se confía ni en los representantes ni en los sistemas de intermediación, la opción —muy presente durante el 15M— consiste en recurrir a formas de democracia directa que permitan operar sin una intermediación que se considera obsoleta e incapaz de expresar la voluntad popular (Budge, 1996; Haskell, 2001).

En segundo lugar, si nos centramos en la crisis en los outputs del sistema, entonces la impotencia democrática es el resultado de su incapacidad para tomar decisiones adecuadas en contextos de creciente complejidad (Fischer, 2003; Innerarity, 2020). Para superar estas limitaciones, se propone recurrir a la inteligencia colectiva y, por lo tanto, a nuevas formas de racionalidad

deliberativa (Habermas, 1996). También el 15M proclamaba la necesidad de construir soluciones democráticas desde un diálogo que, de manera muy plástica, se producía en las plazas de nuestras ciudades. Frente a los problemas ciudadanos, las instituciones se habían mostrado incapaces de ofrecer soluciones y, por lo tanto, se proponía que también las soluciones estuvieran en manos de la propia ciudadanía.

Si partimos de la hipótesis de que la democracia directa es la respuesta a la crisis de los inputs y la democracia deliberativa lo es para la crisis de los outputs, entonces deberíamos reconocer que durante las últimas décadas los intentos de profundización democrática no siempre han sido consistentes. Desde los años ochenta, la desafección y la desconfianza hacia los inputs del sistema democrático no han parado de crecer, mientras que la respuesta ha sido principalmente deliberativa. La mayoría de las iniciativas impulsadas bajo la amplia etiqueta de la participación ciudadana se han centrado en impulsar espacios o procesos de diálogo que permitieran mejorar las decisiones públicas. Sin embargo, la indignación se dirigía más a los inputs del sistema, de manera que las múltiples y diversas experiencias de participación ciudadana han generado un más que discutible impacto en la mejora del sistema político-administrativo.

En realidad, los mensajes del 15M reconocían esta inconsistencia y reclamaban formas democráticas que superaran la intermediación. Sustituyendo la genérica demanda de participación ciudadana por una apuesta por la llamada democracia radical (Ibarra et al., 2002), con el 15M vimos aparecer nuevas propuestas que tenían como objetivo desvincularse de la lógica representativa y acercarse a formas de democracia directa donde la ciudadanía tomaría las decisiones sin necesidad de intermediación. Una de las principales derivadas del movimiento 15M se manifestaba bajo el lema Democracia Real Ya, interpretando esta expresión como una exigencia de ejercicio directo de la soberanía popular. En la misma dirección, algunas de las plataformas digitales de participación ciudadana que nacieron bajo los auspicios del nuevo municipalismo se presentan como espacios de democracia directa. Destacan los ejemplos de Decide Madrid y Decidim Barcelona. Pero quizá la expresión más contundente de esta conexión entre el 15M y las

formas radicales de democracia directa la encontramos en el Partido X. Aunque se trata de una iniciativa que no ha obtenido mucha visibilidad, resulta interesante analizar sus postulados y constatar cómo, por ejemplo, sustituye su propio programa electoral por procesos de escucha directa de la ciudadanía. Más que propuestas sustantivas, su promesa es una nueva forma de democracia que incorporará la voluntad del pueblo sin distorsiones ni intermediaciones.

El auge de la democracia directa ha sido intenso durante los últimos años, tanto a nivel nacional (con referéndums sobre el Brexit, los acuerdos de paz en Colombia, la reforma constitucional en Italia o la independencia de Escocia) como local, donde han proliferado las consultas ciudadanas sobre todo tipo de políticas públicas (Schiller, 2011; Brugué et al., 2019). Sin embargo, recientemente se ha abierto un nuevo debate que pretende recuperar la lógica deliberativa que operaría en el seno de mini-públicos —en contraste con los maxi-públicos a los que se dirige la democracia directa—. Animados por la introducción del sorteo (a menudo presentado como la última innovación participativa), estas fórmulas suponen una vuelta a los orígenes deliberativos de los años noventa y, tal como hemos apuntado anteriormente, responden más a la necesidad de mejorar las decisiones públicas que a la de evitar la intermediación de los representantes públicos (Van Reybrouck, 2017; Ganuza y Mendiharat, 2020).

En definitiva, como anunciábamos al inicio de este epígrafe, nos encontramos con dos opciones: la democracia deliberativa y la democracia directa. Dos opciones que para algunos son complementarias, pero que para otros pueden generar importantes contradicciones. En realidad, a pesar de la posibilidad práctica de combinar ejercicios deliberativos con prácticas de democracia directa, lo cierto es que se presentan como dos opciones distintas y deberemos escoger una de ellas a la hora de realizar nuestras apuestas de futuro. Dos opciones que eventualmente pueden producirse de manera simultánea, pero que incorporan lógicas democráticas dispares. Por ejemplo, mientras la democracia directa invoca a una ciudadanía que participa de manera individual a través del voto, la democracia deliberativa exige una ciudadanía dispuesta a debatir sobre asuntos colectivos. En este sentido,

Chambers (2000) establecía una interesante distinción entre «ciudadanos racionales» y «ciudadanos razonables». Los primeros usarían su racionalidad para, a través del voto, maximizar sus preferencias individuales. Los segundos, en cambio, serían capaces de situarse en la posición de otros y, aunque sea desde la discrepancia, debatir con ellos sobre proyectos conjuntos.

Así pues, mientras la democracia directa se convierte en una herramienta para expresar la voz del pueblo (con sus potenciales derivas populistas), la deliberación acepta las discrepancias y, por lo tanto, al menos en algunas de sus versiones, la necesidad de una autoridad política que las dirima (conectando así de nuevo con los modelos representativos). Voces que construyen y miradas que afirman se mezclan en las plazas del 15M, pero quizá hoy es ya tiempo de resolver el revoltillo y de optar por uno de los caminos disponibles. En el debate público seguimos todavía mezclando estas opciones y nos resistimos a aceptar que nos encontramos en una encrucijada. Sin embargo, en el ámbito académico aparecen ya algunas referencias a estas alternativas democráticas. Quizá una de las discusiones más interesantes se da entre aquellos que, desde posiciones más clásicas, consideran que la democracia debe expresarse a través de las voces de unos ciudadanos que construyen proyectos colectivos (Gutmann y Thompson, 2004) y aquellos que, situados en la fronteras del populismo, piensan que la democracia del siglo xxi se desarrollará a través de los ojos, de unos espectadores que usarán sus miradas de asentimiento para validar las propuestas de determinados liderazgos (Green, 2010). Este debate no es entre instrumentos que se complementan sino entre concepciones alternativas sobre qué entendemos por democracia. Una encrucijada que va a condicionar nuestro futuro democrático. Un cruce de caminos donde deberemos escoger entre las voces que nos juntan o las miradas que nos aíslan.

4. Especulaciones finales

En relación a cómo vamos a reaccionar frente a las dos encrucijadas

democráticas que hemos planteado en este capítulo, no podemos apuntar mas que algunas especulaciones. Movimientos como el 15M alimentan nuestro optimismo, aunque éste a su vez se ve desafiado por algunos liderazgos elegidos, paradójicamente, de forma democrática. En contraste con la saludable emergencia de nuevos movimientos sociales, autores como Levitsky y Ziblatt (2018) nos advierten de la posibilidad de estar hoy escogiendo en las urnas a aquellos que mañana destruirán la democracia.

Más allá del optimismo y del pesimismo de cada cuál, lo que sí quisiera subrayar es que las opciones siguen abiertas y que el camino que tomemos depende de nosotros. Estamos frente a una encrucijada, pero el futuro sigue en nuestras manos. La opción democrática, desde mi punto de vista, va a depender principalmente de cuál sea nuestro comportamiento como ciudadanos y ciudadanas. Si nos asustamos y nos dejamos arrastrar por el miedo a la incertidumbre, caeremos en manos de falsos salvadores que ofrecen falsas soluciones. El miedo alimenta primero al populismo y, rápidamente, a sus derivas totalitarias. Necesitamos, en cambio, una ciudadanía que reconozca tanto su fragilidad como la necesidad de responder juntos a la incertidumbre. Sin esperar soluciones mágicas, pero confiando en la posibilidad de seguir construyendo proyectos compartidos.

La indignación del 15M se encontraría también hoy en una encrucijada. Si evoluciona hacia posiciones de enrabietada exigencia de respuestas inmediatas, podría contribuir a debilitar una democracia que se define por su imperfección y su incertidumbre. Si, por el contrario, se transforma en un movimiento que nos agrupa y logra generar dinámicas de colaboración, contribuirá eficazmente a reforzar la democracia. Otra vez, depende de nosotros.

Quisiera acabar recordando otro lema del 15M: Asaltar los cielos. Se trata de una idea hermosa, que nos invita a imaginar lo imposible; pero, si se me permite una provocación final, también de una idea peligrosa. La democracia es el gobierno de los hombres y las mujeres, con sus potenciales y sus límites. Un gobierno humano que puede construir proyectos terrenales, pero que pude verse desbordado si le exigimos que asalte los cielos.

Bibliografía

Bovens, M.; Hart, P. (2011). Understanding Policy Fiascoes, Transaction Publishers, New Brunswick.

Brugué, Q.; Casademont, X.; Gifreu, J.; Prieto-Flores, O. (2019). «Consultas ciudadanas locales: entre la legitimación gubernamental y el empoderamiento ciudadano», Revista de Gestión Pública, vol. VIII, nº 1, págs. 9-42.

Budge, I. (1996). The New Challenge of Direct Democracy, Polity Press, Oxford.

Cannovan, M. (1999). «Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy», Political Studies, vol. 47, nº 1, págs. 2-16.

Chambers, S. (2000). «Constitucional Referendums and Democratic Deliberation», en M. Mendelsohn y A. Parkin (eds.), Referendum Democracy. Citizens, Elites and Deliberation in Referendum Campaigns, Palgrave, Londres.

Dalton, R. (2004). Democratic Challenges, Democratic Choices. The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies, Oxford University Press, Oxford.

Davies, W. (2019). Estados nerviosos. Cómo las emociones se han adueñado de la sociedad, Sexto Piso, Madrid.

Fernández-Alberto, J. (2012). Democracia intervenida. Políticas económicas en la gran recesión, Catarata, Madrid.

— (2018). Anti-Sistema. Desigualdad económica y precariado político, Catarata, Madrid.

Fischer, F. (2003). Reframing Public Policy. Discursive Politics and Deliberative Practices, Oxford University Press, Oxford.

Ganuza, E.; Mendiharat, A. (2020). La democracia es posible. Sorteo

cívico y deliberación para rescatar el poder de la ciudadanía, Consonni, Madrid.

Geyer, R.; Rihani, S. (2010). Complexity and Public Policy, Routledge, Londres.

Green, J. E. (2010). The Eyes of the People. Democracy in an Age of Spectatorship, Oxford University Press, Oxford.

Gutmann, A.; Thompson, D. (2004). Why Deliberative Democracy, Princeton University Press, Princeton.

Haskell, J. (2001). Direct Democracy or Representative Government? Dispelling the Populist Myth, Westview Press, Nueva York.

Hirschman, A. O. (1986). «On Democracy in Latin America», New York Review of Books, nº 10, mayo.

Ibarra, P.; Martí. S.; Gomà, R. (coords.). (2002). Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas, Icaria, Barcelona.

Innerarity, D. (2020). Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo xxi, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Lassalle, J. M. (2017). Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno, Debate, Barcelona.

Levitsky, S.; Ziblatt, D. (2018). Cómo mueren las democracias, Ariel, Barcelona.

Lizoain, D. (2017). El fin del primer mundo, Catarata, Madrid.

Mair, P. (2013). Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental, Alianza, Madrid.

Manin, B. (2017). Los principios del gobierno representativo, Alianza, Madrid.

Monge, C. (2017). 15M. Un Movimiento político para democratizar la sociedad, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Pitkin, H. F. (2014). El concepto de representación, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

van Reybrouck, D. (2017). Contra las elecciones. Cómo salvar la democracia, Taurus, Barcelona.

Rosanvallon, P. (2010). La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad, Paidós, Barcelona.

Sánchez-Cuenca, I. (2014). La impotencia democrática. Sobre la crisis política en España, Catarata, Madrid.

Schiller, T. (ed.). (2011). Local Direct Democracy in Europe, VS Verlag.

Stone, D. (2002). Policy Paradox. The Art of Political Decision Making, London & Company, Londres.

Todorov, T. (2012). Los enemigos íntimos de la democracia, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Urbinati, N. (2014). Democracy Disfigured. Opinion, Truth and the Peopole, Harvard University Press, Cambridge.

Urquizu, I. (2016). La crisis de la representación en España, Catarata, Madrid.

---

10. Universitat de Girona.

Ya éramos diferentes. Los efectos del 15M sobre las actitudes políticas

Araceli Mateos,[11] Carol Galais[12] y Eva Anduiza

[13]

El décimo aniversario del 15M representa un marco temporal muy oportuno para evaluar el impacto que este movimiento ha tenido en la sociedad y la política españolas. Este movimiento representa un icono de la protesta social por la sucesión de eventos que supuso. Las multitudinarias manifestaciones en las principales ciudades sin la participación de ninguno de los grandes partidos o sindicatos, con acampadas y asambleas como espacios de expresión y deliberación, y el uso de las redes sociales como medio de movilización y difusión definen el carácter extraordinario de este movimiento. El 15M fue un proceso de movilización política diferente a cualquier otra protesta anterior, seguido por una sucesión vertiginosa de acontecimientos, incluyendo un profundo cambio en el sistema de partidos.

Todo esto puede hacer pensar que, en la medida en que el 15M representó un punto de inflexión, nos transformó, cambiando significativamente nuestra manera de relacionarlos con el sistema político. En este capítulo analizamos si efectivamente el 15M tuvo este efecto, al menos entre los que tomaron parte en las acciones de protesta. ¿Modificó la participación en el 15M las actitudes políticas de los activistas? ¿Fomentó entre ellos una mayor implicación o un desencanto político? ¿Condujo a una mayor diferenciación del comportamiento electoral entre los que participaron y los que no? Nos centramos pues en los efectos que este evento extraordinario, estas manifestaciones y acciones de protesta que tuvieron lugar en

mayo de 2011 y meses inmediatamente posteriores, tuvo sobre quienes participaron en él, tanto a corto como a medio y largo plazo, y dejamos de lado otras consecuencias a nivel sistémico que se abordan en otros capítulos de este libro.

Estimar las consecuencias de un fenómeno como el 15M es una tarea complicada. Desde una perspectiva sistémica, y aunque el 15M vino seguido de importantes cambios en el sistema de partidos, es difícil establecer el vínculo que une al movimiento con dichos cambios. El 15M está fuertemente asociado a otros fenómenos como la expansión del uso de las redes sociales, la aparición sucesiva de diferentes escándalos de corrupción, o el despliegue de políticas de austeridad. Resulta muy difícil atribuir un efecto causal a cada uno de estos elementos por separado. A nivel individual sucede lo mismo: es muy complicado identificar qué constituye específicamente el efecto del 15M, por lo que la única variación que podemos explorar es la que se deriva de haber participado o no, antes y después de este evento único. Para abordar esta tarea, utilizamos datos longitudinales que siguen a una muestra de personas entre noviembre de 2010 y junio de 2019.

1. Los efectos biográficos de la participación en protestas. ¿Qué sabemos?

La literatura sobre movimientos sociales distingue consecuencias de carácter político-electoral, institucional, cultural, o personal (della Porta y Diani, 2011). La mayor parte de la atención académica se ha dirigido a analizar las repercusiones políticas o institucionales a corto plazo. Como señala McAdam (1994: 58-63), hasta ahora ha interesado fundamentalmente conocer el impacto de los movimientos en la difusión de ideologías y creencias políticas en la sociedad, la prevalencia de ciertos marcos de protesta, la difusión de identidades colectivas, o los cambios en diferentes expresiones culturales y lingüísticas.

Sin embargo, los efectos biográficos y personales sobre las actitudes

y el comportamiento de los propios activistas han recibido menos atención. La razón de esta escasez radica fundamentalmente en limitaciones metodológicas (Helander 2016; Giugni y Grasso 2016). Algunos de los análisis se han basado en la realización de un pequeño número de entrevistas cualitativas a un tipo específico de participantes, generalmente activistas de izquierda (Giugni y Grasso 2016: 87). Carecer de un grupo de referencia con menor o ninguna implicación en la protesta impide sacar conclusiones generalizables sobre el efecto de las mismas: lo que se observa en los que han protestado podría estar presente también en los que no lo han hecho. Tampoco conocemos lo que sucede con activistas de otros posicionamientos ideológicos. Si los efectos en general son arduos de identificar, la dificultad aumenta cuando se trata de medir efectos a largo plazo. Los activistas con los que se consigue contactar o, en el mejor de los casos, mantener en un panel durante años, constituyen muestras muy pequeñas. Obtener información sobre actitudes y comportamientos antes (y no sólo después) de la participación en el movimiento también resulta particularmente complicado pues muchas protestas son espontáneas.

Una de las principales conclusiones a la que han llegado los trabajos que sí se han interesado por los efectos individuales de la participación en protestas es que esa participación tiene un efecto tanto en la vida política como personal de los activistas, generando un compromiso político mucho más allá de las motivaciones iniciales y de la duración temporal del movimiento (Giugni 2004 y 2008), pero con matices y condicionado por algunos aspectos contextuales. Giugni y Grasso (2016) comparan activistas con no activistas y comprueban cómo, transcurridos quince años después de haber participado en protestas, éstas tiene un efecto de refuerzo en aspectos como la ubicación ideológica, el voto a partidos de izquierda, o la participación en organizaciones políticas, pero no afectan a otros como al interés por la política. Vestergren et al. (2016) llegan a conclusiones similares: la implicación en movilizaciones hace que, con el paso el tiempo, aparezca una radicalización ideológica de los activistas. En su análisis, Helander (2016) descubre que el activismo afecta de manera positiva a largo plazo a la participación política individual, sin embargo, matiza que este efecto está condicionado por el éxito del movimiento y la percepción de receptividad de las autoridades.

Algo parecido concluyen Galán y Ferch (2020) para el estudio de caso de los Indignados en Valladolid. Mediante entrevistas retrospectivas realizadas en 2017, tratan de comprobar la durabilidad del compromiso entre los participantes del movimiento. Estas autoras encuentran que las experiencias vividas en torno a este activismo conducen a diferentes formas de entender lo que ha significado y, por consiguiente, a desiguales impactos sobre el compromiso a largo plazo. Si el recuerdo del movimiento de los Indignados, en términos de identidad colectiva y de la relación entre sus miembros, es percibido como algo decepcionante, esto repercute en un abandono de la acción colectiva. Por el contrario, el recuerdo positivo de la participación en un movimiento tiene efectos positivos en una participación o movilización futura (Galán y Ferch 2020: 16). Queda la duda de si este recuerdo de experiencia participativa no está a su vez condicionado también por el recorrido participativo que se desarrolla posteriormente y por el efecto de elementos políticos contextuales que lo modelan.

2. Los efectos de participar en el 15M

Para analizar los efectos biográficos del 15M, y solventar las limitaciones señaladas previamente, necesitamos datos que permitan observar actitudes y comportamientos antes y después de estas movilizaciones, tanto entre participantes como entre no participantes. También requiere que los datos se extiendan durante un período largo de tiempo, con el objetivo de identificar efectos a corto, medio y largo plazo. Para ello utilizamos el panel POLAT sobre actitudes políticas[14] que permite estimar en qué medida participar en el 15M ha supuesto una diferencia significativa para los participantes frente a los no participantes en términos de implicación política o de polarización ideológica. Para comprobar si la participación en el 15M ha fomentado la implicación o el desencanto político de los participantes se usan indicadores de interés por la política y de eficacia política interna (valoración de la propia competencia para entender lo que pasa en política). Para ver los efectos de la participación en términos de orientación del voto o

polarización ideológica, se analizan la autoubicación ideológica y la probabilidad de votar a diferentes partidos. Para facilitar la comparación de resultados todas las variables han sido transformadas en escalas con rango de 0 a 1.

Por lo que se refiere a la identificación de los participantes en el 15M, consideramos participantes a aquellas personas que, conociendo o habiendo oído hablar del movimiento 15M o de los «indignados», desde mayo de 2011 participaron en alguna de las manifestaciones, acampadas, marchas o protestas de este movimiento hasta noviembre de 2011, es decir, no se incluye otro tipo de implicación o participación posterior derivada del 15M asociada, por ejemplo, a Podemos o las Mareas. Se puede consultar la formulación original de las preguntas de las variables utilizadas en el Anexo de este capítulo.

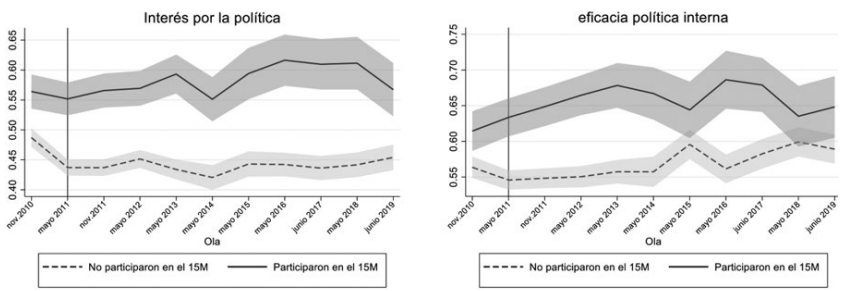
Utilizamos el método de la diferencia en las diferencias, que compara las variables que nos interesan antes y después de una intervención (en este caso el 15M) sobre un grupo de tratamiento (participantes) respecto a un grupo de control (no participantes). Con este tipo de análisis reducimos algunos sesgos producidos por fallos en la memoria o por percepciones sobre el pasado modificadas por experiencias más recientes. Al mismo tiempo, se han incorporado como variables de control el sexo, la edad, el nivel de estudios y la situación laboral, para descontar el efecto de estos factores e identificar mejor el producido por el 15M.

Se analizan tres diferencias, los efectos a corto plazo contrastando los datos de la Ola 1 (noviembre 2010) y la Ola 3 (noviembre 2011, antes de las elecciones generales del 20N), los efectos a medio plazo comparando la Ola 1 con la Ola 5 (mayo 2013), y los efectos a largo plazo contrastando la Ola 1 con la Ola 11 (junio 2019). Evidentemente, entre el antes y el después se encuentran todos los eventos que suceden entre los dos puntos temporales de la comparación, y no sólo el 15M. Esta limitación se agudiza según incrementa la distancia temporal entre las olas que se comparan, ya que se amplía la posibilidad de que ocurran más y diferentes eventos.

Implicación política: ni mucho refuerzo, ni desafección

La primera pregunta que cabe plantearse es si el 15M tuvo un efecto ilusionante que incrementara la implicación política, produciendo mayor interés y eficacia política interna entre los participantes frente a los no participantes o si, por el contrario, acabó generando desinterés y frustración. Como refleja el gráfico 1, el perfil de ambos grupos era diferente antes del movimiento y sigue siendo distinto transcurridos diez años: los participantes están más interesados y sienten que comprenden la política mejor que los no participantes.

Gráfico 1. Evolución del interés y la eficacia política de participantes y no participantes en el 15M



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. La línea vertical del gráfico marca el 15M.

Al margen de estas diferencias producidas por la selección de los participantes, a corto plazo parece haber un efecto modesto y apenas estadísticamente significativo de refuerzo de esa implicación entre los participantes, como se puede apreciar en la Tabla 1. A medio plazo sí se aprecia una diferencia significativa a favor de los participantes en el 15M respecto al interés por la política, lo que va en la línea de lo que Galais (2014) observa en su análisis de la

consideración de votar en las elecciones como un deber cívico. Sin embargo, a largo plazo los efectos desaparecen. Podría esperarse que junto a los efectos del 15M, los resultados de las elecciones de 2011 —que gana el PP— afectaran de manera diferente a participantes y no participantes, y efectivamente esto parece suceder en 2013, pero no en una dirección que podamos interpretar como desafección de los participantes en el 15M, sino como refuerzo de las diferencias que ya existían. Todo esto nos permite identificar al 15M más como un proceso de selección de personas interesadas en la política y con una elevada percepción de competencia política, que como un evento que genera cambios significativos en estas actitudes.

Tabla 1. Diferencias sobre la implicación

entre participantes y no participantes

▪

	Interés p	Eficacia política interna				
	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010
No participan	0,434	0,415	0,425	0,515	0,522	0,510
Participan	0,503	0,482	0,495	0,560	0,564	0,557
Dif.	0,068***	0,067***	0,070***	0,044***	0,043**	0,047***
	nov. 2011	mayo 2013	junio 2019	nov. 2011	mayo 2013	junio 2019
No participan	0,410	0,383	0,399	0,523	0,529	0,530
Participan	0,516	0,516	0,489	0,604	0,629	0,571
Dif.	0,106***	0,133***	0,090***	0,080***	0,099***	0,041
Dif-en-dif	0,038 +	0,066***	0,020 NS	0,036 +	0,037 +	-0,006 NS

▪

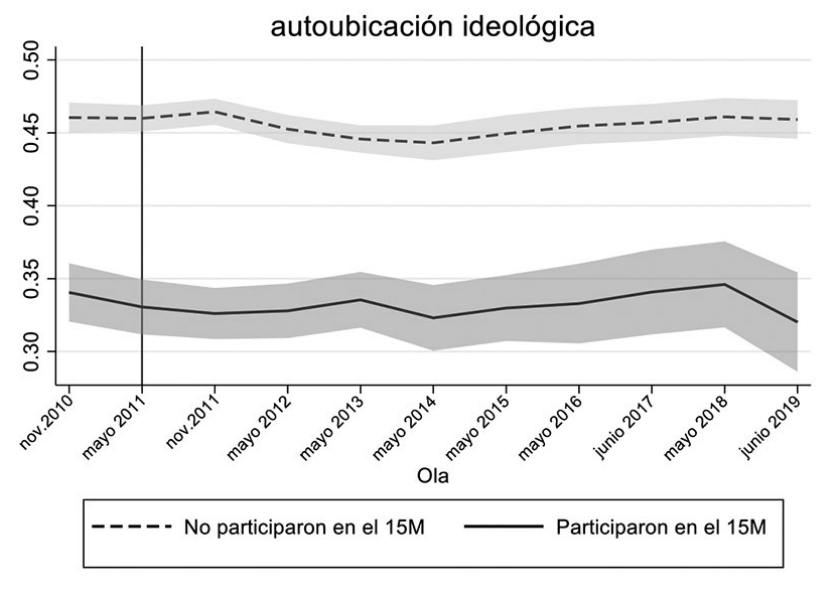
Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. *** $p < 0.01$; ** $p < 0.05$; + $p < 0.1$. Las discrepancias entre los datos presentados en los gráficos y en las tablas se debe a la aplicación de los controles introducidos en el análisis de la diferencia en las diferencias.

Ideología y voto: el espacio para Podemos

A pesar tener una procedencia social heterogénea, los participantes en el 15M tenían una identidad ideológica fundamentalmente de izquierda (Calvo, et al., 2011; Anduiza et al., 2014). Esta radiografía coincide con la imagen que refleja el gráfico 2, en la que participantes y no participantes muestran una distancia ideológica sustancial y significativa. A corto plazo (seis meses después del movimiento y antes de las elecciones generales de 2011), las diferencias ideológicas entre participantes y no participantes se incrementan modestamente. Dentro de una tónica general de estabilidad, ambos grupos reforzaron sus perfiles de izquierda y centro respectivamente. Sin embargo, a partir de 2014, tanto participantes como no participantes desplazaron sus posiciones ideológicas hacia la derecha.

Gráfico 2. Evolución de la autoubicación ideológica

de participantes y no participantes en el 15M



Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. La línea vertical del gráfico marca el 15M. Valores más altos indican posiciones más a la derecha.

Pero nada de esto puede atribuirse al 15M. La participación en este evento no parece tener los efectos de radicalización ideológica que se plantean en la literatura. Según muestra el análisis de la Tabla 2, no puede sostenerse que el 15M haya influido en una mayor polarización ideológica de los participantes frente a los no participantes ni a corto, ni a medio, ni a largo plazo. Al igual que en el caso de la implicación, las diferencias importantes son las que hay en cada momento entre participantes y no participantes, y en segunda instancia ligeras fluctuaciones a lo largo del tiempo, pero que no pueden atribuirse a la participación en el 15M.

Tabla 2. Diferencias en la autoubicación ideológica

de participantes y no participantes

▪

	Ubicación ideológica		
	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010
No participaron	0,481	0,487	0,497
Participaron	0,363	0,367	0,378
Dif.	-0,119***	-0,120***	-0,119***
	nov. 2011	mayo 2013	junio 2019
No participaron	0,482	0,471	0,491
Participaron	0,346	0,362	0,355
Dif.	-0,136***	-0,109***	-0,136***
Dif.-en-dif.	-0,017 NS	0,011 NS	-0,018 NS

▪

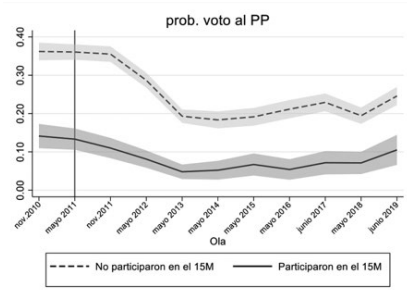
Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. *** $p < 0.01$; ** $p < 0.05$; + $p < 0.1$.

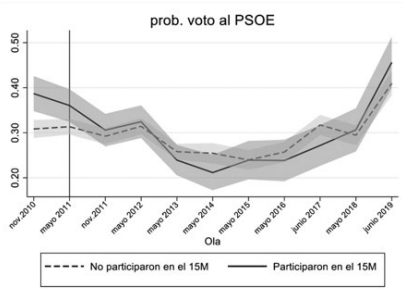
Por lo que se refiere al impacto del 15M en la orientación del voto, algunos trabajos previos han sostenido que la participación en la protesta no movilizó ni desmovilizó a los electores en las elecciones que le siguieron en 2011, pero sí redujo significativamente la probabilidad de votar a los grandes partidos (Anduiza et al., 2014; Jiménez, 2011). El gráfico 3 permite observar cómo las probabilidades de votar al PSOE o al PP sufren, a lo largo del tiempo, cambios mucho más importantes que los identificados en la autoubicación ideológica o la implicación política. Sin embargo, no parece que estas oscilaciones reflejen efectos directos del 15M. A corto y medio plazo se confirma un efecto negativo sobre la probabilidad de votar al PSOE, que desaparece a largo plazo. A medio plazo aparece un efecto positivo sobre la probabilidad de votar al PP que es producto de una situación paradójica: el descenso de la probabilidad de votar a ese partido, en ese momento afectado por numerosos escándalos de corrupción y por la creciente visibilidad de Ciudadanos, especialmente entre los que no participaron en el 15M. Este efecto también desaparece a largo plazo.

El efecto negativo sobre la probabilidad de votar al PSOE a corto y medio plazo no se vio compensado por un efecto positivo sobre el probabilidad de votar a IU,[15] cuando aún no había aparecido Podemos. El 15M, y posiblemente también los resultados electorales de noviembre de 2011, reforzaron la desafección de parte del electorado de izquierda con respecto al PSOE, sin que IU rentabilizara la situación como había venido sucediendo en otras ocasiones. Esto se podría interpretar como que el 15M contribuyó a agudizar una sensación de orfandad entre una parte del electorado con la que posteriormente conectaría Podemos.

Gráfico 3. Evolución de la probabilidad de voto

de participantes y no participantes en el 15M





Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. La línea vertical del gráfico marca el 15M.

Tabla 3. Diferencias en la probabilidad de voto

de participantes y no participantes

▪

	Probabili	Probabilidad voto PSOE				
	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010	nov. 2010
No participaron	0,330	0,350	0,381	0,402	0,351	0,3450
Participaron	0,112	0,129	0,162	0,479	0,428	0,424
Dif.	-0,218 ***	-0,221 ***	-0,219 ***	0,078 ***	0,077 ***	0,075 ***
	nov. 2011	mayo 2013	junio 2019	nov. 2011	mayo 2013	junio 2019
No participaron	0,206	0,182	0,258	0,383	0,305	0,474
Participaron	0,077	0,036	0,119	0,398	0,288	0,521
Dif.	-0,239 ***	-0,146 ***	-0,139 ***	0,015 NS	-0,017 NS	0,048 NS
Dif-en-dif	-0,021 NS	0,075**	0,080 +	-0,062**	-0,094 ***	0,028 NS

Fuente: elaboración propia a partir de datos del Spanish Political Attitudes Panel Dataset. *** $p < 0.01$; ** $p < 0.05$; + $p < 0.1$.

3. El 15M: entre la representación y el cambio

Como sostienen Bosi y Uba (2009: 410), los resultados de la acción colectiva no son estáticos y lineales; pueden depender de muchos factores. Puede haber movimientos que no tengan ningún impacto en la política pero que lleguen a tener un efecto significativo en el curso de la vida política de los participantes, en sus actitudes y comportamiento futuro. Resulta más difícil, pero no imposible, imaginar movimientos con cierta capacidad transformadora a nivel sistémico, pero con limitados efectos a la hora de producir cambios biográficos a nivel individual. Éste parece ser el caso del 15M: es un movimiento que ha representado un punto de inflexión en la vida política española reciente, cuya onda expansiva llegó hasta el sistema de partidos, pero con limitados efectos a nivel individual. La participación en el 15M aumentó los niveles de interés por la política y de eficacia política interna, y redujo la probabilidad de votar al PSOE. Pero estos efectos son modestos y diez años después han desaparecido.

Nuestro análisis de efectos a corto, medio y largo plazo supera algunas de las limitaciones metodológicas presentes en la literatura sobre las consecuencias de los movimientos sociales, pero no todas. Sigue siendo difícil aislar el efecto atribuible a estas protestas de otros aspectos del contexto político y electoral, especialmente cuando miramos efectos a largo plazo. Es posible, como sugiere la literatura, que estos efectos limitados a nivel individual sean a su vez consecuencia de la percepción del éxito o la capacidad del movimiento de conseguir sus reivindicaciones. Si esta percepción es limitada, también lo es en la capacidad de cambiar actitudes. Asimismo queda por explorar la previsible heterogeneidad de estos efectos: es posible que sean diferentes para los más jóvenes y quizá

también para aquellos que con posterioridad simpatizaron con Podemos.

A la luz del análisis aquí presentado, lo destacable del 15M no habría sido tanto su efecto sobre las actitudes y los comportamientos de aquellos que lo protagonizaron, sino lo que el 15M representó en términos de movilización, al margen de los partidos políticos tradicionales, de un conjunto de ciudadanos interesados en política, con elevados niveles de eficacia política, y de izquierdas. Estos resultados pueden suponer un jarro de agua fría con respecto a las expectativas que encontramos en la literatura sobre las consecuencias biográficas de los movimientos sociales. La relevancia del 15M no parece estar en lo que como experiencia consigue cambiar a nivel individual, sino en el cambio que en sí mismo representa.

Anexo

Participantes en el 15M por ola

▪

Ola	Fecha del tra	Participantes	N total	Porcentaje de partici
1	noviembre 2010	302	1485	21
2	mayo 2011	360	1930	19
3	noviembre 2011	360	1930	19
4	mayo 2012	319	1676	19
5	mayo 2013	268	1454	18
6	mayo 2014	182	931	20
7	mayo 2015	161	870	18
8	mayo 2016	146	887	16
9	junio 2017	152	858	18
10	mayo 2018	139	797	17
11	junio 2019	114	721	16

▪

Preguntas del cuestionario

▪

Interés por la política	¿La política te interesa…? Mucho, bastan
Eficacia política interna	Con ayuda de esta escala de 0 a 10 señala
Autoubicación ideológica	Cuando se habla de política se utilizan no
Probabilidad de voto a partidos	Como sabes, en España hay distintos part
Participación en el 15M	(Pregunta realizada sólo a los que conoce

Bibliografía

Anduiza, E.; Martín, I.; Mateos, A. (2014). «El 15M y las elecciones generales de 2011», en E. Anduiza, A. Bosch, L. Orriols y G. Rico (eds.), Elecciones Generales 2011, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, págs.145-166.

Anduiza, E.; Galais, C.; Hernández, E.; Hierro, M. J.; Muñoz, J.; Pannico, R.; Rico, G.; Rifà, R. (2020). Spanish Political Attitudes Panel Dataset, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Bosi, L.; Uba, K. (2009). «Introduction: the outcomes of social movements», Mobilization: An International Journal, 14 (4), págs. 409-415.

Calvo, K.; Gómez-Patrana, T.; Mena, L. (2011). «Movimiento 15M: ¿quiénes son y qué reivindican?», Zoom Político, 2011/4, Fundación Alternativas.

Della Porta, D.; Diani, M. (2011). Los movimientos sociales, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Galais, C. (2014). «Don't vote for them: The effects of the Spanish Indignant Movement on attitudes about voting», Journal of Elections, Public Opinion and Parties, (24) 3, págs. 334-350. Disponible en: doi.org/10.1080/17457289.2014.887089.

Galán, L. P.; Ferch, B. (2020). «Where did the Indignados go? How movement sociality can influence action orientation and ongoing activism after the hype», Social Movement Studies, Disponible en: doi.org/10.1080/14742837.2020.1722627

Giugni, M. (2004). «Personal and biographical consequences», en D. Snow, S. Soule, H. Kriesi (eds.), The Blackwell Companion to Social Movements, Blackwell, Oxford, págs. 489-507.

Giugni, M. (2008). «Political, biographical, and cultural

consequences of social movements», Sociology Compass, 2, págs. 1582-1600.

Giugni, M.; Grasso, M. T. (2016). «The biographical impact of participation in social movement activities: beyond highly committed New Left activism», en L. Bosi, M. Giugni, K. Uba, The Consequences of Social Movements, Cambridge University Press, Cambridge, págs. 88-105.

Helander, S. (2016). «Movement and empowerment: Explaining the political consequences of activism», Revista Internacional de Sociología, 74 (4).

Jimenez, M. (2011). «¿Influyó el 15M en las elecciones municipales?», Zoom político, 4, Fundación Alternativas, Madrid.

McAdam, D. (1994). «Cultura y movimientos sociales», en E. Laraña, J. Gusfield (eds.), Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Vestergren, S.; Dury, J.; Chiriac, E. H. (2016). «The biographical consequences of protest and activism: a systematic review and a new typology», Social Movement Studies, 16 (2). Disponible en: doi.org/10.1080/14742837.2016.1252665.

---

11. Universidad de Salamanca.

12. Universitat Autònoma de Barcelona.

13. Universitat Autònoma de Barcelona.

14. Hernández, E.; Galais, C.; Rico, G.; Muñoz, J.; Hierro, M. J.; Pannico, R.; Barbet, B.; Marinova, D.; Anduiza, E. (2020) POLAT Panel. Spanish Political Attitudes Dataset (12 waves). Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. La población objeto de investigación está formada por los usuarios de internet de ambos sexos residentes en España y de nacionalidad española en el momento de iniciarse el panel (noviembre de 2010). El acceso a internet para las personas mayores era relativamente limitado en

ese momento, por lo que la muestra se limitó a personas entre 18 y 44 años. Aunque la muestra no puede considerarse representativa de personas no usuarias de internet ni de otras franjas de edad, los descriptivos obtenidos del panel no se apartan significativamente de otros datos de encuesta disponibles (como los barómetros CIS). Para el reclutamiento de los encuestados de la primera ola (2.100) se aplicaron dos cuotas cruzadas: género / edad y región / tamaño del municipio. Durante estos diez años se han introducido varios refrescos (incluida una cuota para educación). El número total de individuos que han formado parte del panel es de 5.889. Como es habitual en los estudios panel, la cantidad de casos se va reduciendo con el paso de los años. En el Anexo aparece el detalle de participantes y no participantes en cada ola. Para realizar los análisis agregados se eliminaron de la muestra todos los casos que no tuvieran valor válido para la variable que mide la participación en el 15M, de manera que se está trabajando únicamente con los individuos que estaban en la ola 3 y que se han mantenido hasta la ola 11. La ola 12 se ha excluido del análisis para evitar introducir la posible distorsión generada por la pandemia, pero su análisis arroja resultados similares a la ola 11.

15. Los resultados no se muestran aquí por limitaciones de espacio, pero el análisis de diferencia en las diferencias de la probabilidad de votar a IU no arrojan ningún efecto significativo de la participación en el 15M.

Diez años después, ¿qué ha sido de las demandas del 15M que un día marcaron las agendas política y mediática en España?

Borja Barragué

1. Introducción

Ten years gone es una canción tan buena como poco conocida de Led Zeppelin, que es recomendable revisitar de vez en cuando. Diez años después, seguramente es recomendable recordar cuál era la situación de España en la primavera de 2011. En lo económico, el paro total superaba el 20%, pero el paro juvenil de menores de 25 rondaba el 50%. La prima de riesgo —el diferencial entre las rentabilidades de los bonos español y alemán a diez años— estaba por encima de los 200 puntos, pero a finales de julio de ese año se dispararía por encima de los 350. El Producto Interior Bruto de España atravesaba una senda de valores negativos —caería un 1% en 2011—. Y, en fin, los juzgados españoles tramitaron 58.241 expedientes de desahucio a lo largo de ese año, lo que supone el máximo de la serie histórica y un aumento del 22% con respecto al año anterior de 2010.

En lo político, a finales de agosto de ese año se discutió en el Congreso de los Diputados la reforma del artículo 135 de la Constitución Española (CE). Ésta era la primera reforma de calado de la CE desde su aprobación en 1978. El objetivo de la reforma era

introducir en la CE el principio de estabilidad presupuestaria, por el que se prohíbe a todas las Administraciones Públicas incurrir en déficits estructurales. Tras aprobarse la reforma el 2 de septiembre de 2011 en el Congreso de los Diputados, el apartado 3 del nuevo artículo 135CE establece que el pago de los créditos para satisfacer la deuda pública del país «gozará de prioridad absoluta».

En lo económico, pues, España estaba sufriendo las consecuencias de la peor crisis económica desde el crack de 1929, mientras que en lo político un partido a priori progresista y de izquierdas había aprobado una reforma constitucional —sin ningún tipo de debate público y en plenas vacaciones de agosto, además— que, grosso modo, disponía que los intereses de los créditos de los bancos alemanes —y franceses, holandeses, etc.— primaban sobre las necesidades de los ciudadanos en paro —y sin ingresos, y con dificultades para pagar la hipoteca, y con dificultades para seguir pagando el comedor del cole del hijo mayor, etc.—. No es, creo, demasiado arriesgado afirmar que la respuesta política dada a la crisis económica alienó a una parte del electorado de centroizquierda en España. En todo caso, lo que es un hecho es que cuatro años después, en las elecciones generales de 2015, el sistema de partidos español saltó por los aires y Podemos entró con 69 escaños y un 21% de los votos en el Congreso, reclamándose expresamente herederos del movimiento del 15M.

¿Qué ha sido, diez años después, de las demandas de hacer más inclusivo el sistema socioeconómico español?[17] ¿Qué efectos ha tenido el 15M sobre el proyecto del igualitarismo político en España? Éstas son las preguntas sobre las que trata de arrojar algo de luz este capítulo.

Para ello, el capítulo se estructura de la siguiente forma. La sección 2 describe brevemente la evolución del 15M en estos últimos diez años. La sección 3 analiza el impacto de la agenda socioeconómica del 15M en la teoría y la práctica de la(s) política(s) española(s). El capítulo se cierra con unas conclusiones tentativas, a modo de reflexiones finales.

La discusión que sigue se mueve en el terreno de la filosofía política y moral, por lo que se centra en el análisis de algunos problemas y conceptos centrales a la política como la justicia social, la libertad,

la virtud o la igualdad. Sin embargo, con frecuencia transitaré del trabajo de clarificación conceptual a la discusión sobre el diseño de políticas públicas concretas, para lo que revisaré lo que dicen algunos partidos políticos en sus programas y emplearé datos de sondeos y fuentes estadísticas. Las aproximaciones a la filosofía política desde esta perspectiva han solido recibir la etiqueta de filosofía política aplicada. Sea ésta una denominación feliz o no, este capítulo se sitúa precisamente ahí.

2. La mudanza del cabreo: de la tienda de campaña en la plaza de Sol al Consejo de Ministros en la Moncloa

El fuerte ascenso después de 2008 de la política de la indignación no fue exclusivo de España. La crisis financiera y las políticas de austeridad subsiguientes condujeron a protestas antiausteridad en Grecia (aganaktismenoi), en Turquía (Gezi) o en Estados Unidos (Occupy). Como en el caso del 15M, las protestas de Occupy que comenzaron en septiembre de 2011 en Zuccotti Park no se ciñeron a las políticas de austeridad, sino que incluyeron también demandas sobre la desigualdad económica —We are the 99%— y política —protestas contra la excesiva influencia del poder económico en el funcionamiento de la democracia: de hecho, hubo incluso manifestantes españoles que viajaron a Nueva York para ayudar a organizar la protesta (Ramírez-Blanco, 2018)—. La pregunta, tanto para académicos como para activistas, fue entonces: y después de la protesta, qué. Qué viene tras la indignación de las protestas y los movimientos sociales.

Las explicaciones tradicionales del voto han venido afirmando que nuestro comportamiento ante las urnas está determinado fundamentalmente por cuestiones como la religión, la educación y la clase social (Lipset y Rokkan, 1967). Para los líderes de la política de la indignación, en cambio, la fractura izquierda/derecha ha quedado anticuada porque ya no sirve para explicar los nuevos sistemas de partidos que surgen tras la crisis de 2008. Movimientos sociales como Occupy Wall Street y el 15M reclamaban haber

identificado un nuevo clivaje en los sistemas políticos que emergen después de 2008: el cambio frente al statu quo, la nueva frente a la vieja política, la política para la mayoría social frente a la política al servicio de unos pocos.

En Moving Parties against Austerity, Donatella della Porta y coautores (2017) afirman que lo que vino después del cabreo de las plazas fueron partidos-movimiento que coordinaron esa indignación en torno a sí. Esto es lo que ocurrió, sostienen, en Grecia con Syriza, en Italia con el Movimiento Cinco Estrellas (M5S) y en España con Podemos. Pero como ellos mismos reconocen en su libro, los partidos-movimiento no son, a pesar de lo que pueda parecer ahora, un fenómeno novedoso.

En la década de 1980 Herbert Kitschelt acuñó la expresión de partido-movimiento para referirse al híbrido entre partidos y movimientos, al describir los partidos ecologistas que estaban surgiendo entonces en el norte de Europa (Kitschelt, 1986, 1988). Los partidos ecologistas emergieron de los movimientos ecologistas que, como muchos otros movimientos de la época, eran (muy) críticos con la forma en que los partidos y los grupos de interés tradicionales venían haciendo política. Es precisamente cuando los líderes de un movimiento social dan un paso al frente y entran en la arena institucional cuando, de acuerdo con Kitschelt, nos encontramos frente a un partido-movimiento.

Una de las características más visibles de estos partidos es su estructura organizativa: los partidos ecologistas que surgen en el norte de Europa como cristalización institucional de las protestas antinucleares que se originan en la década de 1960 son reconociblemente más horizontales y participativos que los partidos tradicionales, porque su estructura organizativa asemeja la de las protestas de que traen causa directa.

Siguiendo con el análisis de Kitschelt (2006), su postura es que los partidos-movimiento estaban condenados a ser transitorios. En la visión de Kitschelt, un partido-movimiento sirve como mecanismo de puente desde el momento (t0) en que estalla una protesta social que es capitalizada por un movimiento-que-se-convierte-en-partido-movimiento, hasta que éste muta en un partido tradicional (t1).

En la literatura politológica española existe cierto consenso acerca de que Podemos coordinó rápidamente en torno a sí el voto indignado (Villacañas, 2017; Fernández-Albertos, 2015, 2018). Aunque sin apelar explícitamente a esa denominación, el propio partido ha reivindicado su condición de partido-movimiento. Por ejemplo en el documento de «Principios políticos» de 2015 se puede leer que «[e]l movimiento 15M contribuyó a articular una parte de las insatisfacciones que hasta ese momento estaban huérfanas o se vivían en forma aislada y despolitizada […] El 15M avejentó a las élites y a las narrativas oficiales, poniendo en evidencia el agotamiento de sus consensos, de sus certezas, de los marcos con los que se distribuían las posiciones y se explicaba el rol de cada cual en el contrato social o se canalizaban las demandas ciudadanas» (Podemos, 2015: 5-6).

Al reivindicar el 15M, en sus inicios Podemos parecía estar reclamando para sí dos cosas: (i) una estructura de poder horizontal y un funcionamiento (cuasi) asambleario; y (ii) un discurso netamente de izquierda, en el que las demandas acerca de las desigualdades sociales y económicas —en la línea de We are the 99%— ocupan un lugar destacado. Si damos por buena la visión, un tanto cínica, de Kitschelt de que los partidos-movimiento se caracterizan por ser la crisálida que permite la transición entre el estado de larva (protesta-movimiento) y el de imago (partido tradicional), este estado híbrido y transitorio tiene algunas cosas buenas y algunas malas.

Entre las buenas destacan que, en algunos casos, pueden dar voz a colectivos que no se sentían representados por el sistema de partidos vigente y que, además, pueden forzar a los partidos hegemónicos a realizar reformas. Entre las malas encontramos que en estos partidos suelen abundar los líderes carismáticos, con tendencias autoritarias, que emplean un mensaje más simplista que simple, donde el pueblo se identifica con la nación y las élites con una amalgama de intereses compuesta por grandes corporaciones, caudillos (locales) y Gobiernos extranjeros (Estados Unidos, la Unión Europea, etc.). Haya conseguido escapar (o no) a los problemas del caudillismo, lo que parece claro es que Podemos no se caracteriza hoy, en 2021, por un funcionamiento interno horizontal, cuasiasambleario. Quizá lo que ha ocurrido es,

sencillamente, que Kitschelt tiene razón y Podemos ha abandonado su estado de crisálida y ha alcanzado su estado de partido tradicional, o adultez plena.

Si la demanda de «Democracia real ya» perseguía avanzar hacia modelos de democracia más directos o deliberativos, o participativos o, como mínimo, hacia modelos de partidos sustancialmente más horizontales, la victoria ha sido pírrica (y efímera). El epígrafe siguiente analiza si las demandas del 15M relativas a las desigualdades sociales y económicas han tenido más éxito y han pasado a formar parte de los programas de (algunos) partidos políticos o, incluso, de (algunos) Gobiernos de España.

3. Efectos del 15M sobre el igualitarismo político (en España)

El igualitarismo es una corriente de filosofía política contemporánea que favorece la igualdad de algún tipo: la igualdad material —la gente debería recibir lo mismo de algún bien o recurso en alguna distribución—, la igualdad política —la gente debería ser tratada igual, sin que puedan prevalecer discriminaciones por razón de sexo, raza u orientación sexual— o, en una versión algo diferente, la igualdad relacional —la gente debería gozar de una igualdad de estatus social de algún tipo (Arneson, 2013)—. Una noción de la igualdad de enorme relevancia histórica vinculada al auge del capitalismo de mercado es la igualdad de oportunidades, generalmente representada como igualdad de oportunidades formal —en España esta noción queda bien reflejada en el art. 14CE—.

Esta última noción de la igualdad es hoy tan popular que los cinco partidos de ámbito nacional dicen perseguirlo en sus programas electorales, casi siempre en relación con las políticas sociales y educativas.[18] Esto se debe a que la igualdad de oportunidades es una noción más bien magra de la igualdad. Todo lo que exige es igualar en los tacos de salida, no de llegada. De hecho, implica, conceptualmente, la asunción de que los corredores nunca llegarán juntos a la meta, sino que unos lo harán (mucho) antes que otros.

La explicación de que hoy todos los partidos den por bueno y promuevan el mismo ideal de igualdad es que, después de la caída del Muro de Berlín, uno de los pocos consensos que existen en la teoría económica moderna es que igualar en la línea de llegada a todos genera malos incentivos en los agentes económicos.

Otro de esos escasos consensos que existen en la teoría económica moderna es que la desigualdad de ingresos no ha parado de crecer desde la década que anunció la caída del Muro: 1980 (Atkinson et al., 2011) Si, como parece desprenderse del párrafo anterior, todos los partidos fueran (aproximadamente igual de) igualitarios, esto sería un problema para todos ellos. Sin embargo, el hecho de emplear una misma expresión, «igualdad de oportunidades», ofrece la imagen de un consenso que no es real. El aumento de la desigualdad es un reto (o no) en función de la parte del espectro ideológico que ocupe el partido político en cuestión. Para la derecha no supone ningún quebradero de cabeza, porque no ha hecho de la (des)igualdad una bandera. Para la izquierda sí lo es, porque la (des)igualdad está ya en el origen de la crítica marxista al sistema de producción capitalista. Y es un problema aún mayor si, en plena crisis financiera y de aumento de la desigualdad, acuerdas con tu rival político una reforma constitucional con «agosticidad» y alevosía que (i) limita notablemente tu capacidad presupuestaria para hacer políticas sociales con las que reactivar la economía y apoyar a los perdedores de la crisis y (ii) antepone los intereses de los acreedores extranjeros a los de los contribuyentes nacionales.

Pero incluso dejando al margen reformas coyunturales, el electorado igualitario —el votante para el que la (des)igualdad es uno de los principios políticos en torno a los cuales se ha de arbitrar la competición política— tenía razones de largo alcance para recelar de la robustez del compromiso igualitario del PSOE, que en mayo de 2011 era el único partido de centroizquierda con opciones de gobierno en España. La caída del Muro que cierra la década de 1980 era el certificado de defunción oficial del bloque soviético y, por lo tanto y simultáneamente, el certificado que proclamaba al liberalismo de libre mercado en el ganador de la guerra (Fría) de las ideologías políticas que caracterizó la segunda mitad del siglo XX. Los pocos partidos socialistas que no habían abjurado aún del marxismo —el PSOE lo había hecho justamente diez años antes, en

1979—, lo hicieron entonces. La caída del Muro es el certificado de defunción del compromiso marxista de destruir el capitalismo y, por lo tanto y simultáneamente, el certificado que proclama el compromiso socialdemócrata de transformarlo.

Si la década de 1980 supuso el certificado de defunción del socialismo real, los aproximadamente veinte años que van desde la caída del Muro hasta el crack de 2008 fueron los años dorados de la Tercera Vía. Dicho sucintamente, la Tercera Vía podría definirse como una forma de conciliar la política social de izquierdas con la política económica de derechas. Durante los años 1990, la Tercera Vía de Clinton, Blair y Schröder —y en alguna medida no marginal, también González— privatizó, liberalizó, restringió el acceso a la asistencia social y bajó impuestos. Por eso, cuando en medio de la peor crisis económica en cien años Zapatero se avino a reformar la Constitución en la calma furtiva de agosto, una parte significativa del electorado igualitarista se plantó. Los mercados habían sido el niño mimado del igualitarismo magro de Tercera Vía durante la etapa de boom. Pero que lo fueran también en medio de la peor crisis de los últimos cien años era demasiado. Enough is enough.

De ahí que la institucionalización del cabreo tuviera un suelo (electoral) enormemente fértil. Tras el éxito inicial de la irrupción en las europeas, el crecimiento subsiguiente en intención de voto de Podemos fue espectacular. Hasta el punto de que el barómetro de octubre de 2014 del CIS situaba a Podemos como el primer partido en intención directa de voto, con un 17,5% (Centro de Investigaciones Sociológicas, 2014). Sin embargo, cuando uno rebuscaba en las tripas de la encuesta, lo que encontraba era que Podemos había crecido, sobre todo, sacando a votantes de la abstención. Esto reducía su potencial de crecimiento a largo plazo. Por lo que, si quería seguir creciendo, debía diseñar alguna estrategia para llegar a nuevos votantes.

En lo que resta de epígrafe no voy a describir las principales estrategias que, podríamos aventurar, exploró el partido sobre la base de declaraciones o entrevistas que dieron sus líderes. Lo que voy a hacer es plantear las dos principales estrategias que, desde el punto de vista de la teoría política, tenía a su disposición.

La primera estrategia disponible era seguir afilando el perfil

populista del partido. Aunque existe una literatura inabarcable ya sobre la cuestión (vid. por todos Rooduijn, 2019), en mi opinión el populismo no es una ideología política como tal, sino que es o bien una forma de hacer política —algo muy parecido a una retórica política, si bien seguramente cualificada, ya que es la única de su naturaleza—, o bien una especie de ideología parasitaria, que necesita de una teoría política matriz de la que alimentarse.[19] De ahí que tengamos populismos de derecha anarcocapitalista (Trump), populismos de derecha social-chauvinista (el Frente Nacional de Marine Le Pen), populismos de democracia directa (Cinco Estrellas), populismos de izquierda caudillista (Chávez) y populismos socialdemócratas (Podemos).

La retórica populista se define por tres grandes rasgos característicos (Mudde, 2004; Norris, 2020): (1) la apelación a un pueblo virtuoso; (2) el rechazo de la complejidad; y (3) una tendencia al caudillismo. Como se observa, no hay nada en esos tres rasgos que conviertan al populismo en una retórica más inclinada hacia la derecha o hacia la izquierda. Tan virtuoso puede ser, al menos en el plano de la teoría política, un pueblo que reclama que le suban como que le bajen los impuestos; tan «fácil» puede resultar emprender una reforma destinada a acabar con el problema de la pobreza infantil como destinada a acabar con la inmigración de un plumazo; y, en fin, la historia deja pocas dudas acerca de que tan caudillo puede ser un líder de izquierdas como de derechas.

En definitiva, el populismo, una estrategia con la que ha coqueteado extensivamente Podemos, no tiene nada de intrínsecamente igualitario. Puede servir tanto para convencer al electorado de las bondades de una bajada hercúlea de impuestos como la acometida por Trump, como para lo contrario. Si Podemos hubiera optado por seguir una estrategia netamente populista para ensanchar su base electoral, podría haberlo hecho incorporando en su programa la agenda igualitaria del 15M… o no.

La segunda estrategia era limar sus posiciones de izquierda más radical (su anticapitalismo) y populista (su euroescepticismo) para crecer entre el electorado tradicional del PSOE (y parcialmente, IU). Dicho de otra forma: si la primera estrategia era afilar su perfil populista, la segunda consistía en afilar su perfil socialdemócrata.

Pues bien, en junio de 2016, Pablo Iglesias se presentó en un desayuno informativo del Fórum Europa, celebrado el 6 de junio de 2016, como líder de una nueva «alternativa socialdemócrata», cuyo objetivo era «ocupar el nuevo espacio socialdemócrata», en la medida además en que eso no suponía incurrir en ninguna contradicción con su pasado, ya que «Marx y Engels eran socialdemócratas». Con independencia de la corrección histórica de esta última afirmación —nota: es muy incorrecta—, lo que anunciaban las declaraciones de Iglesias en aquel desayuno era su intención inequívoca de asaltar el granero ideológico tradicional de votos del PSOE.

La socialdemocracia sí es, a diferencia del populismo, una ideología política más o menos bien delimitada, que gravita en torno a tres demandas de justicia social: la reducción de las desigualdades, la reducción al máximo del desempleo (o pleno empleo, en sus versiones más optimistas) y la provisión de cierta seguridad económica. Es decir, la socialdemocracia no sólo es una ideología, sino que, además, y de manera muy importante a los efectos del objetivo que nos hemos propuesto en este capítulo, es una ideología igualitaria. El giro socialdemócrata de Podemos anunciado por Iglesias en junio de 2016 podría haber supuesto, por tanto, una buena noticia para la agenda igualitaria del 15M, una vez que, además, Podemos entra a formar parte del Gobierno y ocupa, por consiguiente, varios sillones en el Consejo de Ministros. Pero ¿lo ha sido?

Aunque, debido al método de trabajo asambleario y basado en una estructura de círculos más excéntricos que concéntricos del 15M, nunca fue demasiado fácil vislumbrar con precisión su hoja de ruta en materia de políticas socioeconómicas, ésta puede resumirse en cuatro grandes ejes (columna 1, input). Desde mayo de 2011, algunas de esas demandas han ido incorporándose en propuestas de diversos partidos: por ejemplo, la Renta Básica Universal que figuraba en el programa de las elecciones europeas de 2014, que luego se transformó en Renta Garantizada, pero también la propuesta de Ingreso Mínimo Vital que el PSOE hizo pública en julio de 2015, pero que venía de un compromiso asumido por el partido en su conferencia política de 2013 (Marí-Klose et al., 2016). Dado que referir todas las medidas socioeconómicas en que

resuenan ecos del 15M y los partidos han ido incorporando a sus programas en estos diez años sería excesivamente prolijo, la columna 2 (output) se ciñe a la incorporación de esas demandas al programa de gobierno que el PSOE y Unidas Podemos —por lo demás, los grandes partidos que en España representan el igualitarismo político en las instituciones— firmaron el 31 de diciembre de 2019, con el título de «Coalición progresista. Un nuevo acuerdo para España». Por último, la columna 3 (outcome) se dedica a consignar cuáles de todas esas demandas han sido ya incorporadas al Boletín Oficial del Estado (BOE).

Como se ve en la tabla siguiente, algunas de las demandas del 15M han sufrido una transformación significativa en el trayecto que va desde los círculos de la plaza de Sol hasta las páginas rectangulares del Boletín Oficial del Estado. Por ejemplo, mientras que el 15M reclamaba una Renta Básica universal e incondicional, el BOE recoge la aprobación del IMV, una política de garantía de ingresos mínimos que ni es universal —por cuanto sólo es elegible para el programa la gente con ingresos bajos o que directamente no tiene ningún ingreso—, ni tampoco es completamente incondicional —el IMV se establece como objetivo la inclusión social a través de la activación laboral de sus perceptores—. Frente a tácticas más bien impacientes como tomar al asalto las cosas, en la apuesta estratégica del 15M se leía que «Vamos despacio porque vamos lejos». Tan lejos que muchas de ellas han alcanzado las páginas del BOE. Tan lejos que, si pudiéramos viajar diez años hacia el pasado y preguntar a los acampados en Sol en mayo de 2011, es posible que muchos de ellos prefiriesen la seguridad jurídica de las políticas que se recogen en el BOE a las excitantes pero brumosas promesas que se dibujan en los cielos de las teorías ideales de la justicia.

Tabla 1. Midiendo el impacto de la

agenda socioeconómica del 15M

▪

Input (demandas 15M	Output (incorporación	Outcome (resultados de la políti

Vivienda. En el ámbito de la vivienda, la Erradicación de la pobreza. El 15M nos invita a Derechos a y en el trabajo. El 15M expresó las Justicia social y fiscal. El 15M expresó su	Propuestas para la Revitalización de la Democracia. Nuevos Mecanismos de Participación Ciudadana. Propuestas para la Democracia Económica. Propuestas para la Democracia Social. Propuestas para la Democracia Ecológica. Propuestas para la Democracia Internacional.	Habitabilidad de Vivienda de d Aprobación del Ingreso Mínim Subida del SMI. Reforma del Sistema Fiscal. Subidas de los impuestos a la

▪

Fuente: elaboración propia.

4. Reflexiones finales

El argumento central del capítulo podría resumirse en tres conclusiones tentativas:

1. El 15M ha tenido, a pesar de lo que nos pueda decir la intuición, un impacto notable en la agenda y acción de gobierno de los partidos políticos de centroizquierda en España.

2. Sin embargo, ese impacto es observable sólo diez años después, porque la democracia es un sistema que requiere de tiempo, negociaciones y esfuerzo. No es un sistema que incorpore las demandas (de la plaza) de hoy para (la reunión del Consejo de Ministros de) mañana.

3. En momentos de indignación y desafección, hay líderes y discursos políticos que tratan de capitalizar electoralmente el cabreo prometiendo exactamente eso: incorporar las demandas de hoy para mañana. El problema es que esos enfoques del proceso político pueden terminar haciendo que «mueran» las democracias (Levitsky y Ziblatt, 2018), sean visiones alentadas por caudillismos de izquierda o neofascismos de derecha.

Nota final. Mientras este capítulo estaba siendo escrito, una turbamulta de gente cabreada y descontenta con los resultados del ejercicio de la democracia estadounidense trató de tomar al asalto el Capitolio. La combinación de indignación ciudadana, por un lado, y discursos de líderes políticos reclamando a la gente indignada que tome al asalto las cosas, por el otro, puede terminar

muy mal. Digo esto porque la crisis económica que, en muchos países, va a suceder a la crisis sanitaria de la Covid va a dejar a mucha gente sin empleo y a ensanchar las desigualdades socioeconómicas. Igual que hizo la crisis financiera de 2008. Es probable, por tanto, que algunas sociedades como la española tengan que cabalgar el tigre del descontento social. A ese efecto, el 15M puede servir como recordatorio de que, en las democracias terrenales al menos, las políticas que mejoran la vida de la ciudadanía no son maná que cae del cielo marxiano, sino producto de acuerdos que se adoptan en ignotas comisiones parlamentarias.

Bibliografía

Arneson, R. (2013). «Egalitarianism», The Stanford Encyclopedia of Philosophy. Disponible en: https://plato.stanford.edu/entries/egalitarianism/

Atkinson, A.; Piketty, T.; Saez, E. (2011). «Top Incomes in the Long Run of History», Journal of Economic Literature, vol. 49, nº 1.

Centro de Investigaciones Sociológicas. 2014. Barómetro de octubre 2014. Disponible en: http://datos.cis.es/pdf/Es3041mar_A.pdf

Della Porta, D.; Fernández, J.; Kouki, H.; Mosca, L. (2017). Movements Parties Against Austerity, Polity, Cambridge.

Fernández-Albertos, J. (2018). Anti-sistema. Desigualdad económica y precariado político, Catarata, Madrid.

— (2015). Los votantes de Podemos: del partido de los indignados al partido de los excluidos, Catarata, Madrid.

Kitschelt, H. (2006). «Movement Parties», en R. Katz, Richard y W. J. Crotty (eds.), Handbook of Party Politics, Sage, Nueva York, págs. 278-290.

— (1988). «Organizational and Strategy of Belgian and West

German Ecology Parties: A New Dynamic of Party Politics in Western Europe?», Comparative Politics, vol. 20, nº 2, págs. 127-154.

— (1986). «Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in Four Democracies», British Journal of Political Science, vol. 16, págs. 57-85.

Levitsky, S.; Ziblatt, D. (2018). Cómo mueren las democracias, trad. de Gemma Deza Guil, Ariel, Barcelona.

Lipset, S. M.; Rokkan, S. (1967). «Cleavage structures, party systems, and voter alignments: an introduction», en S. M., Lipset, y S. Rokkan (eds.), Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives, Free Press, Nueva York, págs. 1-64.

Marí-Klose, P.; Moreno Fuentes, F. J.; del Pino Matute, E. (2016). «A grandes males, razonables remedios», El País, 24 de febrero.

Mudde, Cass. (2004). «The Populist Zeitgeist», Government and Opposition, vol. 39, nº 4, págs. 541-563.

Norris, P. (2020). «Measuring Populism Worldwide», HKS Working Paper, nº RW20-002. Disponible en https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=3541314 (fecha de última consulta 19/01/2021).

Podemos. (2015). Principios políticos. Disponible en: https://podemos.info/wp-content/uploads/2015/06/Documento-politico.pdf

Ramírez Blanco, J. (2018). Artistic Utopias of Revolt: Claremont Road, Reclaim the Streets, and the City of Sol, Palgrave Nueva York.

Rooduijn, M. (2019). «State of the field: How to study populism and adjacent topics? A plea for both more and less focus», European Journal of Political Research, vol. 58, nº 1, págs. 362-372.

Villacañas, J. L. (2017). El lento aprendizaje de Podemos, Madrid, Catarata.

16. Universidad Nacional de Educación a Distancia.

17. Está fuera de toda duda que el 15M tenía como objetivo hacer más igualitario e inclusivo también el sistema político —con multitud de demandas relativas a mejorar la rendición de cuentas de los representantes, por poner sólo un ejemplo—. Sin embargo, y por razones sobre todo de espacio, este capítulo se ciñe a revisar el impacto de la agenda socioeconómica del 15M.

18. El PSOE invoca la igualdad de oportunidades en relación con el empleo joven, las desigualdades de género y la educación; el PP tituló el apartado 6 de su programa «Familia. Políticas sociales para la igualdad de oportunidades»; Vox propone «Combatir las desigualdades de oportunidades que separan a los ciudadanos del medio rural y urbano», pero también menciona la «igualdad efectiva de oportunidades» en el bloque de su programa dedicado a la «Educación y Cultura»; Podemos menciona hasta en ocho ocasiones la «igualdad de oportunidades» en su programa; Ciudadanos liga expresamente su programa en materia educativa a que se «garantice la igualdad de oportunidades». Todos los programas de los partidos para las elecciones de noviembre de 2019 están accesibles online (y han sido consultados por última vez el 15 de marzo de 2021).

19. La metáfora de la ideología «parasitaria» me fue sugerida por Guillem Vidal y es una de esas (infrecuentes) imágenes que contiene la sabiduría equivalente a mil artículos científicos.

Parte II

Imaginarios, ingenios y culturas

El 15M y lo indeterminado

José Ángel Bergua

20

¿Dónde está la sabiduría que perdimos

con el conocimiento, dónde el

conocimiento que perdimos con la información?

T. S. Elliot

No hace falta ser un hábil hermeneuta para concluir que tanto el nombre con el que el 15M se dio a conocer (Democracia Real Ya) y algunas de las consignas que se corearon («lo llaman democracia y no lo es» o «no los votes pues no nos representan») transmitían la idea de que la democracia es el resultado de una conjunción imposible, la que forman el demos (gentes) y el kratos (poder). Por lo tanto, el 15M, no colocaba en el centro del debate las cuestiones social, nacional, medioambiental o de género, ni tampoco la urbana, el belicismo, etc., como suelen hacer tantos movimientos sociales, sino que ponía en cuestión la propia política, más exactamente la democracia, algo que sucede en muy contadas ocasiones.

La problematización de tan importante institución no debe resultar extraña, ya que, en realidad, nunca hemos sido modernos con nuestro modo democrático de hacer política. En efecto, por mucho

que nos hayamos propuesto usar la democracia para incluir al demos en la política, en realidad no hemos hecho más que escamotearlo, como los premodernos de los que en vano pretendemos distinguirnos. Ya cuando en Francia se permitió el sufragio universal después del estallido revolucionario de 1848, aunque el voto representó un nuevo derecho del pueblo, también restringió su participación política a esta forma relativamente inocua. El mismo carácter secreto de la votación, tan necesario para garantizar la libertad, quitó calidez a las elecciones y aumentó el desapasionamiento. Lo mismo podría decirse de las papeletas para votar. Hasta mediados del siglo xix consistían en una hoja que llevaba consigo el votante y en la que él mismo había escrito los nombres de los gobernantes a los que quería otorgar el mandato. Sin embargo, en 1857, Australia instauró las listas cerradas y preimpresas. Años después, Europa y Estados Unidos se apropiaron del invento e incluso lo perfeccionaron. Noruega, por ejemplo, para garantizar el secreto del voto, añadió el sobre. De este modo, la participación política de las gentes quedó tan apagada y recluida en el ámbito de lo íntimo y personal que su efervescencia y vocación pública fueron prácticamente eliminadas.

El partido político de masas también ha contribuido a deteriorar la democracia. Con su desembarco en la arena parlamentaria llegó también su irremediable tendencia a la oligarquización, que lo distanció de sus presupuestos ideológicos fundacionales, así como de la propia militancia. Esta oligarquización se ha extendido a la propia sociedad civil, pues los medios de comunicación, las empresas, las Universidades, etc. han terminado creando relaciones estables con las élites políticas, lo cual ha propiciado que se consolide un amplio abanico de clientelismos, de los que han surgido distintas clases de corrupciones. Por otro lado, el propio vínculo entre los partidos políticos y sus gentes, ya muy debilitado por la oligarquización, se rompe definitivamente a partir los años 1960 con la aparición del partido catch all, que pretende captar votos de cualquier ámbito social e incluso espectro ideológico. Unas décadas más tarde, el partido cartel abandonó definitivamente toda relación con la sociedad civil al entregarse absolutamente al Estado, de quien obtiene recursos y donde coloca a sus cargos políticos.

Sea como consecuencia de la deriva de los partidos políticos y del

sistema político en el que se inscriben, o debido a que han preferido la vida cotidiana, la fiesta, el ocio o el contacto con los iguales a la política, lo cierto es que las gentes hace mucho que retiraron el deseo con el que inicialmente alimentaron la democracia. En Europa, la abstención ha aumentado del 16% de los años cuarenta del siglo xx al 28% de la primera década del siglo xxi, alcanzando en estos años las más altas y reiteradas cifras en 70 años. En cuanto a la afiliación, en Francia se ha reducido un 60% en los últimos 20 años, en el Reino Unido un 50%, un 34% en Finlandia y el 20% en Austria. Lo preocupante para la política profesional es que esas desafecciones no están protagonizadas, como antaño, por colectivos deficientemente incorporados al centro del sistema social y con escasa cultura política, sino por colectivos perfectamente integrados que caen en el desencanto o hacen alarde de un muy poco disimulado cinismo político

La degradación de la relación entre demos y kratos ha provocado que desde finales de los años 1960 hayan adquirido protagonismo primero los «nuevos» y luego los «novísimos» movimientos sociales, a lo que ha acompañado la ilusión de una refundación de la democracia. Sin embargo, estos actores alternativos no resuelven del todo el desencuentro con el demos que padecen los partidos políticos y su democracia electiva, pues alternan breves y explosivos períodos en los que las gentes están muy presentes, con otros más largos y desesperantes para los activistas en los que desaparecen. Por otro lado, las modalidades de democracia participativa que promueven rara vez logran comprometer a más del 5% de la ciudadanía, justo la que habitualmente nutre de forma estable los tejidos asociativos.

En realidad, el desencuentro entre el orden instituido y el demos es anterior a la democracia. En efecto, la invención del «pueblo» hunde sus raíces en un largo proceso que se inicia en el siglo xiii, durante el cual se intentan bajar a la tierra los poderes inicialmente asignados al cielo. Sin embargo, este proceso inmanentista se verá frenado por otro, de carácter trascendental, que intentará recuperar las explicaciones y manipulaciones metafísicas, aunque no necesariamente provenientes de Dios, acompañadas de gran cantidad de violencias, que harán de la Modernidad, como dice Broncano, «una hija de la melancolía y de la derrota». En el siglo

XVI, Spinoza, con su noción de multitudo (relacionada con un conjunto heterogéneo de saberes, aptitudes, habilidades, etc.), y Hobbes, con su concepto de «pueblo» (concebido como una entidad homogénea y abstracta que encajaba en el Estado como la mano en un guante), representan ambos impulsos. Como es sabido, de la disputa resultó vencedor Hobbes.

Elegido el abstracto pueblo como depositario de la soberanía, las élites debieron resolver cómo apartar al «real» de la superstición, vulgaridad y modales groseros. Este trabajo se encomendó a la escuela universal. Fue precisamente en este proceso de desmantelamiento de las culturas populares cuando aparecieron las ciencias del folclore, pues algunas personas instruidas, pero saturadas de civilización, comenzaron a ver las canciones, creencias y fiestas populares que desaparecían como algo exótico y digno de ser recogido en archivos o expuesto en museos. Si la denominada «cultura popular», en la base de la idea de nación, se ha levantado sobre el cadáver de las gentes y las cenizas de sus prácticas, esto quiere decir que el alma de los Estados modernos está vacía. Tanto como, según el 15M, la democracia lo está de demos.

Pero no se trata sólo de un problema de la Modernidad ni de su democracia. La misma civilización occidental acoge en sus entrañas ese vacío, ya que no cesa de destruir a esas gentes que con tanto interés busca. En efecto, el propio cristianismo, al menos su versión más institucionalizada y ortodoxa, aunque desde sus orígenes decidió poner en el centro a los «gentiles», en realidad nunca ha dejado de dinamitar su cultura. Y mucho antes, en la Grecia clásica, donde según muchos se fraguaron los más sólidos cimientos de nuestra civilización, sucedió algo parecido. A la vez que Pericles apadrinaba una nueva forma política, la democracia, aparecía también un nuevo modo de pensar, la filosofía. Como es sabido, Platón, el impulsor de la filosofía, nunca vio con buenos ojos la democracia, pues el nuevo pensamiento estaba reservado a élites especialmente preparadas para llevarlo a cabo (al contrario de lo que sucedía con el mythos) y ese elitismo, imposible de eliminar, se veía contrariado por la posibilidad de que «cualquiera» pudiera gobernar.

Aunque la filosofía nació vinculada al Ser, desde sus mismos inicios

tal Ser desapareció y lo que quedó de él fue una simple referencia metafísica. Dicho de otro modo, a la vez y al mismo tiempo que aparece el demos en el ámbito de la política, se desvanece el Ser en el ámbito del pensamiento. ¿Qué es ese Ser que tan buena compañía hace al kratos y tan mal se lleva con el demos, así como con la idea de igualdad que la democracia moderna dice querer encarnar o con la idea de que todos somos hermanos que alumbró el cristianismo? La respuesta es obvia: el Ser no puede ser sino el Padre. Más exactamente, el Padre desvanecido o muerto. Esto obligaría a abordar el conflicto demos/kratos que el 15M revela, desbordando la propia civilización occidental.

Desde este otro punto de vista, el conflicto tiene que ver con la emergencia de un eón «fratriarcal», que no cesa de insistir en colocar en un primer plano la relación entre iguales, solapándose con la resistencia a desaparecer de un eón patriarcal, traído por los indoeuropeos en varias oleadas muy dilatadas en el tiempo (desde el 4.400 al 2.800 antes de nuestra era), que arrinconó, a su vez, al mundo menos patriarcal previo. El legado del decadente eón del Padre son un kratos y un logos cada vez más vacíos y abstraídos de su arjé o fundamento. Dan fe de estas características la metástasis actual de la ciencia-tecnología y la propia insustancialidad de la democracia contemporánea. Por cierto, aquel binomio se lleva muy bien con ese insuperable equivalente general de simulacros que es el capital. Por eso Peter Thiel, cofundador de PayPal y un magnífico ejemplo de neorreaccionario posdemócrata, no cree «que la libertad y la democracia sean compatibles» (Hui, 2020: 23). En su opinión, sólo el capitalismo y la tecnología pueden favorecer realmente la libertad.

Poco antes de que la filosofía apareciera con ese Ser que es el espectro del padre (rey o dios) muerto, Anaximandro se había colocado del lado de la fratría al proponer «lo indeterminado» (apeiron) como paradójico fundamento de cualquier cosa que merezca ser pensada. En la única cita literal que se le reconoce, dice que «allí, en el apeiron, donde está la génesis de las cosas que existen, tienen éstas que destruirse». Deben hacerlo «porque tienen que cumplir mutuamente expiación y penitencia por su injusticia conforme al orden del tiempo». Si el apeiron es el origen del que brota y en el que se diluye todo, no es nada arriesgado suponer que

la democracia, en tanto que conjunción de cosas tan opuestas como son el demos y el kratos, depende del vínculo que tan injusta totalidad tiene con la nada o lo indeterminado. Quizás la única función del demos, fuera o dentro de cualquier artefacto político, sea recordarlo permanentemente. El 15M lo hizo y, en este sentido, no hay acontecimiento que se le parezca, pues hasta entonces todos habían traído consigo la promesa o ilusión de que la democracia iba a permitir arreglar algo del mundo y que ella misma podía también salvarse.

Los indignados, en fin, cayeron en la cuenta de la injusticia que supone la existencia misma de la democracia. Sin embargo, esto no quiere decir que, echando mano a la engañosa dicotomía autoritarismo/democracia, debamos apostar por la (re)habilitación del espectro del padre. Más bien se trata de ser lo suficientemente fratriarcales y pospolíticos como para desbordar la propia democracia.

¿Cómo? Pues asumiendo, con los teóricos de la «multitud», que la gente es pura heterogeneidad que no se deja reducir a ningún denominador común o hegemonía y que, por lo tanto, es informe, incontable e irrepresentable. Aceptando, igualmente, en este caso con los filósofos impolíticos de la comunidad, que la gente, puesto que no cesa de intercambiar signos, objetos y de intercambiarse entre ellos, es puro movimiento e inestabilidad que vuelve imposible fijar nada en ningún sitio y, en consecuencia, impide proporcionar un fundamento en el que repose el orden, pues la base es el propio movimiento. Finalmente, asumiendo, con García Calvo, que la gente, en tanto que razón común, no transmite sentido haciendo que los términos remitan a significados estables e inmutables, habitualmente codificados por las autoridades, igual que sucede con las gramáticas y el correcto hablar, sino indicando el contexto y situación en el que las palabras se usan, el cual cambia según lo hace el hablante, lo que impide fijar significados unívocos, así que el mundo en el que la gente está no es ni existe, pues sólo son o existen los entes con nombres propios, inicialmente los dioses y luego cada uno de nosotros y las cosas que nos rodean.

Ante un demos así de heterogéneo, dinámico e indexical (o alérgico a las abstracciones), cualquier clase de conocimiento científico o praxis política es imposible, pues las indeterminadas gentes siempre

se resistirán a lo que se diga de o haga con ellas. No obstante, hay dos clases de ignorancias e inoperancias. Por un lado, están las ciencias y políticas clásicas, cuyo hábitat principal son las instituciones, que no reconocen tal incapacidad, por lo que su ignorancia e inoperancia son negativas (no saben que no saben ni pueden), si bien también abunda el cinismo de quienes, aunque lo reconocen, siguen explicando y mandando como si las cosas fueran lo que parecen. Por otro lado, están las ciencias y políticas no clásicas, menos ortodoxas e institucionalizadas y más cercanas a los movimientos sociales, que reconocen abiertamente su ignorancia e inoperancia, por lo que ambas tienen un carácter positivo (saben que no saben ni pueden). Las dos clases de ignorancias e inoperancias, la positiva y la negativa, suelen realimentarse mutuamente, dando lugar al amplio abanico de ciencias y políticas que explican y construyen los órdenes sociales instituidos y sus periferias instituyentes. Sin embargo, no todo lo social está incluido en esta realidad.

En efecto, de la segunda posición del bucle, ocupada por la ignorancia positiva, sale un angosto pasadizo que se transita a tientas y lleva al lugar donde mana la creatividad, actividad que tiene, entre otras características, el hecho de no saber que, en el fondo, inconscientemente, se sabe y se puede. Además, el saber y el poder ya no están separados, sino que se funden en un saber-poder. Esta habilidad creativa está más cerca de las gentes (entre las que abundan el ingenio, la artimaña, el humor, etc.) y de las expresiones propias del arte, que de las élites políticas y científicas, sea cual sea su tribu y la clase de ignorancia que cultiven.

Finalmente, hay un polo de sabiduría plena que forma otro bucle, esta vez con la posición creativa. En dicho polo, los saberes y poderes que antes eran inconscientes, ahora se tornan conscientes. Tal saber-poder pleno poco tiene que ver con la ciencia o con la política, como no sea que las atraviesa. Por otro lado, quienes tienen trato habitual con la sabiduría, tampoco forman parte de las élites, pues no frecuentan los palacios que tanto gustan a éstas. Es el caso, según Lie Zi, del zhi ren u «hombre cumbre», que cultiva la absoluta vacuidad, imprescindible para estar a la altura de lo indeterminado, viviendo oculto o pasando inadvertido. Esto último ocurre con los yin shi o «sabios escondidos». Salvaje-y-Tonto es uno

de ellos.

El Emperador Amarillo dijo: «No-Hagas-Nada-Ni-Digas-Nada es el único que tiene razón porque no sabe. Salvaje-y-Tonto parece tener razón porque olvida. Pero tú y yo no tenemos idea porque sabemos». Salvaje-y-Tonto oyó hablar de este episodio y llegó a la conclusión de que el Emperador Amarillo sabía de qué hablaba.

Chuang Tzu

Coda

El Emperador Amarillo, que también preside el Centro Amarillo de Investigaciones Sociológicas, resulta ser, a la vez, científico y político; ocupa la posición que corresponde a la ignorancia positiva, algo nada común entre los gobernantes, pero quizás explicable, pues la leyenda asegura que hace 5.000 años terminó la ordenación de la sociedad que habían iniciado sus colegas de dinastía, Fu Shi y Shen Nung, trayendo a las mujeres y hombres la escritura, el matrimonio y la agricultura. La leyenda cuenta que, antes de que gobernara el Emperador Amarillo, el mundo de los espejos y el «real» no estaban separados. Ambos mundos convivían en armonía y era posible pasar de uno a otro. Sin embargo, un día, quizás como reacción a la ordenación del mundo que realizaron los primeros emperadores de la dinastía Hsia, el mundo especular invadió el real. Entonces, el Emperador Amarillo urdió un hechizó para que los seres caóticos quedaran al otro lado del espejo y copiaran mecánicamente los actos y la apariencia del «real». Las escuelas y

universidades amarillas, las televisiones, las encuestas y otros artilugios similares construyeron el mundo que los seres especulares habían de imitar. No-Hagas-Nada-Ni-Digas-Nada es el nombre que el Emperador Amarillo puso a las gentes del mundo «real». Su característica principal es que, por culpa del hechizo, así como de la educación, televisiones, encuestas, etc. no saben que saben. Su «saber» inconsciente es el propio del apeiron o tao que reinaba cuando los dos mundos no estaban separados. No obstante, algún destello o fogonazo de dicho saber aún llega. El 15M fue uno de ellos. En cuanto a Salvaje-y-Tonto, nadie sabe gran cosa de él ni de lo que representa. No obstante, se cuenta que, como otros yin shi, es inmune a los hechizos y educaciones amarillas, por lo que atraviesa sin dificultad cualquier clase de espejo. Por cierto, la leyenda añade que el hechizo del Emperador Amarillo es fuerte, pero no eterno, así que algún día las formas caóticas dejarán de imitar la «realidad», poco a poco se separarán pequeños gestos, las formas y colores se transfigurarán y, finalmente, el mundo del caos se comunicará de nuevo con el real.

Bibliografía

Anduiza, E.; Bosch, A. (2012). Comportamiento político y electoral, Ariel, Barcelona.

Bajtin, M., (1990). La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento, Alianza Editorial, Madrid.

Bergua, J. A. (2017). Sociosofía, Anthropos, Barcelona.

— (2019). Patologías de la modernidad, Catarata, Madrid.

Broncano, F. (2020). Conocimiento expropiado. Epistemología política en una democracia radical, Akal, Madrid.

Burke, P. (1991). La cultura popular en la Edad Moderna, Alianza Editorial, Madrid.

Colli, G. (2008). La sabiduría griega, II, Trotta, Madrid.

Della Porta, D. Y.; Diani, M. (2011). Los movimientos sociales, CIS, Madrid.

Equipo Piedras de Papel (2015). Aragón es nuestro Ohio. Así votan los españoles, El Hombre del TR3S, Barcelona.

García Calvo, A. (1991). Del lenguaje, Lucina, Zamora.

Gellner, E. (1994). Naciones y nacionalismos, Alianza Editorial, Madrid.

Gimbutas, M. (2001). The Living Goddess, University of California Press, Berkeley.

Hardt, M.; Negri, T. (2000). Imperio, Harvard University Press, Cambridge.

Heidegger, M. (2001). Tiempo y ser, Tecnos, Madrid.

Hirschman, A. O. (1982). Interés privado y acción pública, Fondo de Cultura Económica, México DF.

Hui, Y. (2020). Fragmentar el futuro. Ensayos sobre la tecnodiversidad, Caja Negra, Buenos Aires.

Latour, B. (1992). Nous n'avons jamais été modernes, La Découverté, París.

Lie Zi (2004). El libro de la perfecta vacuidad, Galaxia Guttenberg, Barcelona.

Maffesoli, M. (1992). La trasfiguration du politique, Grasset, París.

Meir, P. (2015). Gobernando el vacío, Alianza, Madrid.

Nancy, J.-L. (2000). La comunidad inoperante, Universidad ARCIS, Santiago de Chile.

Ortega, C. (2004). Los sistemas de voto preferencial: un estudio de 16 Democracias, CIS, Madrid.

Ranciére, J. (1995). La mésentante. Politique et philosophie, Galilée, París.

Rodríguez Villasante, T. (2006). Desórdenes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social, Catarata, Madrid.

Virno, P. (2003). Gramática de la multitud, Traficantes de sueños, Madrid.

Von Beyme, K. (1995). La clase política en el Estado de partidos, Alianza Madrid.

---

20. Universidad de Zaragoza.

Desde movilizaciones-movimientos a ingenios para la autoorganización

Tomás R. Villasante

21

Tantas experiencias y conceptos ¿para qué y para quién?

Las primaveras y las movilizaciones indignadas (como el 15M) no sólo copian o traducen, sino que recrean prácticas (por ejemplo, al ocupar las plazas con distintos tiempos, estilos, etc.) y, desde ahí, pueden empezar otros caminos que avanzan y retroceden, dan saltos y se estancan, hasta que se encuentran algunas «estrategias» que puedan desbloquear los miedos y acelerar algún aspecto que desborde los sistemas dominantes. Primero lanzan «los gritos», y luego debaten «el ¿para qué?». Está implícito que hay un dolor mutuo, pero también el placer de reconocerse juntas. En estas actividades se «mapean» las diferencias de origen (edades, géneros, culturas, etc.) y las diferencias de temáticas (comisiones) que motivan las acciones. Incluso profundizan en causas y responsables (por ejemplo, «no es una crisis, es una estafa», «no nos representan»). Pero pasar a priorizar y articular propuestas, así como autoorganizarse para emprender estrategias, requiere otros «ingenios» a construir (y con internet solamente aún no basta). Participamos con otras personas y grupos en las plazas y comisiones, pero en los seminarios y másteres que habíamos tenido durante años, aún no sabíamos cómo pasar de los autodiagnósticos a las estrategias a la vez inclusivas y operativas. Las democracias cocreativas sólo las teníamos en los libros como conceptos o

referidas a experiencias de otros lugares lejanos.

Le damos vuelta a los conceptos que tratamos de comunicar. Pero a los conceptos también hay que preguntarles de dónde salen. Y sobre todo ¿a quién sirven? y ¿para qué sirven? La dimensión pragmática del lenguaje es muy importante, pero es relacional, no es absoluta, y suele ser creadora de miedos (castigos si no haces…) o de rebeldías (gritos y protestas) o incluso de «desbordes» (a partir del concepto para rebasarlo en la práctica, mostrando las hipocresías que lo nombran pero no son consecuentes). Los conceptos encierran en sí mismos delimitaciones, dilemas (se diferencian de otros) y variadas contradicciones que se pueden profundizar. Si los deconstruimos en sus varias relaciones de semejanza, contrariedad, contradicción, etc. nos pueden aparecer tetra-lemas (juegos de posiciones en cuadrados sémicos), penta-lemas (de la teoría de conflictos de J. Galtung), y hasta multi-lemas y «hepta-praxis» (como los que solemos construir en talleres de creatividad social en la socio-praxis). No son sólo juegos de cuatro o seis posiciones contrarias/contradictorias, sino una «dialógica superadora» hacia planos (campos) vivenciales más concretos y situados. No es sólo pasar al galope con el caballo, sino al paso, frenando para ver y escuchar, desmontar, pasear, conversar o convivir (poco o más tiempo). E incluso pasar a provocar con las preguntas de uno, o con las preguntas de la gente, o con preguntas que tiene la gente y que aún no sabe o se atreve a plantear, o con acciones que surgen de esas preguntas, como movilizaciones que puedan llegar a convertirse hasta en autogestiones (como el 15M con sus frustraciones y claridades).

Distinguimos hasta ocho formas para enfocar todos los conceptos de los que estamos hablando y qué sentido tiene para este mismo escrito. Hay unos conceptos que se abstraen hasta ser muy poco operativos, incluso ininteligibles para otras subculturas. Otros conceptos sí se pueden traducir para que sean inteligibles, aunque sólo eso (como en los libros y las clases). Pero hay otros conceptos que se percibe que salen de una práctica vivida (y que tienen esa fuerza de ejemplos). Otros conceptos salen de comparar prácticas propias y ajenas, sistematizándolas, y se pueden convertir en «patrones» o en regularidades útiles, sobre todo si cada persona o grupo los pasa a experimentar, vivenciar, encarnar (pues ahí

aparecen las contradicciones que siempre hay). Pero también hay concepciones que sirven para generar espacios convivenciales, dialógicos, que son más que un diálogo, pues se trata de conceptos que abren la mente y provocan preguntas. Otros «ingenios» generan emociones grupales al pasar del «hablar» al «hacer» colaborativo, al vibrar «haciendo creativamente» (superando dilemas y abstracciones). Incluso hay procesos que, por sus prácticas, llegan a generalizarse a base de auto-eco-organización» a partir de los «conjuntos de acción» de cada situación y que llamamos «transductivos».

Las movilizaciones y lo viral aún no son movimientos sociales

En aquellos «meses del 15M» las movilizaciones se dieron en todas las grandes ciudades y en no pocas ciudades medianas y pueblos. Podemos convenir que estas «movilizaciones» no son «movimientos sociales» como tales, porque les falta una cierta capacidad de realizar propuestas priorizadas y de auto-eco-organizarse para dar continuidad a su influencia en las políticas públicas. Es necesario diferenciar entre los distintos tiempos requeridos para los movimientos y las transformaciones sociales, incluso cuando estamos realizando talleres para cuestiones muy urgentes y, desde luego, para plantearse estrategias a medio y largo plazo. Distinguíamos entre las «movilizaciones» y los «movimientos», porque no todo lo que se mueve constituye un movimiento social (Villasante, 1996). Un movimiento ha de tener, para que perdure, un tiempo significativo y tanto capacidad para la movilización como capacidad de autoorganización. Además, éstas suelen ser dos características contradictorias entre sí. Es decir, cuanta más organización se consolida (¿más burocracia?) suele haber menos capacidad movilizadora, y cuanta más movilización popular se manifiesta, la organización se ha de cambiar y adaptar a los nuevos requerimientos.

Sucesos importantes, como las manifestaciones y movilizaciones del año 1968 o del año 2011, son síntomas de cambios de épocas. Pero

los que se pueden llamar «movimientos sociales» tienen duraciones más largas, pues conseguir las transformaciones que se pretenden no es cosa de un año o dos, sino de períodos prolongados. Una variable no muy considerada son los tiempos necesarios de estos procesos para analizar sus resultados. Los tiempos de las movilizaciones y de la construcción colectiva. Superar todo esto requiere tiempos revolucionarios (el levantamiento de 1905 no devino en Revolución rusa hasta 1917), la descolonización en muchos países del llamado Sur duro décadas (y aún sigue tratando de desbordar el necolonialismo), como las movilizaciones feministas tratan de desbordar los patriarcalismos del sistema e incluso la reacción neoliberal al Mayo del 68 no dio su salto hasta los años 1980. Son períodos de más de una década. Se necesita tiempo para hacer las transiciones y que éstas se vayan construyendo desde los «sentidos comunes» de las bases sociales. Se necesitan fracasos para aprender los caminos que no llevan a ningún lado de transformación: ¿el espontaneísmo sin organización? ¿La traducción a la política electoral convencional? ¿Otros caminos que superen los dilemas previos?

«El mensaje se hizo viral porque coincidía con la experiencia personal de la gente», tal como sostiene Javier Toret, y cita Manuel Castells (2015: 132): «Incluso un nuevo medio tan poderoso y participativo como las redes sociales de internet no es el mensaje. El mensaje construye el medio». Pero ¿son tan «participativas» las redes como se les suponía? Las plataformas que se crearon del tipo de N1[22] (y otras) se demostró que no eran suficientes para generar movimiento más allá de las movilizaciones. Intentamos la participación, pero no funcionó. Seguramente otras motivaciones de la gente y otros mensajes se cruzaron en el camino (desde la incapacidad de propuestas y de autoorganización hasta la victoria electoral del PP con mayoría absoluta). Pero hay quien sigue creyendo que con un buen «mensaje se constituye el medio». Populismos de diversas tendencias lo hacen en torno a un líder y un uso masivo de estos medios. En el 15M no había líder y estos medios a veces acertaban con el mensaje y a veces no, pues no había una estrategia ni unas prioridades acordadas.

Un primer fracaso consistió en creer que con internet ya éramos capaces de autogestionar sin entrar en que se necesitan

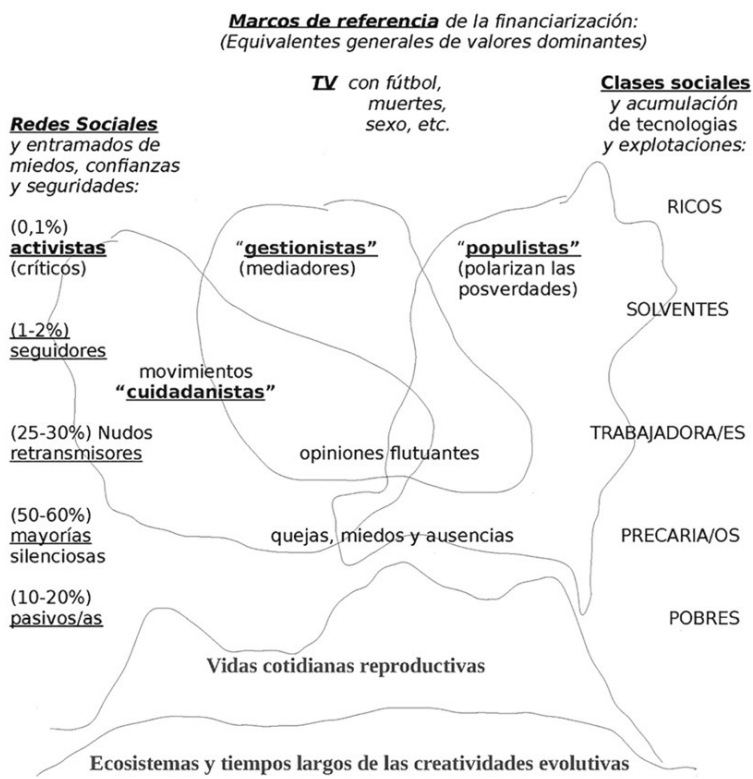
motivaciones adicionales para usar las máquinas. ¿Para qué queremos internet? ¿Para coordinarse por coordinarse? ¿Valen las redes sociales para hacer una marcha, pero para hacer estrategias de transición y desbordar el sistema, ya no tanto? Esto está aún pendiente de resolver. El miedo a una organización jerárquica (como las conocidas) que pudiera tener capacidad en todo el Estado, no dio paso a la continuidad de las movilizaciones.

Lo que siguió fueron las «mareas» de tipo movimiento sectorial (mezcladas con asociaciones y sindicatos). Aparecieron formas originales interesantes (motivaciones más allá de lo corporativo, debates sobre resistencias y propuestas, etc.) y también la confluencia en las grandes «marchas por la dignidad», movilizaciones en los años sucesivos, desde diferentes mareas y territorios. Con esto se intentaban nuevas formas de movimientos autoorganizados, incluso con los «círculos» para un proceso electoral o con los «ganemos» para movimientos municipalistas renovados.

Los datos, la comunicación y las deliberaciones inclusivas

Parece que la movilización fue muy importante según opiniones muy generalizadas. Unas 100 ciudades españolas (y 800 en todo el mundo) en aquellos meses. Cerca de 2,2 millones de personas, esto es, cerca del 5% de la población en nuestro caso. Al llamamiento internacional del 15 de octubre respondieron 951 ciudades de 82 países (500.000 personas en Madrid y 400.000 en Barcelona). Lo que significó un apoyo en encuestas del 75% de la población (Castells, 2015, 124, 126 y 152). Pero visto desde otro lado (como hizo en su día Esperanza Aguirre) se pudo argumentar que el otro 95% no se manifestó y que las encuestas son muy variables, incluso que una persona electa tiene muchos más votos que el número de manifestantes, y que en los campos de futbol también se suelen reunir a muchos partidarios de unas y otras causas. Creo que es bueno que tengamos en cuenta estos argumentos, pues entran a comparar y hacer competir las democracias de élites con las otras

formas de democracias más cocreativas y basadas en iniciativas de base. Estas paradojas y contradicciones nos dan pie para argumentar por qué la democracia deliberativa es otra cosa y, además, es más inclusiva que las formas actuales, que sólo son representativas. Pasa lo mismo en cualquier localidad donde hacemos una asamblea por un tema importante para la población. Si el lugar tiene 20.000 habitantes se juntan unas 200 personas en el mejor de los casos (o sea un 1%). Sin embargo, al día siguiente la opinión general es que «estaba todo el mundo». Y esto es así porque en ese porcentaje se sabe que estaba representada la posible diversidad de la localidad. En fin, que no es un partido de futbol con aficionados de dos equipos.



La comunicación en los entramados de vida cotidiana y en las redes

sociales funciona de forma «rizomática», sobre todo a través de los «nodos» comunicadores o retransmisores. Son un 25-30% de la población que no acuden a las reuniones ni movilizaciones, pero que suelen crear opinión a favor o en contra en la opinión pública del tema que se trate. Por experiencia sabemos que los activistas no son más del 0,1% y que en las convocatorias a reuniones o a Presupuestos participativos no suelen acudir más del 1% o 2%. En el mejor de los casos (en los Presupuestos participativos de Sevilla, o en Badalona, a través de «grupos motores» de barrio) conseguimos acercarnos a un 5% y en el 15M ya vimos que también. También sabemos que, dadas esas proporciones, la opinión que respalda alcanza un 70-80% de comentarios favorables de la llamada «mayoría silenciosa». Así se puede reconocer la comunicación dentro del tejido social y la influencia cuando hay personas que debaten desde sus diversidades y sin partidismos, lo cual es mejor que conocer por el volumen de los movilizados. Si la iniciativa sale de «grupos motores» voluntarios (o por «muestra», o por «sorteo») y si las asambleas no son sólo numerosas y emocionales (como las primeras del 15M), sino articuladas desde «grupos de tarea» o «comisiones», que tratan de priorizar inclusivamente (votaciones ponderadas, por ejemplo) y hacen seguimiento de los acuerdos, entonces las democracias de iniciativas merecen otra confianza.

Del desconcierto inicial a los movimientos actuales

Aquellas movilizaciones alertaron a los poderes establecidos. Todo esto generó miedo en los poderes económicos y políticos, provocó cambios importantes en los partidos y hasta en la propia monarquía e igualmente provocó también la aparición de nuevas fuerzas políticas que acabaron con el bipartidismo a escala estatal. Los partidos de izquierdas tardaron en darse cuenta de estos cambios (en el PSOE por las luchas internas entre sus dos almas y en el PC-IU entre bastantes más almas). Rejuvenecieron a los líderes poco a poco, pensando o teniendo la idea de que el cambio de personas ya era suficiente cambio, sin darse cuenta de que las experiencias de la gente en las movilizaciones les hubieran enseñado los cambios de

fondo que se están produciendo. Como mucho, se pasó a hacer «primarias electorales» entre las fracciones que se disputan las direcciones partidistas y muy personalizadas. Incluso, en el caso de los «círculos» al principio de Podemos, se abrieron unos caminos que poco duraron y que con la competencia electoral luego han resultado estar más cerca de las «consultas plebiscitarias» internas que de alguna democracia participativa. Este error de interpretación del 15M se volvió a repetir en las elecciones municipales de 2019. En las municipales de 2015, Podemos apostó más por las Comunidades Autónomas y tuvo resultados modestos. Hubo mejores resultados en las municipales de 2015, pues la construcción fue más plural y colaborativa, desde abajo, tanto en las candidaturas como en los programas. Se dijo que había sido el tirón de las candidaturas, pero, en realidad, en la mayoría de los casos la fuerza estaba en las motivaciones de los activistas y en los nodos de base, pues los liderazgos no eran tan conocidos unos meses antes. En 2019, con líderes más conocidos, pero con menos motivación de las bases, los resultados han descendido sustancialmente.

Tanto en mayo del 1968 como del 2011, lo que se manifiesta es un descrédito del sistema, al menos por lo que respecta a la toma de decisiones. La mayoría de la gente a la que le decían que vivía en el mejor de los mundos posibles comprueba todo lo contrario. Una opinión no sospechosa de antipartidismo dijo sobre las movilizaciones (Castells, 2015: 25): «El 15 de octubre del 2011 una red global de movimientos de ocupación bajo la bandera de “Unidos por un cambio global” movilizó a millones de personas en 951 ciudades de 82 países del mundo, reivindicando justicia social y democracia auténtica. En todos los casos los movimientos ignoraron a los partidos políticos, desconfiaron de los medios de comunicación, no reconocieron ningún liderazgo, y rechazaron cualquier organización formal, dependiendo de internet y de las asambleas locales para el debate colectivo y la toma de decisiones». Los partidos, asociaciones o los sindicatos, en estos procesos más innovadores, quedan en un segundo plano (o desaparecen), frente a los «grupos motores» para tareas concretas. Ya sean grupos de dinamización, grupos de trabajo con temas sectoriales o comisiones de actividades, lo cierto es que las ideologías existentes se dejan en un segundo plano (o no se muestran) y se privilegian las tareas colectivas y concretas. Esto parece un avance de las movilizaciones

para los movimientos y las democracias de base, pues, aunque cada cual pueda tener su ideología o religión, de esta forma ha de ponerla al servicio de la causa procomún. Recordemos algunos contenidos de las movilizaciones:

• Inclusividad de «los de abajo» contra «el 1%» (más allá de las «ideologías cerradas»).

• Democracia de iniciativas de base (más allá de los «representantes electos»).

• Inteligencia colectiva y creatividad social (más con «grupos motores» que con «partidos»).

• Metodologías de cuidados y consensos («Vamos despacio porque vamos lejos»).

• Comunicación horizontal y marcas anónimas (uso «viral» de telemática y «autoconvocatorias»).

• Proliferación de grupos autoorganizados (servicios, ecología, economía social, etc.).

Esta herencia del 15 M, desbordando las formas tradicionales de organización, han seguido en los movimientos feministas, de pensionistas, grupos ecologistas transicionistas, economía solidaria, procomunes, etc. Con mayor o menor acierto, en estos movimientos sí han calado la inclusividad de los de abajo, la idea-fuerza más que los liderazgos personales, la creatividad colectiva, cuidados y formas de consensos, la comunicación horizontal en muchos grupos desde la autoorganización. La presión de los movimientos feministas o de pensionistas ¿precisa que sus líderes sean conocidos? La multiplicación de colectivos agroecológicos, de cooperativismos energéticos y de consumo, de asociaciones de base, etc. muestran mejor el 15M hoy que los intelectuales y los partidos.

Ingenios transductivos para la autoorganización

Coincidimos con I. Wallerstein (2008), desde los enfoques del Congreso de Cartagena de 1997 sobre Investigación-Acción participativa, pues con los movimientos de los pueblos originarios y los movimientos antisistema se ha avanzado mucho. Con Raquel Gutiérrez (2017) es posible pasar a las estrategias de los movimientos sociales más actuales. Éstos hacen sus estrategias en contextos relacionales, que nosotros concretamos en los «conjuntos de acción» (a partir de hacer mapeos de actores con el «grupo motor»). La complejidad de los procesos necesita unos «ingenios» que puedan establecer las «relaciones operativas y conceptos eficientes» R.O.C.E. (Villasante, 2017), con sus contradicciones y esquizofrenias (F. Guattari, 2004). No sólo hay contradicciones entre el sistema y la gente, sino «en el seno del pueblo» también. Construimos con los «expertos convivenciales» en los «grupos motores», y con los «expertos temáticos». Tratamos de transformar (con «relaciones operativas») tanto para el «conocer» como para el «recrear». Se trata de pasar desde los conceptos desencarnados a «patrones» sistematizados y, mejor aún, a «ingenios transductivos» (con «matrices» creativas) para hacer «estrategias situadas». En la socio-praxis para llegar a las «democracias cocreativas», primero hay que autodiagnosticar, luego priorizar (con votaciones ponderadas) y, desde los conjuntos de acción, «auto-eco-organizarse» y avanzar desbordando los sistemas actuales hacia las «transiciones procomunes». La continuidad del 15M podrá avanzar si los movimientos somos capaces de hacer estrategias colaborativas y priorizar propuestas inclusivas con democracias cocreativas, tanto internamente como para la sociedad.

Bibliografía

Castells, M. (2015). Redes de indignación y esperanza, Alianza, Madrid.

Guattari, F. (2004). Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares, Traficantes de Sueños, Madrid.

Gutiérrez Aguilar, R. (2017). Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-centricas, Traficantes de Sueños, Madrid.

Villasante, T. R. et al. (1994). Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas, Nueva Sociedad, Caracas.

— (2017). Las democracias transformadoras, El Viejo Topo, Barcelona.

— (2020). De los movimientos sociales a la creatividad colaborativa con los conjuntos de acción, en Antonio Álvarez et al., Acción colectiva, movilización y resistencias en el siglo xxi, vol. I, Fundación Betiko, Bizkaia.

Wallerstein, I. (2008). Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos, Desde abajo, Bogotá.

---

21. Universidad Complutense de Madrid.

22. En el 15-M se puso en marcha una plataforma para comunicarse y difundir las movilizaciones, como intento de movimiento, que se llamó: N-1. Supongo que por relación con un uso en las matemáticas de «n-1» como lo anterior al genérico «n», como lo anterior a cualquier número, a una revolución con «n» componentes o sujetos, tal vez.

Los Comunes. Una manera diferente de gestionar lo social

Maribel Casas-Cortés

23

«Común es el sol y el viento, común ha de ser la tierra,
que vuelva común al pueblo, lo que del pueblo saliera».

Himno de los Comuneros de Castilla 1521
(José Luis López Álvarez, 1972)

«Hay cosas que no son ni publicas ni privadas,
pero que a todos nos interesan.
Hay formas de gestión que no son
ni del Estado ni del mercado».

La Carta de los Comunes: para el cuidado
y disfrute de lo que de todos es
(Colectivo Madrilonia, 2011)

La opción pública o la opción privada: éstas parecen ser las dos únicas posibilidades actuales de organizar la sociedad y la economía. Como si no hubiera escapatoria más allá de esta dualidad: o establecemos bienes y servicios bajo el dominio del Estado, o lo hacemos bajo el dominio del individuo y el mercado. Sin embargo, las citas iniciales nos recuerdan que han existido y son necesarias en la actualidad otras lógicas de gestión, diferentes a las dominantes. En palabras del jurista Ugo Mattei, «esta oposición estancada es un producto de la tradición moderna todavía dominante hoy en derecho y economía» (2011: 2). Curiosamente, durante las primeras décadas del siglo xxi, el marco institucional de los comunes empezó a «re-apropiarse» en varias geografías globales afirmando que hay otras maneras de adjudicar bienes, recursos y servicios que no reducen la vida social ni al Estado ni al mercado (Naomi Klein, 2001). La organización comunal no se limita al régimen de propiedad de la tierra o el agua, como se entiende convencionalmente. Lo comunal también se refiere a la gestión de «lo que del pueblo saliera», como nos recuerdan los Comuneros de Castilla que, por curiosa coincidencia con el aniversario del 15M, cumplen 500 años en la primavera del 2021. Es decir, lo comunal abarcaba los frutos, y también el saber hacer o las técnicas surgidas de la continua actividad en la producción agrícola, literaria, musical o arquitectónica. Lo comunal se generaba a través del trabajo individual y colectivo a lo largo de varias generaciones.

En las versiones contemporáneas de lo comunal se enfatiza esta faceta de no sólo repensar el régimen de propiedad de bienes y recursos, sino, sobre todo, las formas de gestión de la producción colectiva, incluido el mundo del trabajo, de los cuidados y de las instituciones mismas. Y así, esta institución que pareciera anticuada y propia del contexto rural, es reapropiada sobre todo desde espacios urbanos, reimaginando la gestión de infraestructuras y servicios públicos, en respuesta a su deterioro por procesos de privatización o por abandono estatal. Fue así como en el contexto de crisis financiera y programas de austeridad en el Sur de Europa, en pleno auge de los indignados, La Carta de los Comunes fue publicada en el 2011 como un manifiesto colectivo bajo el formato histórico de las cartas de derechos, en este caso abogando por

legislación comunal de asentamientos urbanos. En este texto de carácter ficticio, supuestamente firmado en el 2023, se estipula la urgencia de reconsiderar la ciudad de Madrid como un bien comunal en términos jurídicos, estableciendo la gestión de propiedades y de estructura política bajo juntas comunales (2011: 26-32).

Los comunes fueron clave en el pensamiento y la práctica del 15M. Se podría argumentar que esta primacía de lo común es producto de la influencia de un conjunto de textos, ideas-fuerzas y libros traducidos que circulaban gracias a la impronta que dejaron de los movimientos de justicia global, y reemergieron durante la indignación en 2011. Partiendo de estas tradiciones intelectuales, el 15M contribuyó con sus propias experiencias a esta genealogía del pensar lo común. Este glosario de términos incluye nociones básicas como los comunes y sus enclosures (traduzco aquí como cercamientos, que, según el DRAE, significa la acción y los efectos de cercar); o neologismos como commoning (comunando), experimentando con formas verbales del sustantivo los comunes, o del adjetivo comunal. El objetivo de este capítulo es documentar el léxico práctico y conceptual que circuló durante el 15M como referencia indispensable para repensar hoy las todavía dominantes lógicas de gestión de bienes, servicios e instituciones.

Comunes

Los debates anglosajones recientes sobre los comunes se han centrado en dos preceptos centrales y a su vez opuestos entre sí. El primero viene del dilema propuesto por Garret Hardin en la revista Science en 1968 conocido como «la tragedia de los comunes». Según esta acepción, la amenaza principal a los comunes se encuentra en las acciones de los individuos guiados por sus propios intereses inmediatos, los cuales paradójicamente van en contra de su bienestar a largo plazo. El resultado diagnosticado fue la rápida pérdida de los recursos colectivos, el deterioro del medioambiente y el cercamiento de los bienes comunales (Hardin, 1968). La segunda

acepción recoge la tesis de Elinor Ostrom, quien sustituye tragedia por «drama de los comunes» (Ostrom et al. 2002). Según este precepto, los recursos gestionados de forma colectiva funcionan de manera racional y son eficientes tanto para individuos como para colectivos en gran variedad de escenarios. Las luchas sobre recursos colectivos constituyen una dramatización de cómo estos procesos se desarrollan y se resuelven. Enfocándose en dichos esfuerzos de gestionar recursos colectivos, los antropólogos han documentado una serie de iniciativas contemporáneas para establecer regímenes comunales sobre bienes naturales, sociales, y culturales (Nonini, 2007). A través del análisis de la gestión comunal de sistemas sanitarios, o de la producción intelectual sobre códigos genéticos, estos ejemplos ilustran cómo el concepto de los comunes ha resurgido con fuerza en la organización social en diferentes lugares del planeta.

Estas dos tradiciones sobre los comunes continúan influyendo en los debates sobre las lógicas internas y las consecuencias de la gestión de los bienes comunes en sí. Sin embargo, un número creciente de autores han empezado a enfocarse en los comunes de manera más amplia (Bollier y Helfrich, 2012). Algunos han conceptualizado el ataque histórico y actual a los comunes en términos de «acumulación primitiva» (Angelis, 2000), «robo» (Bollier, 2002; Mattei y Nader, 2008) y «desposesión» (Harvey, 2011). Según estos autores, la caída del colectivismo estatal del mundo soviético supuso un estímulo y legitimización a favor de la desregulación neoliberal y la privatización de economías socialistas y del bienestar en cualquier rincón del planeta. Estas lecturas críticas han resonado entre movimientos sociales organizándose frente a procesos de privatización y en contra de políticas de ajuste estructural bajo paradigmas neoliberales. Los procesos de desarrollo desigual y fracturación social se han multiplicado debido a la exuberancia financiera sin límites, el consumismo basado en el crédito y la deuda, la expansión de las licencias de propiedad privada a recursos comunales, como los sectores forestales, y la investigación sobre genomas, todo ello facilitado por una gestión neoliberal de los recursos. En Europa, esto ha propiciado una crisis sobre el acceso a bienes y servicios hasta ahora públicos de calidad, estimulando un intenso debate sobre la posibilidad de repensar los comunes como marco legal, institucional y organizativo.

Cercamientos

La tensión entre la lógica del mercado neoliberal y las prácticas cotidianas para una vida sostenible de la mayoría de la población crece bajo las numerosas rondas de expansión global de la economía capitalista. Con sus procesos de desposesión y cierre del acceso a servicios, recursos y saberes comunales, esta tensión da lugar a condiciones de vida cada vez más precarias, inciertas e inseguras para la mayor parte de la población mundial. Dicha vulnerabilidad provocada ha dado lugar a geografías divididas, donde la movilidad de los más desposeídos se impide, se ilegaliza y se castiga, en una especie de «apartheid global» según la expresión ya conocida de Etienne Balibar. En el Planeta de ciudades miseria, Mike Davis (2006) apuntaba cómo el cercamiento de recursos antes comunales estaba empeorando los niveles de pobreza rural, y esto, a su vez, daba lugar a procesos migratorios forzados a las ciudades, intensificando formas de exclusión social y desigualdad.

En este contexto, surge con fuerza el concepto de los «nuevos cercamientos» desarrollados por facciones autonomistas dentro del ciclo de politización por la justicia global surgido a partir del levantamiento zapatista. Basado en Nueva York, el Midnight Notes Collective rescata el episodio histórico de los cercamientos de las tierras comunales en Inglaterra para actualizarlo a las realidades contemporáneas de desposesión (Midnight Notes Collective, 2001, 1990). De esta manera, la lógica del cercamiento se concibe como la característica con más continuidad del capital (An Architektur, 2010). Según esta tradición, para el desarrollo y el mantenimiento de estos nuevos cercamientos, y en contra del mantra neoliberal sobre la desregulación y privatización, el capital necesita de la intervención estatal, la regulación del Gobierno y de su fuerza policial (George Caffentzis, 2004; Mattei, 2011; Harvey, 2012; De Angelis, 2017). A pesar de la oposición ideológica entre lo público y privado, hay una alianza constante entre el Estado y el mercado que hace posible la actual ola del capitalismo contemporáneo. Así, las movilizaciones anti- o alterglobalización al final del milenio

trabajaron esta encrucijada del Estado neoliberal, poniendo en la diana de sus protestas de acción directa a multinacionales, instituciones financieras internacionales (BM, FMI y OMC) y reuniones gubernamentales como el G8. Los «nuevos cercamientos» trajeron claridad analítica y un paraguas conceptual a varias luchas sectoriales para tener objetivos comunes, y también una imagen espejo de posibles alternativas, siendo la propuesta de los comunes un antídoto frente a soluciones basadas en el Estado o en el mercado. La formulación de los nuevos cercamientos ayudó así a demostrar que los bienes comunes no habían desaparecido, y que incluso habían emergido en áreas de cooperación social antes inexistentes, como los comunes digitales (Federici, 2010: 284).

Commoning

Políticamente hablando, uno de las propuestas más productivas viene de repensar lo común en su forma verbal, es decir, como acción más que como marco legal de propiedad. En The Magna Carta Manifesto (2008), el historiador también autonomista Peter Linebaugh (2008) rastrea la práctica de «comunar» durante el siglo xiii en ciertas regiones europeas, documentando usos colectivos de los bosques recogiendo madera y ocupando tierras nominalmente del rey para establecer poblaciones. Más que concesiones del soberano, estas prácticas —no ausentes de conflicto— fueron desarrolladas y mantenidas de forma cotidiana forzando al monarca a aceptar la situación y reconocerla como derechos de facto. David Harvey insiste en esta conceptualización refrescante de los comunes como práctica social más allá de títulos legales. Más que un objeto en particular, los comunes como verbo consiste en una relación maleable entre personas sobre aspectos sociales y físicos de su ambiente que establecen fuera de las lógicas de valoración neoliberales (Harvey, 2012: 72-73). De esta forma, el verbo comunar incluye la participación activa en el proceso de toma de decisiones para lograr apropiar, proteger y mejorar aquello que produce beneficio mutuo.

La práctica del common-ing también aparece en la feminista Silvia Federici, quien describe cómo las mujeres estuvieron al frente de las luchas en contra de los cercamientos de la tierra en Inglaterra y el llamado nuevo mundo (Federici, 2004). Según esta autora, para pensar en términos de lo común es necesario repensar los individuos como resultados de múltiples interdependencias con otras personas y con el territorio. Así surge una noción de lo común más ligada a los cuidados y a planteamientos más ecologistas. Esto resuena con algunas prácticas en América Latina, que han estado histórica y actualmente situadas adentro y afuera del Estado y del mercado. Estas expresiones que enuncian lógicas diferentes de propiedad y de organización social han sido conceptualizadas como «formas decoloniales de comunizar» (Reyes y Kaufman, 2011).

Espacios urbanos y la práctica del common-ing

Los espacios urbanos fueron la columna vertebral de la ola de ocupaciones de plazas del Norte africano, Sur europeo y de Norteamérica en el 2011. La Primavera Árabe, o la «Primavera mediterránea» (Cobarrubias, 2020), confirmó un paradigma político más allá del Estado y del mercado (Dabashi, 2012). En España, protestas autoorganizadas por las redes sociales aglutinaron el malestar frente a la gestión de la crisis financiera justo antes de las elecciones generales de mayo del 2011. Estas marchas vigorosas en cada rincón urbano del país se convirtieron en acampadas sin fecha límite asentadas en las plazas centrales, replicando el escenario de la plaza Tahrir del Cairo durante el mes de enero de ese mismo año. Esta táctica de la acampada urbana se replicó viralmente inspirando las movilizaciones #Occupy en otras ciudades europeas, norteamericanas, y volviendo a Gezi Park en Estambul, Turquía.

Figura 1: Campamentos urbanos en la Plaza del Pilar,

Zaragoza (España), mayo de 2011

Estas ocupaciones con duración indefinida de zonas nodales

urbanas recrearon «ciudades en miniatura» diseñadas para albergar espacios de cocina, comedor, atención sanitaria, cuidado infantil, meditación, asambleas y reunión con los medios de comunicación (Corsin y Estalella, 2011; Juris, 2012). Según estos autores, dichas acampadas retratan reapropiaciones colectivas, temporales y precarias de espacios urbanos: «La frágil silueta de las acampadas originales actuó como prototipo de nuevas formas de residencia en la polis contemporánea» (Corsín y Estalella, 2011: 23). Inspirados en el concepto relacional de comunar, Corsín y Estalella concluyen que el 15M consiguió transformar ciertos espacios públicos de la ciudad en comunes temporales, donde plazas y parques se convirtieron en lugares de producción de relaciones y de toma de decisiones, llegando a formular «nuevos códigos de convivencia y a reimaginar la ciudadanía» (Corsin y Estalella, 2014: 170). Según el filósofo Pierre Dardot y el sociólogo Christian Laval, el 15M no puso el acento sobre las propiedades o las características de ciertas cosas, sino sobre la actividad instituyente y la capacidad de autogobierno de lo común (Dardot y Laval, 2015; Dardot et al., 2019). Y éste es un legado digno de recordar en tiempos de sistemas democráticos deficientes.

Bibliografía

An Architektur (2010). «On the Commons: A Public Interview with Massimo De Angelis and Stavros», en E-Flux Journal, nº 17, págs. 1-17.

Bollier, D. (2002). Silent Theft: The Private Plunder of Our Common Wealth, Routledge, Nueva York.

Bollier, D.; Helfrich, S. (2012). The Wealth of the Commons: A World Beyond Market & State, Levellers Press, Amherst, MA.

Cobarrubias, S. (2020). «Beyond the European Union's Neighbourhood: Liberation Geographies in the Mediterranean», en Geopolitics, nº 25 (4), págs. 887-915.

Corsín, A.; Estalella, A. (2011). «#spanishrevolution», en Anthropology Today, nº 27 (4), págs. 19-23.

— (2014). «Assembling Neighbours: The City as Archive, Hardware, Method», en Common Knowledge, nº 20 (1), págs. 150-71.

Dabashi, H. (2012). The Arab Spring: The End of Postcolonialism, Zed Books, Londres.

Dardot, P.; Laval, C. (2015). Común: ensayo sobre la revolución en el siglo xxi, Gedisa, Barcelona.

Dardot, P.; Laval, C.; Cingolani, P.; Fjeld, A. (2019). «La institución de lo común: ¿un principio revolucionario para el siglo xxi?», en Revista de Estudios Sociales, nº 70, págs. 65-77.

Davis, M. (2014). Planeta de ciudades miseria, Akal, Madrid.

De Angelis, M. (2001). «Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital›s enclosures», en The commoner, nº 2 (01), págs. 1-22.

— (2017). Omnia Sunt Communia: On the Commons and the Transformation to Postcapitalism, Zed Books, Londres.

Federici, S. (2004). Caliban and the Witch, Autonomedia, Nueva York.

— (2010). «Feminism and the Politics of the Commons in an Era of Primitive Accumulation», en Kevin Van Meter (coord.), Uses of a Whirlwind, AK Press, Oakland, CA.

Caffentzis, G. (2004). «Introduction to The New Enclosures», en Solnit, D. (ed.) Globalize Liberation: How to Uproot the System and Build a Better World, City Lights Books, San Francisco, CA.

Hardin, G. (1968). «Tragedy of the Commons», en Science, nº 162, págs. 1243-1248.

Harvey, D. (2011). A Brief History of Neoliberalism, Oxford University Press, Oxford.

— (2012). Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution, Verso Books, Londres.

Juris, J. (2012). «Reflections on #Occupy Everywhere: Social Media, Public Space, and Emerging Logics of Aggregation», en American Ethnologist, nº 39 (2), págs. 259-279.

Linebaugh, P. (2013). El Manifiesto de la Carta Magna: comunes y libertades para el pueblo, Traficantes de Sueños, Madrid.

Mattei, U. (2011). «The State, the Market, and Some Preliminary Question about the Commons», disponible en: http://works.bepress.com/ugo_mattei/40/

Mattei, U.; Nader, L. (2008). Plunder: When the Rule of Law Is Illegal, Blackwell Pub., Malden, MA.

Midnight Notes Collective (2001). Auroras of the Zapatistas: Local and Global Struggles of the Fourth World War, Autonomedia, Nueva York.

Klein, N. (2001), «Reclaiming the Commons», en New Left Review, nº 9, págs. 81-89.

Nonini, D. (2007). The Global Idea of «the Commons», Berghahn Books, Oxford.

Ostrom, E. (2002). The Drama of the Commons, National Academy Press, Washington, DC.

Reyes, A.; Kaufman, M. (2011), «Sovereignty, Indigeneity, Territory: Zapatista Autonomy and the New Practices of Decolonization», en South Atlantic Quarterly nº 110 (2), págs. 505-25.

---

23. University of North Carolina at Chapel Hill.

Parte III

Los Ayuntamientos del cambio

Madrid y el ciclo político del 15M

Jorge Lago Blasco

24

«No ganamos en 2015 gracias, en exclusiva, a una confluencia, a una gran candidata, a una fuerza social enorme, a una crisis de régimen. Ganamos en 2015 por una ausencia. La ausencia de una parte del electorado de la derecha en nuestra ciudad. Esta buena noticia, no fuimos capaces de leerla. No la vimos. O la vimos más como el éxito de nuestra propia potencia que, quizás, se convirtió en una falsa sensación de omnipotencia».

La frase, escrita por Guillermo Zapata al poco de conocerse la pérdida del Ayuntamiento el 26 de mayo de 2019, apunta con lucidez a la ausencia como clave interpretativa no sólo de la derrota, sino del desarrollo del ciclo político que permitiría explicarla. Sí, la no reelección de Carmena debía de ser comprendida desde la ausencia, desde una doble ausencia: la de una parte del electorado de la derecha en 2015 (y su reaparición en 2019), y la de otra forma de ausencia: la de la ampliación y consolidación de la tan heterogénea como amorfa base social que dio la victoria en 2015.

¿Qué pasó entre 2015 y 2019? ¿Cómo explicar este juego de ausencias? ¿Qué hubiese permitido ampliar esa base política y electoral o, en su defecto, cómo mantener desmovilizado al mismo electorado de la oposición que no consideró esencial votar en 2015? ¿Por dónde no se creció y por dónde sí, qué ilustran estas variaciones entrecruzadas (pérdida de votos en el sur pobre de Madrid, como en Vallecas y Villaverde, y ligero crecimiento en el centro acomodado de la capital), y cómo integrarlas para una

evaluación cabal de la experiencia del Ayuntamiento madrileño? ¿Podemos aventurar hipótesis acerca de qué impidió este crecimiento general? ¿Tuvieron Ahora Madrid y Manuela Carmena acaso más capacidad para articular y movilizar al adversario, mediante una identificación negativa, que para articular al suyo propio? ¿Qué tuvieron que ver en la dificultad para esa articulación diferencial de los sujetos electorales propios y ajenos las políticas públicas llevadas a cabo; qué la propia heterogeneidad de una base electoral que, si bien pudo identificarse con Ahora Madrid en 2015, no compartía mismas demandas, necesidades o identificaciones ideológicas suficientes como para convertirse en un sujeto político con entidad propia y capacidad de crecimiento cuatro años después? ¿Se pensó en un cambio de modelo de ciudad suficientemente ambicioso tras décadas de Gobiernos corruptos, o es ésta la crítica de un deseo militante y minoritario sin poder explicativo dado el contexto político madrileño y nacional? ¿Cuánto la dinámica política estatal afectó en la derrota madrileña? ¿Tiene en ella poder explicativo el surgimiento de nuevas formaciones políticas a la derecha, con la recobrada identificación nacional tras el 1 de octubre de 2018 (esa España de los balcones que nace principalmente en Madrid)? Pero, también, ¿afectaron, y cuánto, los cambios estratégicos de Podemos en la política estatal, su dificultad o fracaso para formar Gobierno con el PSOE y el posterior desplazamiento del eje de identificaciones de la nueva/vieja política (en el que Ahora Madrid se había insertado como expresión prioritaria) hacia las identificaciones clásicas del bipartidismo imperfecto español situadas a lo largo del eje izquierda y derecha? ¿Afectaron las divisiones internas que atravesó Ahora Madrid, las dificultades para aterrizar la relativamente espontánea confluencia electoral para la campaña de 2015 en un modelo organizativo original? ¿Y la posterior división electoral con la aparición de Madrid en Pie, qué efectos tuvo y cuánto explica el mantra de la división en la derrota?

Muchas, quizá demasiadas preguntas para un texto breve y exploratorio. Partamos, con todo, desde el principio para intentar responderlas o, al menos, asentar algunas claves interpretativas que nos sitúen en mejores condiciones para abordarlas. Este principio no es otro que el 15M y el ciclo de cambio político que inaugura: cómo lo traduce e interpreta la candidatura madrileña a las puertas

de las elecciones municipales de 2015, qué posibilidades alternativas tenía, qué decisiones tácticas y estratégicas se tomaron y qué efectos tuvieron. Veamos:

La primera reflexión es obvia pero no por ello menos necesaria. Si todo arranca en el 15M, debemos partir de una premisa clara: éste no marca una dirección política única ni es expresión de una forma coherente de descontento social o de movilización política. No proporciona un discurso que representar sin más, ni dibuja un horizonte posible de transformación social unívoco. ¿Es una crisis de régimen, de Estado, de representación y desafección, de la cultura política y los consensos que habían dado forma al régimen político, social y cultural de 1978? Sabemos, quizá, lo que no es: una crisis de Estado, pues las instituciones seguían funcionando, el país continuaba operando con cierta normalidad, por más que la desafección y movilización ciudadanas mostraran un agotamiento de su eficacia simbólica, vale decir, de una legitimidad resquebrajada en la que los sucesivos casos de corrupción, en un contexto de crisis económica agudizada, impedían toda cicatrización de las heridas del sistema político.

El descenso relativo y absoluto de los salarios, el aumento del paro y de la precariedad laboral, el colapso generalizado en el acceso a la vivienda, sobre todo para los jóvenes, afectados por una indiscutible crisis de las expectativas de movilidad social que había forjado los consensos sociales del 78, el agotamiento del modelo de desarrollo económico, de su traducción en drásticos recortes de los gastos sociales y en una precarización generalizada de nuestro ya de por sí débil, al menos en comparación con los países de nuestro entorno, Estado del bienestar… Sí, estábamos frente a una tormenta perfecta que se manifestaba en un descontento, una desafección o una indignación que, latentes desde 2008, se hacen explícitas en mayo de 2011.

Lo hacen, sin embargo y esto es sustantivo señalarlo, abriendo el espacio político a un abanico de posibilidades (no infinitas, sin duda, pero conteniendo una contingencia innegable en cuanto a la dirección y sentido que adoptaran finalmente). La crisis política dependerá, por tanto, de ulteriores traducciones y apuestas en forma de hipótesis y estrategias. Y serán éstas las que, siempre de

forma retrospectiva, acaben nombrando y definiendo la naturaleza, el sentido y la dirección de esa misma crisis. Se trataba, en suma, de un proceso histórico abierto cuyo cierre posterior, en una dirección u otra, acabaría permitiendo nombrarlo e identificarlo.

Nada estaba escrito pues confluían multitud de demandas, sentidos y deseos plurales cuando no directamente contradictorios: tanto una crisis de expectativas de los hijos de la clase media como una indignación de corte casi tecnocrático contra la clase política y empresarial; un deseo de regeneracionismo democrático contra la corrupción tanto como una indignación de corte destituyente y antisistémica contra las élites y el modelo de desarrollo; un resurgir de la militancia anticapitalista al tiempo que un deseo de modernidad y novedad frente a la esclerotizada imagen que proyectaba la clase política, por ejemplo.

Podemos sintetizar estas tensiones desde sus posibilidades políticas: el 15M contenía demandas, malestares, deseos, frustraciones o modalidades de indignación que podían articularse de forma progresista o reaccionaria, en un discurso regenerador tecnocrático o en una politización antagonista que, a su vez, podía dirigirse contra las élites políticas y económicas o, como ya sucedía en otros países de nuestro entorno, contra los más vulnerables y precarizados.

De las distintas hipótesis que se pusieron en juego en aquel período, huelga quizá recordar que acabó dominando una, la que permite hoy entender el nacimiento y rápido crecimiento electoral y social del primer Podemos. Es posible quizá caracterizarla como hipótesis nacional popular o, si se prefiere, populista. Se trata, con todo, de una hipótesis fugaz: por razones que sería largo exponer aquí, acabará agotándose a finales de 2015 y principios de 2016, coincidiendo con la repetición electoral de las elecciones generales. Es esta hipótesis política la que permite entender y situar la victoria en las elecciones municipales de la candidatura de Ahora Madrid, y a la que tenemos por tanto que referirnos brevemente. Tres son, seguramente, sus pilares fundamentales:

En primer lugar, partía de una lectura de las posibilidades abiertas por el 15M en términos de un desplazamiento posible (vale decir, ya operando parcialmente en la sociedad, pero de forma espontánea

o implícita y, por tanto, necesitado de un relato que lo encauzara, lo ampliara y lo hiciera efectivo) en las formas de identificación y subjetivación políticas: el eje izquierda/derecha, que había ordenado las posiciones políticas del régimen del 78, parecía declinar en favor de otra forma de ordenación e identificación políticas: la contraposición entre una ciudadanía o pueblo y sus élites políticas o económicas. Vale decir, una división del campo político entre democracia y oligarquía y del campo social entre el pueblo (o la gente) y las élites (o la famosa casta).

En segundo lugar, consideraba los liderazgos como catalizadores necesarios para la creación de identificaciones populares amplias, como nombres propios que podían representar nombres comunes tendencialmente mayoritarios. En definitiva, articuladores de demandas y significantes que, dada su ambivalencia o apertura (los también famosos significantes vacíos que teorizara Laclau), operaban la difícil tarea de poner en común a sujetos cada vez más heterogéneos.

En tercer lugar, y en contra de las formas tradicionales de entender la acción política desde la izquierda y los espacios militantes, se planteó no sólo como posible sino como estrategia necesaria, construir sujetos políticos desde lo electoral, sin pasar por la ardua y militante tarea de acumular fuerza, victorias y conquistas en un largo trabajo de acumulación originaria de fuerza política. Se podía (¡y se debía!) empezar por lo que tradicionalmente se había considerado un punto de llegada (y que —ésa era la paradoja que los paralizaba— nunca terminaba de alcanzarse nunca).

Creo que, en aquellas elecciones municipales de 2015, Ahora Madrid y Manuela Carmena funcionaron, a pesar de que sus integrantes no comulgaran necesariamente con esta hipótesis política —Carmena la primera—, como la expresión más acabada de esta lectura política de la crisis y apertura de posibilidades del 15M: el eje político horizontal que dividía los espacios políticos a izquierda y derecha quedó parcialmente desplazado por ese eje vertical que se configuraba confrontando el arriba de las élites con el abajo del pueblo madrileño. Lo hacía, con todo, mediante una reinterpretación amable de este antagonismo, la que contraponía lo viejo (donde cabía desde la corrupción a las políticas neoliberales

pasando por la cultura política) a lo nuevo (que venía a traducirse en el deseo proyectivo de que las nuevas generaciones de las clases medias, los profesionales y estudiantes, pero también la vida cultural y social en los barrios, representaban mejor el presente y el porvenir que las viejas élites gobernantes). Mientras, fue la figura o el liderazgo de Manuela Carmena quien pudo aglutinar o catalizar, en aquel 2015, a ese espectro tan amplio como contradictorio de demandas, deseos y aspiraciones políticas de cambio articulado en torno a «lo nuevo» (por paradójico que pudiera resultar que precisamente fuera una mujer jubilada quien representara esa novedad). Y, por último pero no menos relevante, aunque se produjera una indudable confluencia de fuerzas políticas, movimientos sociales y activismo en torno a la candidatura de Ahora Madrid, fue la rápida dinámica electoral, y no el lento trabajo de acumulación de fuerza política en lo social, la que consiguió conformar una base social y electoral capaz de ganar las elecciones municipales. La representación construía a lo representado.

Victoria en 2015, sí, pero con una ausencia, como recordaba Guillermo Zapata: la de parte del electorado de la derecha, que se abstuvo por una mezcla (siempre imposible de cuantificar) de hartazgo con sus representantes tras décadas de corrupción e ineficiencia y, no menos importante, de un rechazo menor del habitual (quizá hasta de simpatía pasiva) por su oposición natural, en este caso, una jueza desconocida para la gran mayoría.

Pero ¿qué posibilidades tenía aquella victoria? ¿Era posible articular ese sujeto tan sumamente heterogéneo como el que permitió la victoria en 2015, mantenerlo unido y ampliarlo cuatro años después? ¿Cómo hacerlo? ¿Por dónde crecer? ¿Hacia qué poblaciones y sectores sociales, con qué políticas públicas, con qué discursos, con qué formas de identificación y de comunicación política? ¿Y cómo hacerlo, además y sobre todo, en un escenario de la política nacional que iba a verse profundamente transformado?

Empecemos por esta última pregunta, porque condiciona las respuestas posibles al resto de preguntas. La evolución de la política nacional en el ciclo 2015-2019 resulta, sin duda, clave para entender el horizonte de posibilidades con que contaba el

Ayuntamiento de Madrid tanto para la ampliación de su base electoral como para la toma de decisiones, y del alcance que tuvieron, en materia de políticas públicas.

Dos son las principales transformaciones que afectan de forma decisiva al espacio político madrileño: por un lado, la clausura de las posibilidades que ofrecía el eje de impugnación arriba/abajo (y su traducción madrileña entre viejo/nuevo) dada la relativamente rápida reinstauración de aquellas dos formas de ordenar el campo de identificaciones políticas propias del régimen del 78 (ése que nunca se había ido del todo y resultaba por ello fácil que se mantuviera latente para retornar acaso con más fuerza), el eje izquierda y derecha por un lado, y el de centro y periferia por el otro. El primero retorna a medida que Podemos abandonaba la hipótesis política inicial y viraba hacia posiciones políticas pre 15M, es decir, a medida que adoptaba progresivamente el papel histórico (y al tiempo también electoral) del espacio PCE-IU.

La formación fallida de Gobierno entre PSOE y Podemos y la consiguiente repetición electoral precipitaron esta deriva, toda vez que las posibilidades que pudiera tener el Ayuntamiento de Madrid con un cambio del Gobierno de la nación se arruinaban (qué diferente hubiese sido todo, valga esta inocente ucronía, sin Montoro, el techo de gasto y la asfixia fiscal de los ayuntamientos). Si la pregunta fundamental era cómo ampliar ese amorfo sujeto electoral que había dado la alcaldía al Ahora Madrid de Manuela Carmena, la respuesta dejaba de poder plantearse en los términos y coordenadas que habían permitido la victoria. Se traba ahora de crecer bajo viejas coordenadas conocidas: ¿por la derecha y en los barrios acomodados del centro y el norte de Madrid, por la izquierda y por el sur pobre, por los dos a la vez con el riesgo evidente de no llegar a ninguno de los dos sujetos?

Pero las cosas se complicaban aún más: no sólo volvían con fuerza unas coordenadas de identificación ideológica que no eran las que habían permitido la victoria de 2015, sino que reaparecía también con inusitada resistencia ese segundo eje de coordenadas del régimen político del 78, el que oponía sin tregua al centro con la periferia. El procés y el 1 de octubre encontraron, en efecto, una reacción y movilización interesadas en las derechas de toda España

que no podemos ignorar, menos cuando la España de los balcones nace, fundamentalmente, en Madrid. Es éste, sí, un factor crucial para entender por qué la ausencia de parte del electorado conservador de 2015 reaparece altamente movilizada en 2019. También permite analizar otro factor esencial de la política madrileña en ese período: la de la disputa o guerra cultural permanente. ¿Por qué esencial? Porque con independencia del mayor o menor desgaste, interno y externo, que los distintos casos (affair Zapata, titiriteros, destitución de Celia Mayer, caso Rita Maestre, incluso Madrid Central erigido en símbolo contraeconómico por la derecha) tuviera en la valoración de la gestión del Ayuntamiento y en sus posibilidades electorales futuras, reforzaron las identificaciones recíprocas a izquierda y derecha, estrangulando aún más las posibilidades que tenía el crecimiento (al mismo tiempo que su rearticulación ideológica) de ese heterogéneo sujeto electoral que dio la victoria de 2015.

Así las cosas, la política madrileña se topó con enormes dificultades para alterar el campo de lo posible. La ausencia de nuevas coordenadas claras para ampliar y definir su base social se tradujo en el otro gran ausente de este ciclo político: un sujeto político suficientemente movilizado como para enfrentar transformaciones de calado del modelo mismo de ciudad. El equipo del Ayuntamiento quedó así enfrentado a divisiones internas que derivaban, precisamente, del abismo ante el que se enfrentaba. Hemos asistido, con todo, a una cierta amplificación de estas divisiones y de lo que supusieron. Si han tendido a ser analizadas desde la escasa capacidad (o voluntad) para transformar la vida material de los madrileños y madrileñas por parte de un Ayuntamiento más inclinado hacia las políticas públicas de corte simbólico (o posmateriales), que no consiguieron movilizar al electorado más castigado de Madrid, es bien posible que una evaluación fría de lo acontecido arroje un diagnóstico algo distinto. Es posible que estemos, más bien, frente a una paradoja resultado del modelo de comunicación política que desplegó el Ayuntamiento en relación con sus políticas públicas y, sobre todo, con las posibilidades fiscales que brindó el modelo de presupuestos expansivos, ésos que permitieron un aumento muy importante del gasto social y una no menos considerable reducción de la deuda: mientras se acusaba a Carmena de olvidarse de lo material para centrarse en lo simbólico

y la comunicación o marketing político, los barrios del sur que recibieron el grueso del aumento inédito del gasto público no terminaron de percibirlo. Sí les llegó, en contra, el esfuerzo por liberar el centro de polución o el intento de demostrar en el norte de la ciudad que un Gobierno popular o progresista era capaz de desbloquear la mezcla de chapuza y corrupción urbanístico-financiera de los grandes proyectos del Partido Popular. Ni esta última apuesta urbanística permitió crecer electoralmente en los tradicionales barrios conservadores del norte (aunque sí confirmar el modelo urbanístico madrileño), ni el importante aumento del gasto social en el sur consiguió mejor comunicación y más titulares que estos polémicos ensayos de competir con el Partido Popular en capacidad de gestión e iniciativa de inversión modernizadora de la ciudad. Ni se crecía por el centro-derecha en el norte ni se movilizaba a los barrios del sur, toda vez que las divisiones internas del ayuntamiento aumentaban.

Lo hacían, también y por último, enfrentando el problema del liderazgo y la organización interna. No tanto poniendo en cuestión el papel del liderazgo como una de las claves explicativas del éxito electoral en 2015 (esa articulación evanescente de un sujeto social y electoral altamente heterogéneo), como su capacidad para ampliar esa base social de cara a las elecciones de 2019. El espejo de Podemos era, claro, alargado: si Vistalegre I dio lugar a una estructura altamente jerarquizada en torno a la figura de un claro hiperliderazgo, estructura quizá necesaria para afrontar el acelerado ciclo electoral que se precipitaba en 2015 y 2016, y que parecía cuando menos improbable poder enfrentar desde una estructura organizativa horizontal o asamblearia, no dejaba de ser también claro que la revalidación ampliada de esta misma estructura jerarquizada en Vistalegre II dinamitó por dentro toda posibilidad de democracia interna y de pluralismo. El caso de Podemos constituía un ejemplo invertido para Ahora Madrid. Cómo no cuestionar, por tanto, aquella prioridad de lo electoral, del liderazgo y de la representación en la construcción y ampliación de la base social y política. ¿Se podía apostar por un crecimiento capilar, desde abajo, desde los barrios, desde el tejido asociativo y militante, desde movimientos sociales y vecinales? Pero ¿había en Madrid un tejido suficiente como para hacerlo o formaba parte de un deseo proyectado en la realidad?

Estos debates se toparon y entrecruzaron con otro, clásico y sempiterno en la izquierda, el de la unidad, que acabó por convertirse en un mantra y en una profecía autocumplida: la división electoral y organizativa entre Más Madrid y Madrid en Pie. ¿Qué supuso esta división? ¿Explica algo de la derrota y sus causas? Para analizar los efectos, si es que los tuvo, de esta división en la derrota cabe quizá preguntarse si la cuestión de fondo fue la división en sí o la incapacidad para pensarla estratégicamente y dar así respuesta al problema de la ampliación del sujeto electoral y político que había aupado a la alcaldía en 2015: ¿acaso la división en dos partidos no hubiese podido convertirse en herramienta táctica para un crecimiento electoral virtuoso, en la medida en que fuese capaz de permitir trabajar política y electoralmente en dos direcciones contrapuestas dada la composición sociodemográfica madrileña: hacia un tipo de electorado y base social desde Más Madrid, hacia otro inalcanzable para esta formación desde Madrid en Pie? ¿No fue esta división virtuosa la que, indudablemente sin una decisión centralizada, permitió la victoria de las tres derechas en 2019, no dejando un solo voto sin movilizar y, no menos importante, sin traducir en escaños? Que Podemos no apoyara explícita y decididamente a una u otra opción política durante la campaña del 2019 (o sólo la víspera de la cita electoral) tiene quizá tanto poder explicativo en la desmovilización de las izquierdas como el mantra de la división, o de lo que desvelaba acerca de las tensiones organizativas propias del dilema entre horizontalidad y verticalidad, y de su correlato ideológico: crecimiento por el centro o crecimiento por la izquierda.

Si el panorama nacional había cambiado, si ya no era posible construir un sujeto político desde esa suerte de lógica nacional-popular, se imponía pensar desde el dilema clásico de los partidos socialdemócratas: cómo crecer a la vez por el centro y por la izquierda. La división, y no la unidad, era, quizá, la respuesta.

---

24. Universidad Carlos III de Madrid.

«Ayuntamientos del cambio», entre la calle y las instituciones: el caso de Zaragoza

Jaime Minguijón Pablo y David Pac Salas

[25]

1. Introducción

La creatividad política desarrollada durante 15M tuvo como uno de sus impactos la aparición de nuevas formas de partido. Entre ellas, además del partido Podemos, destacan las denominadas «confluencias municipales», experiencias que, aunque en un principio se ubicaron al margen de los partidos políticos tradicionales, en algunos casos llegaron a formar parte de la arquitectura política institucional, incluso alcanzando el gobierno de ciudades españolas significativas, como Madrid, Barcelona, Zaragoza y Cádiz. Fijándonos en el caso de la ciudad de Zaragoza, el 15M provocó una transformación y evolución del tejido político, social y sindical, que después de un proceso de maduración, permitió dar forma a una nueva organización política —al principio, Ganemos Zaragoza (GZ), luego Zaragoza en Común (ZeC)—. Ésta logró abrirse camino en el escenario electoral a través de una representación política significativa, alcanzando el gobierno local tras las elecciones municipales de 2015, pero perdiéndolo en la siguiente cita electoral de 2019. Esos cuatro años son el objetivo

principal de este trabajo, que centra su atención en las complejas y tensas relaciones entre el tejido social y asociativo que impulsó el nacimiento de esta iniciativa y el ejercicio del poder institucional.

En el trasfondo del tema analizado se encuentra la hipótesis (Bolleyer y Bytzek, 2013: 775) de que la probabilidad de éxito (y mantenimiento después del éxito inicial) de los partidos recién llegados a la escena electoral depende en gran medida de los vínculos con los grupos sociales que le preceden (a los que denominan «organizaciones promotoras»), lo que incrementa la probabilidad de que un partido sea capaz de mantener el apoyo después de su irrupción parlamentaria. Se trata de observar un nuevo partido como expresión de una nueva organización, anclada en organizaciones preexistentes (o «grupos de interés», en palabras de Allern y Bale, 2011) que se han articulado de una forma diferente para dar lugar a esa nueva materialidad política.

2. Los impactos del 15M en la ciudad de Zaragoza: Ganemos Zaragoza

Más allá de las fases que recorrió el movimiento 15M (Monge, 2017), así como las concomitancias y diferencias con otras oleadas de protesta (Gerbaudo, 2017; Romanos, 2016), lo que interesa en este trabajo son los impactos en la esfera social y política que tuvo este movimiento, específicamente en la ciudad de Zaragoza (Minguijón, 2018). Como en otras ciudades, el 15M consiguió, de un lado, iniciar un proceso de revitalización, reorientación, politización y transformación del tejido asociativo previamente existente.[26] De otro lado, catalizó la emergencia de nuevos movimientos sociales (Candón et al., 2018), siendo su máximo exponente las Mareas (Calle, 2016), así como un reguero de iniciativas en al ámbito de la política no institucional, con la emergencia de una pléyade de organizaciones autogestionadas, cooperativas, redes de solidaridad y de ayuda mutua (Martínez y Domingo, 2014).

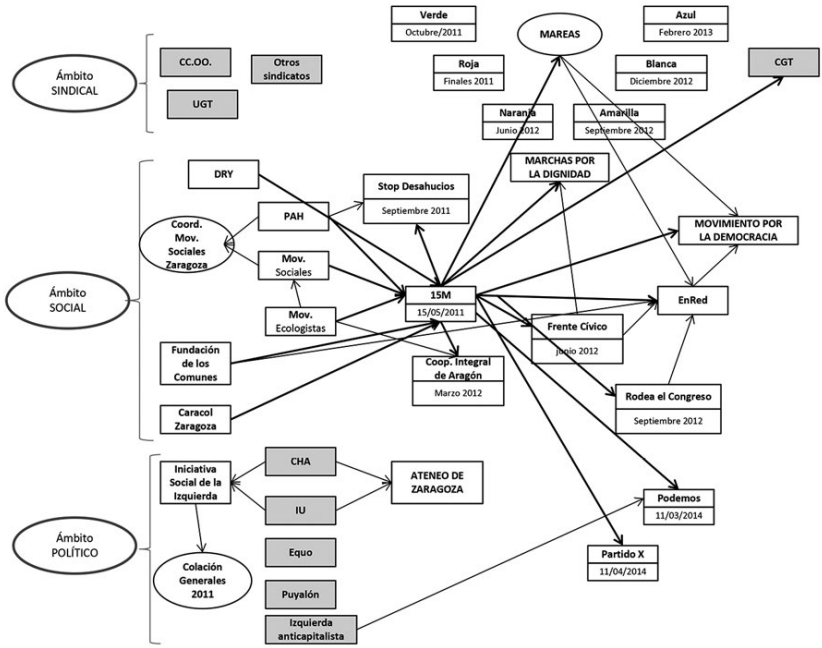
En la figura de la página siguiente pueden observarse esos impactos de forma descriptiva, identificando los movimientos, sindicatos y partidos existentes en la ciudad de Zaragoza, antes y después del 15M.

Si se observa la Figura 1 y se traza una línea vertical pasando por el 15M, se puede comprobar la ingente novedad de muchas asociaciones y movimientos de la ciudad, en el ámbito social, sindical y político. Todas ellas tenían fuerte presencia en la ciudad de Zaragoza cuando en el verano de 2014 la iniciativa «Ganemos Zaragoza» comenzó a andar. En ese momento se produjo un proceso de «enredamiento» de esas asociaciones, movimientos y sindicatos para dar la forma definitiva a Ganemos Zaragoza, tal y como se describe en la siguiente figura.

La Figura 2 se ha construido atendiendo a la información que proporcionaron a través de una encuesta 253 personas que tomaron parte en el nacimiento de Ganemos Zaragoza. La investigación permitió indagar en las trayectorias vitales de esas personas en lo referente a su participación sociopolítica y su implicación en diferentes asociaciones, movimientos, sindicatos y partidos, tanto de viejo como de nuevo cuño. En concreto, en el nacimiento de GZ/ZeC intervinieron personas pertenecientes a 41 redes organizacionales: 11 del movimiento sindical, 9 de partidos políticos, 8 de mareas, además de otras redes significativas, como las asociaciones de vecinos, el movimiento ecologista, la Plataforma de Afectados por las Hipotecas, Democracia Real Ya, la Fundación de los Comunes, etc.

Figura 1: Impacto de 15M en el tejido social, político

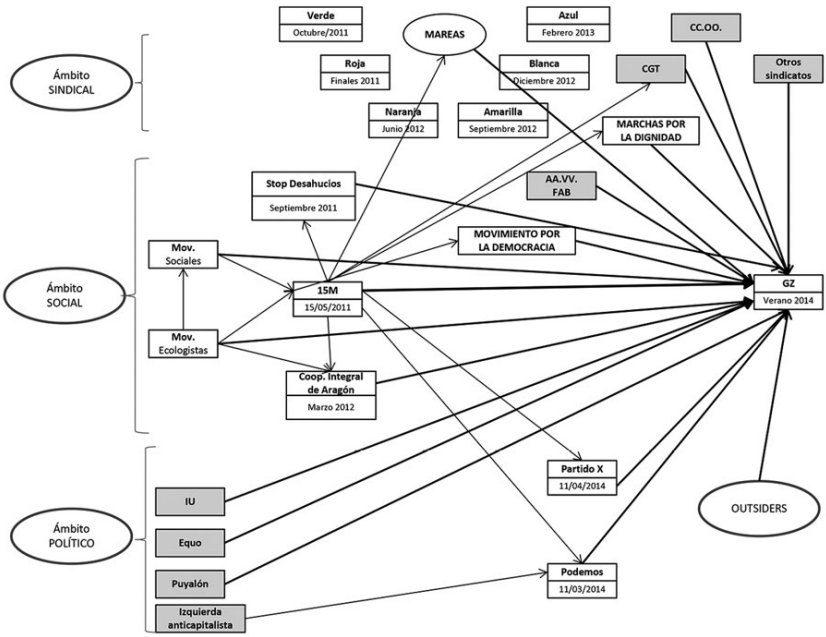
y sindical de la ciudad de Zaragoza[27]



Fuente: elaboración propia.

Figura 2: La participación de organizaciones

preexistentes en la génesis de ZeC[28]



Fuente: elaboración propia.

3. La institucionalización y declive de Ganemos Zaragoza

3.1. El proceso de génesis e institucionalización:

En el caso que nos ocupa, se está haciendo referencia a un nuevo partido político que no nace de una división o escisión, sino que en gran parte surge de la nada o de «cero» (Hug, 2001). Pero esta

visión no acaba de describir con precisión lo que sucedió en el nacimiento de ZeC, ya que tuvo la capacidad de incorporar a nuevos (Partido X, Demos + y Somos) y viejos partidos políticos (IU, Puyalón, EQUO). De hecho, finalmente, ZeC tomó la forma de una coalición, en la que entraron a formar parte todos ellos, además del apoyo explícito de Podemos. Tampoco refleja exactamente la realidad la fórmula expresada por Ware (2009: 106), en la que el nuevo partido «incorpora» (se «traga», diría él) a los partidos preexistentes, ya que en la realidad de ZeC, aquéllos seguían teniendo una vida autónoma respecto de la coalición finalmente creada.

El éxito de la fórmula ZeC se basó, de un lado, en que un gran elenco de personas con tradición previa en los movimientos sociales de la ciudad apostaron por ella y arrastraron a sus organizaciones; en segundo lugar, porque los partidos de la izquierda ideológica terminaron implicándose directa o indirectamente en el proyecto; en tercer lugar, porque tuvo el acierto de mantener, ante la ciudadanía, la idea de su autonomía respecto de estos grupos promotores, salvando el espíritu del 15M, que les pedía dar un paso atrás, eligiendo como candidatos a alcalde y vicealcaldesa a dos personas independientes de ellos.

A riesgo de ser reduccionistas, pero con la intención de alcanzar mayor potencia analítica, podemos decir que al interior de GZ había cuatro grupos diferenciados en el período inmediatamente anterior a la celebración de las elecciones. Cuatro grupos que habían conseguido afianzar la organización y llevarla al éxito electoral:

– Grupo de «Movimientos reivindicativos», que pivotaba entre la Marea verde (y otras mareas) y las Asociaciones de vecinos; representaba al 26,5% de los encuestados.

– Grupo de la «Nueva izquierda», formado por los movimientos ecologistas y Podemos (15% de la muestra). A su vez, estos dos tipos de organizaciones interaccionaba con otras redes políticas (Puyalón), sindicales (UGT y SOA), así como con el Movimiento por la Democracia.

– Grupo de la «Izquierda tradicional», en la que participaban personas de Izquierda Unida y CC.OO.; representaba al 34,4% de los encuestados.

– Finalmente, un grupo formado por personas no adscritas a ninguna de esas redes importantes («No relacionados»), representaba al 24,1% de los miembros de la muestra.

A partir de estos grupos se establecieron relaciones mucho más heterogéneas y variadas con el resto de redes-organizaciones que estuvieron presentes en la génesis de GZ. Estas vinculaciones no se presentaban de forma tan frecuente en la muestra analizada, pero cumplieron la función de extender los tentáculos a otras personas.

3.2. Éxito y declive:

A partir de la conquista de la Alcaldía, tanto el devenir de la acción de gobierno como el declive de la iniciativa y la posterior pérdida del Gobierno de la ciudad pueden explicarse en gran medida al calor de la relación entre ZeC y esas organizaciones, así como en las dificultades en llevar a la práctica su ideario político, algo ya explicado por Gelderloos y Carvajal, (2019) para el conjunto del Estado.

a) En cuanto al proceso de toma de decisiones: la pérdida de la autonomía de GZ

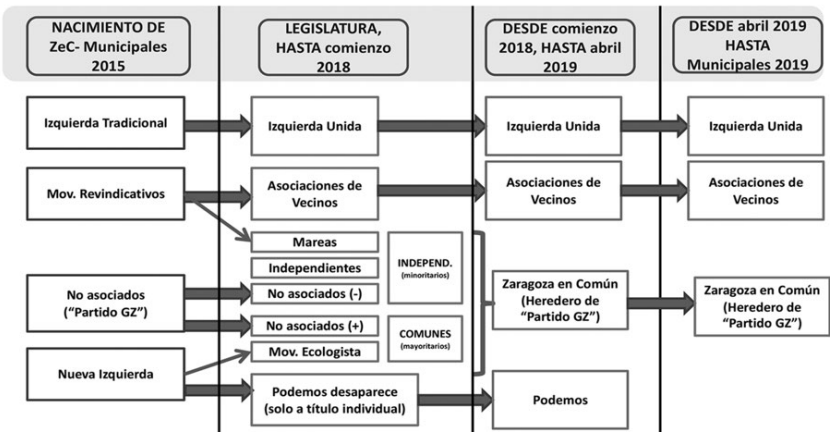
Más allá de la Asamblea y del Plenario, ZeC se articulaba en torno a un núcleo central de decisión en el día a día: la Coordinadora. Por ello, el análisis que se propone parte de reflejar el proceso evolutivo seguido por la composición de la Coordinadora respecto a la presencia de los grupos iniciales y su evolución. De esta manera, la

observación de las transformaciones en la Coordinadora servirá de indicador de la transformación de la organización.

La Coordinadora está compuesta por 24 miembros elegidos por los diferentes espacios de la organización. Los miembros de la Coordinadora son elegidos por un período de 24 meses, y su composición deberá renovarse parcialmente cada 12 meses.[29]

Figura 3: Evolución de la presencia de los grupos

de ZeC dentro de la Coordinadora



Fuente: elaboración propia.

La primera columna hace referencia a los grupos que tuvieron presencia en la creación de GZ-ZeC, cuya vigencia se extendió prácticamente hasta principios de 2016. A partir de ese momento, y durante más de dos años, se complejizó la estructura de la Coordinadora como expresión de la evolución de las fuerzas vivas en el interior de la organización. De una parte, el grupo de la izquierda tradicional se transformó en la presencia de IU como actor definido y reconocible en el interior de ZeC. De otra, el grueso del grupo de movimientos reivindicativos se mantuvo en la presencia de uno de sus actores principales: las asociaciones de vecinos de los diferentes barrios de la ciudad;[30] sin embargo, el otro actor generador de este grupo, las Mareas, se fue situando en cuanto a estrategias y toma de decisiones al margen de las asociaciones de vecinos, junto con los denominados «independientes» —personas que se habían ido incorporando en la última etapa a ZeC, pero que no se adscribían a ninguno de los grupos visibles— y a una parte minoritaria de los antiguos «no-asociados». A ese grupo, que emerge

en la segunda etapa, se le ha denominado «independientes».

Respecto al grupo de nueva izquierda, su actor principal, Podemos, desaparece como tal de la organización en esa segunda etapa.[31] Pero una parte relevante del grupo —las personas pertenecientes a los movimientos ecologistas— adquirió mucha visibilidad y, junto a la mayoría de los «no-asociados» y otros minoritarios, constituyó un grupo, los Comunes, que adquirió mucha relevancia en el equipo de Gobierno de la ciudad, al estar liderado por el alcalde y la vicealcaldesa. Su situación minoritaria en la Coordinadora se veía recompensada por su fuerte presencia institucional y mediática.

La tercera columna hace referencia a la segunda mitad del año 2018 hasta el comienzo de los movimientos para configurar las candidaturas de las municipales de mayo de 2019, y viene marcada por la irrupción de Podemos en la organización a comienzos del 2018, que tuvo que ver con la decisión de esta organización política de entrar de forma decidida en las confluencias, con la vista puesta en la siguiente cita electoral. En este nuevo escenario, tanto IU como las asociaciones de vecinos mantienen su presencia diferenciada y, como se ha dicho, Podemos comienza a adquirir un papel muy relevante.

Respecto a los grupos de independientes y los Comunes, éstos terminan por confluir en estrategias e intereses, llegando a alcanzar una unidad de acción que los convierte en un único grupo. Dicho grupo tiende a denominarse internamente como Zaragoza en Común, ya que se considera heredero del espíritu fundacional de GZ y, en cierta medida, da continuidad al «Partido GZ».[32]

Finalmente, en la cuarta columna se escenifica la ruptura de Podemos con ZeC, la cual se materializó en la última semana de marzo y primera de abril de 2019, y que tuvo como resultado que se presentasen de forma separada a las elecciones municipales.

Respecto a la relación de ZeC con las redes que le dieron origen, hay que decir que en el primer y segundo períodos analizados la Coordinadora estaba dominada por IU, por personas afines a los Comunes y por dos o tres —según los momentos— personas independientes.

En el segundo y tercero de los períodos analizados, la Coordinadora de ZeC pasa a convertirse en un órgano en el que hay una presencia equilibrada de personas de IU, de Podemos y de los Comunes, así como una presencia minoritaria de independientes. Poco a poco los Comunes y los independientes, como se ha advertido, convergen en Zaragoza en Común. Finalmente, en el último de los períodos, Podemos desaparece e incluso algunos de los cargos orgánicos que esta organización tenía en el Ayuntamiento se van. La Coordinadora de ZeC adquiere una presencia prácticamente paritaria de integrantes de IU y los Comunes.

Lo que queda por dilucidar son las estrategias de los otros dos bloques. Las asociaciones de vecinos mantienen una acción independiente y, además, aunque sus miembros suelen coincidir en planteamientos, tienen una clara autonomía, rompiéndose el bloque cuando así lo creen necesario.

Entender el posicionamiento del grupo Zaragoza en Común requiere un poco más de detalle. Sus miembros se sienten los herederos de la filosofía del GZ y han estado abanderados por el máximo representante de la institución municipal. Sin embargo, a lo largo de la legislatura han tenido poco poder real dentro de ZeC, debido, fundamentalmente, a su fragmentación y pluralidad de procedencias. Sin embargo, la cercanía de las elecciones de 2019 —y el proceso de conformación de las listas electorales—, los fue uniendo en un grupo claramente identificado y con unidad de acción.

En todo caso, la fortaleza de Podemos, que quería hacerse más presente en la organización, provocó que en los momentos de tensión o de toma de decisiones relevantes, se buscase una unidad de acción entre IU y ZeC para doblegar las propuestas de Podemos.

Por lo tanto, en la tercera etapa, la Coordinadora de ZeC era, en realidad, un escenario de lucha de las diferentes organizaciones políticas para tomar el control, no funcionando, de facto, como una organización autónoma. Una vez que la lucha, ejemplificada en torno a quién encabezará la lista electoral, se decanta por uno de los bandos (el tándem IU-ZeC), el otro (Podemos) abandona la organización.

Si hemos denominado como «declive» a este epígrafe es porque viene a reflejar la situación en la que terminó ZeC: sin haberse producido una maduración y cohesión interna de la organización, se produce un desgajamiento de una de sus organizaciones principales.

En consecuencia, el nuevo partido-movimiento no consiguió perdurar en un estadio de consolidación (manteniendo la fuerza de todas las organizaciones preexistentes), ni caminar hacia la forma partido en sentido estricto (desligándose de ellas), sino que se mantuvo en una indefinición que lo llevó a la ruptura con una de sus organizaciones principales y a la dependencia del resto.

b) En cuanto a la acción de gobierno y la percepción de la ciudadanía

Un análisis de la acción de gobierno de ZeC durante los cuatro años que estuvo al frente de la ciudad es concluyente respecto a un hecho relevante: no tuvo capacidad para hacer efectivos algunos principios claves del 15M, que en gran medida alimentaban su granero de votos. A mitad de mandato se realizó un estudio a través de una encuesta a la ciudadanía, además de una serie de entrevistas con líderes de opinión. De este estudio se extrajeron algunas conclusiones que pueden extrapolarse al conjunto de la legislatura: a juicio de los habitantes de la ciudad y de las personas entrevistadas, ZeC no había conseguido romper con la idea tradicional de la política, ni consiguió acercarse a la ciudadanía, ni dio respuesta a las necesidades «reales» de las personas, al no poder hacer efectivos muchos de los planteamientos recogidos en el programa electoral.

Las razones que están detrás de estas limitaciones se encontraron en múltiples causas: la inexperiencia de la mayoría de los cargos; la dificultad de hacer «girar» la organización burocrática municipal hacia nuevos planteamientos; la clausura del grupo municipal en sí mismo, excluyendo de los debates importantes al resto de la organización y a la sociedad civil organizada; la radical oposición de casi todos los medios de comunicación relevantes en la ciudad y en Aragón, etc. Seguramente, estos argumentos han sido comunes a

otras experiencias municipalistas en el Estado.

Por otra parte, algunas entidades sociales de la ciudad, que apoyaron orgánicamente el nacimiento de ZeC con sus militantes y cuadros, se sintieron abandonadas a lo largo de la legislatura. Ante el temor de ser acusados de partidismo y sectarismo, los gobernantes de la ciudad se distanciaron de ellos, perdiendo unos inputs imprescindibles para mantenerse del lado de la gente.

En lo concreto, hubo iniciativas interesantes, por ejemplo en el ámbito de los servicios sociales —se creó una innovadora estructura centrada en la ciudadanía—, de los presupuestos participativos en los barrios, o en el ámbito de la movilidad —con el carril bici como estrella—, pero no alcanzaron a tener el eco necesario entre el público en general ni en los medios, salvo para ponerlos en cuestión.

Otro hecho significativo era la imagen que se transmitía hacia el exterior de bronca y enfrentamientos constantes con la oposición, incluso con alguno de los partidos que habían apoyado a ZeC en la investidura. Esa incapacidad de diálogo y de llegar a acuerdos se achacaba fundamentalmente al equipo de Gobierno, algo en lo que coincidía la ciudadanía y muchas de las personas a las que se entrevistó.

4. A modo de cierre

El análisis expuesto aborda dos dimensiones, una de carácter interno y la otra externo, que permiten explicar el declive de ZeC. De un lado, las organizaciones políticas, sociales y sindicales que animaron su nacimiento fueron perdiendo cohesión y visión de conjunto, ahondando las tensiones existentes y llegado a la ruptura con Podemos. De otro lado, la ciudadanía no percibía que se estuviese impulsando el cambio de época en la política que prometió ZeC al calor de las proclamas del 15M. Todo ello se transmitía en la reducción paulatina de la asistencia a las asambleas y a los plenarios de ZeC y la consiguiente pérdida de apoyo

ciudadano en las siguientes elecciones municipales.[33]

Bibliografía

Allern, E. H.; Bale, T. (2011). «Political parties and interest groups: Disentangling complex relationships», Party Politics, 18(1), págs. 7-25.

Bolleyer, N.; Bytzek, E. (2013). «Origins of party formation and new party success in advanced democracies», European Journal of Political Research, 52 (6), págs. 773-796.

Calle, Á. (2016). «Ciclos políticos y ciclos de movilización. Entre el 15M, Podemos y nuevos Municipalismos», Comunicación presentada en el XII Congreso Español de Sociología. Disponible en: https://www.fes-sociologia.com/files/congress/12/papers/3221.pdf

Candón, J.; Montero, D.; Calle, A. (2018). «Discourses and practices of radical democracy. The 15M movement as a space of mobilization», Partecipazione e Conflitto PACO, 11 (2), págs. 571-598.

Gelderloos P.; Carvajal, A. (2019). ¿En qué han fallado los partidos municipalistas en España?, Libre pensamiento, 100, págs. 53-61.

Gerbaudo P. (2017). The Mask and the Flag. Populism, Citizenism and Global Protest, Hurst & Company, Londres.

Hug, S. (2001). Altering party systems: Strategic behavior and the emergence of new political parties in Western democracies, University of Michigan Press, Ann Arbor, MI.

Martínez, M.; Domingo, E. (2014). «Los impactos sociales y políticos del Movimiento 15M en España». Disponible en inglés en: http://www.miguelangelmartinez.net/?Social-and-political-impacts-of

Minguijón, J. (2018): La génesis de Ganemos Zaragoza. Un estudio

desde la sociología relacional, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Monge C. (2017). 15M: un movimiento político para democratizar la sociedad, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Romanos, E. (2016). «De Tahrir a Wall Street por la Puerta del Sol: la difusión transnacional de los movimientos sociales en perspectiva comparada», Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 154, págs. 103-118.

Subirats, J. (2015). «Del 15-M y las gobernanzas locales al asalto de la política institucional», Ecología Política. Cuadernos de debate internacional, 49, págs. 18-27.

Ware, A. (2009). The dynamics of two-party politics: Party structures and the management of competition, Oxford University Press, Oxford.

---

25. Universidad de Zaragoza.

26. Ésa es la conclusión a la que llegan Renes (2013), al estudiar la interacción entre el viejo movimiento vecinal en las ciudades y su relación con el 15M, o Subirats (2015), que explica las transformaciones al interior del tejido asociativo, que caminó desde posiciones más subsidiarias con las administraciones a actitudes de relación horizontal con la misma (no sólo «participar» en las políticas públicas, sino «coproducirlas»), a la resistencia y a la disidencia.

27. Las organizaciones que aparecen sombreadas en gris existían antes del 15M y no sufrieron cambios significativos debidos al mismo. La CGT aparece en gris, pero se vio impactada por 15M, no tanto en su programa o ideología, sino en que muchos de los activistas del 15M en la ciudad de Zaragoza, al no verse representados por los sindicatos mayoritarios, desembarcaron masivamente en la CGT.

28. Las organizaciones que aparecen sombreadas lo son porque, teniendo una existencia previa al 15M, no sufrieron cambios

significativos debidos al mismo.

29. Artículo 38 del Reglamento de Zaragoza en Común.

30. Las asambleas vecinales nunca estuvieron, como tales, en ZeC. Sin embargo, una nutrida representación de sus miembros siempre han estado alimentando a ZeC y constituyen un grupo claramente reconocible.

31. De hecho, nunca estuvo, ya que Podemos apoyo a ZeC, pero no se integró en la coalición que se presentó a las elecciones.

32. El «Partido GZ» (inscrito el 8 de abril de 2015) se creó para entrar en la coalición que formó ZeC, con la pretensión meramente instrumental de ser la expresión de las personas no alineadas (no-relacionados).

33. En 2015, ZeC obtuvo 80.040 votos. En 2019, ZeC consiguió 33.005 y Podemos 20.284. es decir, aun sumando los resultados de las dos candidaturas se perdieron 26.751 votos.

«No olvidemos nunca quiénes somos ni por qué estamos aquí». Sobre Barcelona en Comú, movimientos sociales y cambio radical

Iolanda Bianchi, Yunailis Salazar, Marina Pera

[34]

1. Introducción

[35]

La plataforma Barcelona en Comú (BeC) fue una de las candidaturas del cambio que consiguieron ganar las elecciones municipales el 24 de mayo del 2015. Sin embargo, el proceso político que llevó a este logro se gestó en el marco de una progresiva movilización social, consolidada sobre todo a partir del 15M. Esto representó un momento de aceleración política que, entre sus efectos, dio lugar a un proceso de institucionalización de dichos movimientos (Blanco et al., 2020). Bajo la creencia de que el activismo necesitaba también de estrategias que permitieran producir un cambio radical, emergieron nuevos «Partidos Movimientos», es decir, organizaciones políticas híbridas que mantienen una relación muy

próxima con los movimientos sociales —como Podemos a escala nacional, y las candidaturas del cambio a escala local (Della Porta, 2017)—.

El nacimiento de candidaturas municipalistas se desarrolló en ciudades de todo el territorio. En la capital catalana, en junio del 2014 se creó la plataforma Guanyem Barcelona. Entre los actores que se sumaron a la nueva formación había tanto personas provenientes de movimientos urbanos, como de organizaciones y partidos políticos ya establecidos; algunos de más reciente creación como Procés Constituent y Podemos, y otros más consolidados como Iniciativa per Catalunya Verds (ICV) y Esquerra Unida i Alternativa (EUiA), que ya habían formado parte del Gobierno municipal en mandatos previos a través de alianzas con el PSC. A principios de 2015, Guanyem cambió su nombre a BeC con una lista encabezada por Ada Colau, portavoz de la PAH y co-fundadora de ésta en Barcelona.

En este capítulo tratamos de analizar la trayectoria de BeC durante su primer mandato de gobierno (2015-2019), reflexionando sobre hasta qué punto se ha conseguido un cambio radical en sus políticas públicas. En primer lugar, se presenta el programa electoral de la formación municipal. En segundo lugar, se muestran los límites que BeC tuvo que enfrentar para su implementación, así como los cambios más relevantes que se consiguieron. Posteriormente, se analiza el rol que han tenido los movimientos sociales en la definición e implementación de ciertas políticas. Se concluye reflexionando sobre la posibilidad de BeC de implementar un cambio radical, prestando especial atención al rol de los movimientos sociales, así como las oportunidades surgidas de continuar este cambio en el mandato actual 2019-2023.

2. Formación del Gobierno y programa electoral

El programa electoral de BeC se creó a partir de un proceso participativo a través de encuentros presenciales y mecanismos

digitales. Se apostaba por cambiar el modelo de ciudad de los últimos años caracterizado por una deriva neoliberal y pro-austeridad (Davies y Blanco, 2017). Para impulsar la transformación hacia la justicia social, se establecieron cuatro líneas de acción: 1) Derechos básicos: la hoja de ruta para abordar las desigualdades sociales y garantizar los derechos básicos, como la vivienda; 2) Cambio de modelo: propuestas para hacer frente a los procesos de precarización laboral, a la privatización de servicios y bienes públicos, y la mercantilización en general; 3) Ciudad para la vida: fomento de la inclusión para todos los habitantes, desde la infancia hasta la tercera edad; y 4) Democracia abierta: creación de un nuevo modelo de democracia municipal a través de la participación presencial y digital, la transparencia y la autogestión (Barcelona en Comú, 2015).

En las elecciones del 2015, BeC fue el partido más votado y obtuvo la representación de 11 concejales. En segundo lugar, el partido que gobernaba hasta entonces, CiU (10), seguido de Ciutadans (5), ERC (5), PSC (4), PP (3) y la CUP (3). Para la formación del nuevo Gobierno, Ada Colau contó con el respaldo del PSC, ERC y un concejal de la CUP, y fue proclamada como la nueva alcaldesa para el mandato 2015-2019. Se convertía así no sólo en la primera mujer que gobernaba la ciudad sino que también representaba la entrada de los movimientos sociales y activistas al Gobierno municipal.

3. Límites y logros de BeC (2015-2019)

Las oportunidades y dificultades de conseguir aquello que fue propuesto en un ambicioso programa electoral y los cambios efectivamente implementados fueron condicionadas por importantes limitaciones temporales, políticas y administrativas, así como por los conflictos que se generaron con las élites locales.

En primer lugar, BeC gobernó en minoría con sólo 11 concejales de los 41 del pleno municipal. Esto provocó una tensa relación con los partidos políticos de la oposición, dificultando la aprobación de

decisiones importantes como los presupuestos municipales y el Programa de Acción Municipal (PAM), restringiendo la posibilidad de implementar la agenda tal y como se había planteado en la campaña electoral. En segundo lugar, durante el mandato, se celebró el referéndum del 1 de octubre (1-O) sobre la autodeterminación de Cataluña, con la posterior represión policial, la aplicación del artículo 155 y el encarcelamiento de los líderes independentistas. La posición de BeC que, a pesar de apoyar el derecho a la autodeterminación, no se mostró explícitamente a favor o en contra de la independencia, supuso importantes críticas por parte de todos los partidos y dificultó la construcción de consensos.

Hay que añadir también las restricciones intrínsecas de los gobiernos locales por sus limitadas competencias para actuar sobre algunos temas claves. La vivienda es un claro ejemplo. La defensa del derecho a la vivienda fue un caballo de batalla de la agenda del nuevo Gobierno, siendo Barcelona una ciudad profundamente afectada por los desahucios, los procesos de gentrificación y turistificación. Sin embargo, algunas acciones para detener estos procesos, como la regulación de los alquileres y la normativa sobre los desalojos son asuntos de competencia autonómica y estatal. Además, las élites internacionales y locales, junto con algunos partidos políticos de la oposición, desacreditaron incesantemente la acción de BeC que, en algunos casos, tuvo que modular su discurso o ceder en sus políticas. Por ejemplo, en el caso del turismo, el Gobierno municipal intentó frenar la masificación turística a través de medidas innovadoras, como el plan urbanístico que regula la proliferación de alojamientos turísticos (PEUAT). Sin embargo, los operadores del sector acusaron a BeC de fomentar la «turismofobia» y actuar contra una de las principales fuentes de ingresos de la ciudad. Estas críticas llevaron al Gobierno a reconocer el valor de este sector para la economía de la ciudad, elaborando una nueva estrategia de marketing turístico.

Si bien es cierto que BeC tuvo que afrontar diferentes límites a lo largo de su mandato, también es verdad que algunas de las dificultades estuvieron marcadas por los propios errores cometidos desde antes de la llegada al consistorio. Algunos límites se encontraron en el mismo Gobierno que, por un lado, generó altas

expectativas, asumiendo cambios ciertamente irrealizables en un mandato (por ejemplo, garantizar el derecho a la vivienda); y, por otro lado, subestimó la lentitud de una maquinaria administrativa compleja y de una dimensión tan amplia como la de Barcelona, que no está configurada, por su naturaleza, a los cambios inmediatos.

A pesar de estas dificultades, hay medidas aprobadas por el Gobierno municipal que se destacan a continuación: i) el Plan por el derecho a la Vivienda 2016-2025 que contemplaba medidas para cuadruplicar la vivienda social y abordar la emergencia habitacional; ii) el Pla de Barris con un presupuesto de 150 millones de euros para mejorar las condiciones de vida en los 16 barrios más desfavorecidos; iii) el Plan de Impulso a la Economía Social y Solidaria que destinó 24 millones de euros para fomentar la pluralización del modelo económico; iv) la contratación pública sostenible, para incorporar cláusulas sociales, ambientales y de innovación, en todas las licitaciones del consistorio; v) la creación de la plataforma Decidim Barcelona, que permite la participación digital complementando a los mecanismos presenciales existentes. Estos ejemplos, totalmente ilustrativos y no exhaustivos, pretenden mostrar que, a pesar de los diversos límites antes mencionados, el Gobierno emprendió acciones de cambio que abordaron diferentes ámbitos y dieron como resultado políticas públicas concretas.

4. BeC y los movimientos sociales: sinergias y fricciones

Algunas de las medidas cruciales para definir un cambio en la trayectoria del modelo de ciudad se aprobaron gracias al impulso y apoyo de los movimientos sociales, con los que BeC logró mantener una relación relativamente fluida y constante. Los movimientos contribuyeron a impulsar nuevas políticas y a construir consenso alrededor de medidas que podían resultar inicialmente impopulares, o que podían tener una oposición por parte de las élites y grupos conservadores. En algunos casos, el apoyo de los movimientos permitió llevar adelante estas políticas, mientras que, en otros, no tuvieron el mismo éxito.

Un ejemplo de política innovadora impulsada por los mismos movimientos era destinar un 30% de las nuevas promociones y las grandes reformas para la creación de vivienda protegida. Esta medida, pionera en el Estado español para garantizar el derecho a la vivienda, se aprobó en diciembre 2018. La norma fue adoptada gracias al impulso de los movimientos sociales, entre ellos, la PAH, el Sindicato de Inquilinas, la FAVB y el Observatorio DESC. Fueron ellos quienes presentaron en febrero del mismo año esta moción en el pleno y presionaron para que se aprobara. Esta medida ha permitido ampliar el parque de vivienda pública de todos los distritos, incorporando unos 330 pisos cada año, contribuyendo a contrarrestar las subidas abusivas de los precios del alquiler. Sin duda, ésta ha sido una conquista muy relevante para garantizar el derecho a la vivienda, cuyos efectos se podrán apreciar en las décadas venideras.

Una medida inicialmente impopular pero que, con el tiempo, ha ganado más consenso en la población barcelonesa es la realización de las Supermanzanas (Superilles), un plan de transformación de algunas calles de la ciudad, para recuperar espacio ocupado por los vehículos, y destinarlo a la circulación de peatones, zonas verdes y recreativas. Inicialmente, la primera implementación en el barrio del Poblenou no fue bien vista por muchos propietarios de coches y por quienes afirmaron que sería una obra perjudicial para los negocios locales. Aun así, un grupo de vecinos del barrio, que entendió el potencial ecológico de la operación, decidió unirse al Col·lectiu Superilla Poblenou. Este colectivo se dedicó a explicar y difundir los beneficios de una ciudad organizada en forma de Supermanzanas y, gracias a su apoyo, el Gobierno municipal decidió llevar adelante el proyecto. A raíz de esta experiencia, otros colectivos similares emergieron en distintos barrios de la ciudad, como el Col·lectiu Superilla de l'Eixample, el Col·lectiu Superilla de Sant Antoni, y están contribuyendo a la aplicación del plan en otras zonas de la ciudad.

Otra de las medidas que se consiguió aprobar gracias al apoyo de los movimientos sociales es la remunicipalización de las Escoles bressol (educación 0-3 años). La externalización de algunos centros durante el anterior mandato había llevado a diferencias significativas en horarios de apertura y condiciones laborales entre

los centros gestionados directamente por el Ayuntamiento y los gestionados de manera indirecta por entidades privadas. Por ello, familias y trabajadoras de los centros denunciaron la situación bajo las plataformas Escoles Bressol indignades, O3BCN y SOS Bressol. La recuperación de la gestión directa supuso un reto y debate con la comunidad movilizada en términos de subrogación del personal docente, continuación del proyecto educativo y condiciones laborales, y finalizó con la recuperación de las escuelas externalizadas.

Siguiendo el hilo de la gestión de servicios, un ejemplo que tuvo eco mediático, pero que no se consiguió llevar adelante a pesar del amplio apoyo de los movimientos sociales, es el caso de la remunicipalización del agua. En este caso, hubo una coordinación inicial entre organizaciones ciudadanas y el Gobierno con el objetivo de revertir el modelo de gestión que se había configurado desde el 2012. Plataformas como Aigua és vida o Moviment per l'aigua pública i democràtica se movilizaron a favor de la gestión directa y el Ayuntamiento inició los trámites para la cancelación de la concesión a la empresa mixta Aigües de Barcelona (formada por Agbar y el Área Metropolitana de Barcelona). Sin embargo, una serie de demandas judiciales terminaron con el aval del Tribunal Supremo el 2019 a favor de mantener el contrato para la gestión del suministro por parte de dicha empresa. Paralelamente, el Ayuntamiento propuso consultar a la ciudadanía sobre este tema, a través de la realización de una Multiconsulta, propuesta que fue descartada por la sentencia del Tribunal Superior de Justícia de Catalunya en el 2019, la cual anulaba el nuevo Reglamento de Participación Ciudadana del 2017. Es por ello que actualmente el suministro de agua sigue siendo gestionado por la misma empresa (Aigües de Barcelona).

A pesar del clima de entendimiento y diálogo con gran parte de los movimientos sociales urbanos, hubo algunos sectores con los que se mantuvo cierta conflictividad y que han supuesto diferentes momentos de crisis para el Gobierno municipal.

Por ejemplo, el colectivo de vendedores ambulantes, mayoritariamente personas migradas en situación irregular, ha representado un reto complejo. Inicialmente, el Gobierno planteó

ser menos represivo, ofreciendo soluciones sociales y no policiales. Sin embargo, la gestión se endureció a partir del segundo año del mandato, a raíz de las reclamaciones recibidas por parte de las asociaciones de comerciantes y los partidos políticos conservadores. El Sindicato de vendedores ambulantes denunció la actuación policial y protestó cada vez que la persecución policial se endurecía. Bajo los lemas No a la represión sin regularización y Sobrevivir no es un delito, este colectivo defendía su derecho a subsistir, reivindicando políticas laborales y la regularización administrativa. Sin embargo, no ha habido respuestas totalmente satisfactorias a estas demandas, considerando también las diferentes escalas de Gobierno involucradas ya que, por ejemplo, la regularización depende de la Ley de Extranjería. Por ello, el conflicto con los vendedores ambulantes ha representado uno de los temas que periódicamente han resurgido en el debate público barcelonés sin llegar a resolverse.

En líneas generales, el apoyo de los movimientos sociales legitimó la acción política del Gobierno de BeC y facilitó la aprobación de algunas medidas. En este sentido, se podría decir que la relación de BeC con los movimientos sociales mejoró en comparación con los últimos años de Gobiernos socialistas y del Gobierno conservador. Sin embargo, los movimientos nunca han dejado de cuestionar la política de BeC, especialmente cuando percibieron que su acción ya no respondía a esa visión radical que había provocado el llamado asalto a las instituciones.

5. Conclusiones

Cuando BeC llegó al poder, las expectativas de los movimientos sociales eran muy altas. El programa electoral era muy amplio y trazaba un futuro social, económico y político para la ciudad radicalmente diferente. Pero ¿en qué medida se ha logrado un cambio radical?

Como se muestra en este capítulo, no es fácil hacer un balance

general sobre el alcance del pretendido cambio transformador de las políticas de BeC. Como hemos mencionado, el hecho de ser un Gobierno en minoría ha supuesto una tensa relación con los partidos políticos de la oposición, llena de dificultades para la creación de alianzas y equilibrios en el pleno municipal. También ha incidido notablemente la polarización del debate político sobre la autodeterminación de Cataluña, donde la posición de BeC ha sido criticada por todos los demás partidos. A esto hay que añadir la capacidad de influencia en el debate público de las élites y los grupos de poder de una ciudad donde éstos siguen teniendo un peso relevante, y quieren incidir en las políticas públicas para continuar garantizando sus beneficios. También hay que tener en cuenta los límites administrativos, burocráticos y competenciales que no han permitido incidir sobre temas clave, como la subida en el coste de los alquileres o la regularización de colectivos migrantes. Ciertamente, a estos límites hay que sumar la falta de experiencia y desconocimiento de la mayoría de miembros de BeC sobre las dinámicas propias del consistorio para hacer efectivos los cambios que no han podido estar al ritmo de los niveles de transformación institucional esperados.

Sin embargo, también son muchos los logros de BeC en diferentes ámbitos. El impulso de la economía social y solidaria, la defensa del derecho a la vivienda y la lucha contra las desigualdades sociales son ámbitos en los que se dedicaron esfuerzos administrativos y recursos económicos sin precedentes. No obstante, los efectos de estas políticas siempre serán limitados por la naturaleza estructural y global de las dinámicas que quieren combatir, así como los límites competenciales de los ayuntamientos. Por lo tanto, se podría decir que no se ha producido un cambio radical. Como nos dice la literatura, los cambios en las políticas públicas son usualmente incrementales y tales son sus efectos (Lindblom, 1980). Sin embargo, hay un cambio importante en la forma de abordar las políticas, donde la radicalidad, más que ser considerada un indicador para medir y evaluarlas, debe ser considerada una tendencia hacia, un vector, que ha guiado la acción del Gobierno mientras navegaba por sus límites y desafíos. Este vector no ha mantenido una dirección fija, su orientación ha cambiado constantemente de acuerdo con el balance entre lo posible y lo esperado en un determinado momento y área de políticas. La frase

que a menudo repiten los miembros del Gobierno «no olvidemos nunca quiénes somos ni por qué estamos aquí» indica la voluntad de seguir esta dirección radical de la base del proyecto político de BeC pero que difícilmente se podrá alcanzar del todo.

Si consideramos de esta manera la radicalidad en la acción de gobierno de BeC, ciertamente un papel importante lo han jugado los movimientos sociales. Éstos han propuesto nuevas políticas que ampliaban el abanico de los instrumentos institucionales respecto a los que se definieron en el programa electoral, como la aprobación del 30%. Construyeron un consenso en torno a políticas que inicialmente eran impopulares, como la Supermanzanas, o que podían encontrar oposición, como la remunicipalización de las Escoles bressol. En algunos casos, a pesar del apoyo de los movimientos sociales, no se pudo avanzar en ciertos temas, como la recuperación del servicio hídrico, pero éstos han contribuido a darle relevancia en el debate público y priorizarlos en la agenda política. En otras palabras, el papel de los movimientos sociales fue decisivo para apuntar hacia la radicalidad la acción de BeC que, sin su apoyo, habría limitado aún más esta tendencia. Esto no significa, como hemos visto, un apoyo total e incondicional de los movimientos al nuevo Gobierno. Incluso durante este mandato hubo conflictos, como los relacionados con la gestión de la venta ambulante. En cambio, significa que los movimientos han realizado una acción continua y constante que, por un lado, complementó esta tendencia a la radicalidad, posibilitando cambios que eran difíciles de digerir sin su acción; y, por otro lado, politizando la imposibilidad de determinar ciertos cambios, tanto por la voluntad de actores que se opusieron a ellos, como por la voluntad del Gobierno mismo, fiscalizando su acción. Es decir, si quisiéramos considerar la acción de BeC como una acción que tiende a la radicalidad sin llegar nunca a ella, ésta debe ser vista en su estrecha relación con los movimientos sociales en los que se basa. Y de donde supuestamente deriva la misma definición de Partido Movimiento.

Es necesario destacar que BeC es una de las pocas candidaturas de cambio que pudo prolongar su mandato tras las elecciones municipales en 2019, a pesar de no haber sido el partido político más votado.[36] Un polémico pacto con el PSC y el apoyo de 3 votos

de Ciutadans hizo posible un nuevo mandato 2019-2023 para el nuevo municipalismo. Sin embargo, no se puede perder de vista que con estas nuevas alianzas que involucran fuerzas socialdemócratas dentro del Gobierno, apuntar hacia un radicalismo en las políticas públicas seguirá siendo un desafío para BeC. Sin embargo, también en este caso, el rol de los movimientos sociales será aún más crucial para redefinir y renegociar la radicalidad de su acción.

Bibliografía

Barcelona en Comú. (2015). «Programa Electoral Municipales 2015». Disponible en: https://barcelonaencomu.cat/sites/default/files/programaencomun_cast.pdf

Blanco, I.; Salazar, Y.; Bianchi, I. (2020). «Urban governance and political change under a radical left government: The case of Barcelona», Journal of Urban Affairs, 42 (1), págs. 18-38. Disponible en: doi.org/10.1080/07352166.2018.1559648

Davies, J. S.; Blanco, I. (2017) «Austerity urbanism: Patterns of neo-liberalisation and resistance in six cities of Spain and the UK», Environment and Planning A, 49 (7), págs. 1517-1536. Disponible en: doi.org/10.1177/0308518X17701729

Della Porta, D.; Fernández, J.; Kouki, H.; Mosca, L. (2017). Movements party against austerity, Polity Press, Cambridge, UK.

Lindblom, C. (1980). The policy making process, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ.

---

34. Instituto de Gobierno y Políticas Públicas. Universitat Autònoma de Barcelona.

35. Este capítulo es resultado de dos proyectos de investigación: 1) PROTO LOCAL. De la protesta a la propuesta. Ayuntamientos del «cambio», políticas urbanas y movimientos sociales. Financiado por

el Ministerio español de Economía y Competitividad. IP: Dra. Mota, F., Universidad Autónoma de Madrid; Dr. Janoschka, M., University of Leeds; 2) La gestión procomún en el Área Metropolitana de Barcelona. Financiado por la Càtedra Barcelona UPF de Política Econòmica Local. IP: Dr. Villamayor, S., Universitat Autònoma de Barcelona.

36. El candidato Ernest Maragall de ERC obtuvo 161.189 votos, mientras que Ada Colau obtuvo 156.493.

«Ayuntamientos del cambio», políticas públicas y relaciones con los movimientos sociales: el caso de Cádiz

María A. Ribón, Beltrán Roca

y Víctor Peña González

1. Introducción: del 15M al Gobierno local en Cádiz

Uno de los impactos más evidentes del movimiento 15M fue el desarrollo de nuevos partidos y coaliciones electorales que irrumpieron en el escenario político de España a partir de 2014. Este giro electoral fue el resultado de varias transformaciones acaecidas en el interior del 15M desde su eclosión en mayo de 2011 hasta el año 2015. En un primer momento, el 15M aparece como caso paradigmático de «nuevo movimiento social». Aglutina no sólo a sectores de la clase trabajadora más castigados por las políticas de austeridad, sino también a fracciones de clases medias cuyas expectativas vitales y laborales se estaban viendo truncadas. Centra sus reivindicaciones iniciales en la profundización democrática —representada bajo el lema «Democracia real ya»— más que en demandas de carácter económico o materialista. Además, forja una

serie de redes autónomas que funcionan con sus propias lógicas, y mantienen inicialmente la distancia crítica respecto a los partidos de izquierda y los sindicatos,[38] al mismo tiempo que abre la mano al feminismo, el ecologismo y el movimiento de los derechos humanos, tanto por una sintonía discursiva como por una utilidad estratégica.[39] No obstante, a medida que el movimiento se fue articulando y las políticas neoliberales iban deteriorando la situación de la población, el 15M experimentó un «giro materialista» que sentó las bases para el posterior giro electoral.[40] Este giro materialista acercó a la nueva generación de activistas no sólo al ámbito de la reivindicación por cuestiones de tipo económico o material —como la vivienda, el empleo, o los salarios — sino que propició la confluencia y la colaboración con el movimiento sindical, tanto en su versión socialdemócrata —representada por las Comisiones Obreras y la Unión General de Trabajadores— como en su versión radical —representada por organizaciones como la Confederación General del Trabajo, la Confederación Nacional del Trabajo o el Sindicato Andaluz de Trabajadores—. Dicha confluencia se produjo, en buena medida, a través de las denominadas «Marchas de la Dignidad», bajo el lema «Pan, techo y trabajo».[41]

La confluencia con las organizaciones tradicionales de la izquierda contribuyó a transformar los marcos de acción colectiva, incluyendo los proyectos espaciales y las estrategias políticas. El Estado dejó de ser percibido como un ámbito ajeno, y la posibilidad de acceder al ámbito estatal-institucional comenzó a ser considerada por una parte del activismo. El giro electoral, a juicio de algunos investigadores, también estuvo alimentado por otros factores, como el empleo de nuevas tecnologías de la comunicación[42] o el escaso impacto del movimiento sobre la esfera institucional durante sus tres primeros años de vida.[43]

La irrupción de un nuevo partido que afirmaba inspirarse en el 15M, Podemos, en las elecciones al Parlamento Europeo en 2014, obteniendo más de un millón de votos y cinco diputados, aceleró la transformación del movimiento.[44] Para las elecciones municipales de 2015, activistas del 15M se lanzaron a constituir candidaturas independientes y círculos de Podemos por toda la geografía española, en ocasiones incluyendo a sectores del activismo que

tradicionalmente se habían opuesto a la participación institucional.[45] Los resultados electorales fueron prometedores. Las candidaturas alternativas se hicieron con Ayuntamientos en ciudades clave como Madrid, Barcelona, A Coruña o Cádiz; y obtuvieron importante representación en numerosos municipios de menor tamaño (en ocasiones gobernando en solitario, en otras gobernando en coalición y en otras consolidándose como actores clave). El desarrollo de estas nuevas formaciones políticas y experiencias electorales no estaría exento de tensiones.

Por un lado, se experimentan tensiones derivadas de su diversidad organizativa y estratégica (con el desmembramiento de Podemos de sectores encabezado por uno de los fundadores del partido, Iñigo Errejón, y del sector encabezado por Anticapitalistas, especialmente en Andalucía; pero también con las tensiones con candidaturas municipalistas independientes de Podemos; o entre Podemos e Izquierda Unida, con quien se aliaron para llegar al Gobierno central tras las elecciones generales de 2019). Por otro lado, se experimentan tensiones debido a que la constitución de partidos-movimientos genera lo que Offe[46] denominó «dilemas de desarrollo», que son aquellos que surgen entre el mantenimiento de la identidad y aspiraciones del movimiento social, por una parte, y las dinámicas y constricciones propias de la participación institucional, por otra. Dichos dilemas se entrecruzarían con las tensiones inter-organizacionales, de tal modo que tendencias rivales esgrimirían argumentos estratégicos en la disputa interna que atraviesa a estas expresiones de la denominada «nueva política».

Estas tensiones o dilemas no son sólo la causa del desmembramiento de alianzas y organizaciones políticas; en cierta medida pueden entenderse como fuente de innovación. El concepto de «tensiones creativas» de García Linera[47] se refiere a esta realidad. Al tratar de responder a las contradicciones entre el movimiento social y la arena institucional, las organizaciones políticas reinventan la democracia e introducen transformaciones en las instituciones que, en ocasiones, permanecen en el tiempo.[48] Después de todo, la reinvención de la democracia es uno de los objetivos originales del 15M y ello pasa por el aumento de la participación de la ciudadanía a través de sus organizaciones, de entre las cuales las pertenecientes a movimientos sociales resultan

las más activas y transformadoras. En este capítulo se analizan estas últimas tensiones e innovaciones políticas en uno de los «Ayuntamientos del cambio»: el de Cádiz. Un ayuntamiento en el que el sector de Anticapitalistas ha logrado imponerse sobre otros actores de la izquierda.

Transformados en asociación política en 2015 para poder actuar como corriente interna de Podemos, sus orígenes le conectan con la Liga Comunista Revolucionaria, histórico partido trotskista.[49] Este cambio de partido —desde 2009, Izquierda Anticapitalista— a asociación les permitió liderar la organización andaluza de Podemos desde abril de 2015, tras un acuerdo con los partidarios de Iglesias. Cádiz se venía constituyendo desde el 15M como una de las principales plazas fuertes de Anticapitalistas en toda España, lo cual les permitió hegemonizar el proceso de construcción de Podemos en algunas de las principales localidades de la provincia gaditana, incluyendo la capital.

La experiencia acumulada en acciones sindicales y en el movimiento estudiantil les permitió volcar ese capital político en la construcción de una alternativa política capaz de arrebatarle la alcaldía al Partido Popular,[50] gobernante desde 1995. Tras obtener una victoria histórica el 24 de mayo de 2015, el Gobierno encabezado por el «anticapitalista» José María González «Kichi» ha necesitado del continuo apoyo del Partido Socialista, dirigiendo sus preocupaciones gubernamentales hacia el empleo, la remunicipalización de servicios, la memoria histórica, la inversión social y la garantía de suministros básicos, enmarcando toda la acción consistorial en la búsqueda de un nuevo modelo de ciudad sostenible y accesible para toda la ciudadanía.

2. Relaciones y tensiones creativas en torno a los derechos humanos y de vivienda

Las organizaciones e individuos que encarnan al movimiento por los derechos humanos y la vivienda sostienen relaciones con el

ayuntamiento gaditano, principalmente a través de las delegaciones municipales de Asuntos Sociales, Vivienda y Participación ciudadana. De manera general, puede afirmarse que estas organizaciones movimentales y el consistorio de la capital han mantenido tradicionalmente y mantienen una buena relación, inscrita en el reconocimiento de la simbiosis que les une. Mas esta es la única coincidencia entre el ayuntamiento del Partido Popular precedente liderado por Teófila Martínez y el ayuntamiento de la confluencia de izquierdas liderado por José María González Santos.

El anterior consistorio se reunía con las principales entidades ciudadanas de derechos humanos en el Consejo Municipal de Inclusión Social, organizándose en distintas mesas de trabajo temáticas con prácticas participativas restringidas. El nuevo Gobierno disuelve este Consejo, multiplica los cauces institucionales de comunicación y realiza, desde el principio, grandes esfuerzos —reconocidos por las propias entidades— para aumentar la participación ciudadana en la conformación de las políticas municipales. Dichos esfuerzos responden plenamente a las reivindicaciones de regeneración democrática que alza a las organizaciones herederas del 15M. El propósito de aumentar la participación es un elemento necesario, pero no suficiente en el proyecto democratizador, pues la participación puede tomar muchas formas, no todas transparentes, ecuánimes, ágiles, eficaces y honestas —esto último, en el sentido de ser tenidas en cuenta en las decisiones significativas—. Cuando la participación no cumple estos requisitos, no sólo no ayuda a su propósito original de profundización democrática, sino que puede tener el efecto adverso, pues genera desencanto y frustración en la misma.

La apertura de un proceso participativo abre un proceso creativo marcado por tensiones derivadas de la falta de experiencia en la gestión de la participación de quien lidera el proceso, la falta de experiencia de las entidades que tienen que aportar en esa participación y la implementación de las medidas innovadoras fruto del proceso. Estas tensiones se acompañan de las generadas por la falta de experiencia gestora de una coalición que llega con escasa o nula experiencia en una corporación municipal. Estas últimas tensiones se observan en la primera parte de la primera legislatura en donde las entidades apremian a la concejalía para organizar

actuaciones que requieren una planificación y trabajo previo —como por ejemplo la campaña de invierno para personas sin hogar— y ante las que el Ayuntamiento llega tarde o no llega.

Las tensiones derivadas de la falta de experiencia en la gestión y en la aportación en procesos participativos describen el camino entre la participación como valor y la participación como práctica aprendida. Se abre un amplio proceso participativo para elaborar planes de actuación, pero quienes están al frente del nuevo Ayuntamiento no parecen tener un programa claro de cómo desenvolver este proceso: no hay responsabilidades, tareas y fases explícitamente señaladas y calendarizadas y no todos los que dialogan a favor de los derechos humanos y de la vivienda tienen una educación participativa. Así, participar se convierte en hablar, debatir y pedir sin una concreción de propuestas trabajadas y negociadas entre entidades. La sensación entre los movimientos es que el diálogo se eterniza y mientras que se habla no se actúa. Los primeros seis meses que podrían dedicarse a debate y planificación se convierten en tres años. Por tanto, el primer efecto de la tensión creadora es la paralización de actuaciones, máxime cuando el Ayuntamiento no prorroga actuaciones pasadas que pudieran cuestionar su talante transformador.

Las tensiones creadoras de los procesos participativos dan lugar a diagnósticos y soluciones innovadoras. Las organizaciones que trabajan en el ámbito de los derechos humanos y el derecho a la vivienda perciben que son ellas quienes, a través de la inteligencia colectiva que se activa con la colaboración, alumbran la innovación social. Diferencian entre, por un lado, organizaciones más profesionalizadas capaces de hacer una mayor reflexión sobre los problemas y anticipar soluciones y, por otro, organizaciones menos profesionalizadas que piden siempre lo mismo. Hay propuestas innovadoras elaboradas por las entidades, aceptadas y bien implementadas por el Ayuntamiento que son para éstas un éxito —como la facilitación del empadronamiento a transeúntes para su atención—. Hay propuestas innovadoras de las organizaciones negociadas con el Ayuntamiento, pero fracasadas en su implementación —como la implantación de un bono eléctrico para hogares sin recursos; propuesta que, tras un año de diálogo con el Ayuntamiento que la acoge de manera entusiasta para ser

vanguardia, es desbancado por una propuesta nacional que ofrece mayores ventajas—. Hay propuestas innovadoras no aceptadas por el Ayuntamiento —como la venta inicial de patrimonio municipal para financiar la rehabilitación que pudiera recuperar parte de la inversión para seguir rehabilitando—. Es posible encontrar propuestas innovadoras aceptadas y defendidas por el propio Ayuntamiento y finalmente olvidadas —como la utilización del 0,5% del presupuesto anual para actuar contra la infravivienda en la ciudad—. Por último, se identifican medidas innovadoras puestas en marcha de forma no consensuada por el Ayuntamiento que no han tenido la respuesta esperada —como el plan de alquiler justo—.

El proyecto de profundización democrática en los primeros años se traduce en una mayor participación de las organizaciones movimentales en el Ayuntamiento, pero no en una mayor satisfacción de las organizaciones movimentales con sus relaciones con el mismo. Esto se transforma con el cambio de titulares en las concejalías, por lo que desde las organizaciones identifican características personales —como el talante o la experiencia previa en el mundo asociativo— como más relevantes que la adscripción ideológica y las posibles luchas interorganizativas que no se traslucen en el caso concreto del Ayuntamiento gaditano.

3. Intervención en el ámbito del empleo y relaciones con el movimiento sindical

Desde 2015, la política laboral del Ayuntamiento de Cádiz ha girado principalmente en torno a dos frentes: primero, como empleador de los trabajadores directos del ayuntamiento y las empresas auxiliares; segundo, como apoyo a las luchas laborales en el municipio y su entorno cercano.

Como empleador directo, el Gobierno municipal ha debido mantener un equilibrio entre varias demandas, en ocasiones contradictorias: por un lado, las reclamaciones de Autonomía Obrera, el sindicato mayoritario en el Ayuntamiento, que ostenta la

presidencia de los órganos de representación de los trabajadores. Este sindicato, a pesar de tener en su afiliación algún cuadro de Anticapitalistas y de tener cierta sintonía ideológica con el Gobierno local, se ha pronunciado con frecuencia de manera crítica hacia la gestión de personal del ente local y sus responsables políticos. En ocasiones ha convocado movilizaciones en defensa de derechos laborales. Pero además del sindicalismo radical, existen otras organizaciones sindicales más convencionales y corporativas que también formulan demandas de índole laboral que afectan a determinados sectores de los empleados públicos y las empresas auxiliares. Se dan situaciones en las que el Gobierno local debe navegar entre demandas contradictorias de sectores distintos de las plantillas.

Un caso paradigmático es el de la remunicipalización del servicio de limpieza de módulos de playas en el año 2018. Una de las líneas programáticas de Podemos para el Gobierno municipal era la remunicipalización de servicios públicos. Una fórmula concebida para mejorar el servicio prestado, ahorrar costes y dotar estabilidad a la plantilla de determinados servicios externalizados. Durante la gestión del Gobierno progresista varios servicios han sido remunicipalizados, principalmente a través de su asunción por parte de empresas públicas, como la mercantil Cádiz 2000. En el caso del servicio de limpieza de módulos de playas, no obstante, el proceso de remunicipalización enfrentó a una parte minoritaria de la plantilla con el apoyo del sindicato UGT y a otra parte, apoyada por el Gobierno local y Autonomía Obrera, que gozaba de la representación de los trabajadores. El conflicto duró varios meses e incluyó revocaciones de delegados sindicales, ataques en prensa y protestas de ambos bandos en el espacio público.[51] Finalmente el servicio fue municipalizado, absorbiendo a las trabajadoras en la empresa pública.

En el ámbito externo al ayuntamiento, el Gobierno local se ha pronunciado en numerosas ocasiones en apoyo de la parte social en conflictos laborales. Así ha sido, por ejemplo, con las movilizaciones en el sector de la aeronáutica y la construcción naval. Pero también en numerosos conflictos de menor calado. Los trabajadores han encontrado en el Gobierno local un altavoz para sus luchas y un apoyo. Algunos de los conflictos laborales, no obstante, no han

contado con unidad entre el movimiento sindical. En los conflictos de los astilleros gaditanos, la división entre los sindicatos con representación en Navantia (la empresa matriz), principalmente CCOO y UGT, y la Coordinadora de Trabajadores del Metal (CTM), un sindicalismo autónomo con fuerte arraigo entre la industria auxiliar, ha sido notable. Mientras los sindicatos de la empresa matriz han tenido un papel de apoyo a la dirección e incluso desmovilizador, la CTM, con el apoyo de sindicatos como CGT, ha encabezado las luchas en demanda de carga de trabajo, el fin de las listas negras y el cumplimiento del convenio del sector en las empresas auxiliares. Las relaciones intersindicales han estado marcados por la confrontación; hasta el punto de que el Comité de Empresa de Navantia ha tratado por todos los medios de apoyar a la dirección y desconvocar huelgas de trabajadores de las empresas auxiliares. El único apoyo político que han tenido los trabajadores de la industria auxiliar ha sido de los representantes de Podemos, principalmente del sector de Anticapitalistas, en la Bahía de Cádiz.

4. A modo de conclusión

La experiencia gaditana como fenómeno de «Ayuntamiento del cambio» se ha demostrado como una de las más robustas de la geografía española. Las necesidades de mantener la unidad de gobierno, unido a las tensiones internas de Podemos, generó a finales de la primera legislatura un cierto distanciamiento entre el alcalde, José María González, y su organización (Anticapitalistas). Esta brecha, aparentemente resuelta con la salida del sector Anticapitalistas de Podemos, puede ser entendida también como uno de los efectos de las tensiones creativas de la gestión consistorial. En cualquier caso, dicha gestión se ha visto durante el período 2015-2019 constreñida por las reglas de gasto impuestas por el Ministerio de Hacienda, lo cual ha contribuido a reforzar las sinergias entre la coalición de izquierdas gobernante y los movimientos sociales. Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que esta relación ha sido en última instancia la garantía que ha permitido que Cádiz haya cumplido parte de las expectativas de su

electorado, revalidando su posición en el Gobierno local en la etapa 2019-2023.

---

37. Universidad de Cádiz.

38. Flesher Fominaya, C. (2020), Democracy Reloaded: Inside Spain's Political Laboratory from 15-M to Podemos, Oxford University Press, Nueva York.

39. Ribón, M.-A. (2020). «El cuestionamiento del binomio democracia-mercado por los movimientos sociales (España 1976-2013)», en Chaput, M.-C. y Pérez Serrano, J. (eds.), Transición y democracia en España. Ciudadanía, opinión pública y movilización social en el cambio de régimen, Biblioteca Nueva, Madrid.

40. Diaz-Parra, I; Roca, B. y Romano, S. (2015), «Political activists' frames in times of post-politics: evidence from Kirchnerism in Argentina and Podemos in Spain», en Contemporary Social Science, v. 10, nº 4, págs. 386-400.

41. Roca, B. y Diaz-Parra, I. (2017), «Blurring the borders between old and new social movements: The M15 movement and the radical unions in Spain», en Mediterranean Politics, v. 22, nº 2, págs. 218-237.

42. Romanos, E. y Sádaba, I (2015), «La evolución de los marcos (tecno) discursivos del movimiento 15M y sus consecuencias», en Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales, nº 32, págs.15-36.

43. Martínez M.-A. y San Juan, E. (2020), «Just rekindle hope? Social and political impacts of the 15M movement in Spain», en Estudios de la Paz y el Conflicto, Revista Latinoamericana, v. 1, nº 1, págs. 13-38.

44. Iglesias, P. (2015), «Understanding Podemos», en New Left Review, nº 93, págs. 7-22.

45. Ordóñez, V.; Feenstra, R. A., y Franks, B. (2018), «Spanish

anarchist engagements in electoralism: From street to party politics», en Social Movement Studies, v. 17, nº1, págs. 85-98.

46. Offe, C. (1988). Partidos políticos y nuevos movimientos sociales, Sistema, Madrid.

47. García Linera, A. (2011). Las tensiones creativas de la revolución, Vicepresidencia del Estado Plurinacional Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, La Paz.

48. Roca, B. y Diaz-Parra, I. (2019), «Un pie en la calle y otro en la institución. Análisis socioespacial de una iniciativa municipalista», en REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 167, págs. 73-88.

49. Pérez Serrano, J. (2013), «Orto y ocaso de la izquierda revolucionaria en España (1959-1994)», en Quirosa-Cheyrouze, R. (ed.), Los partidos en la Transición: las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española, Biblioteca Nueva, Madrid, pág. 282.

50. Entrevista con Ernesto Díaz, 14 de febrero de 2019.

51. Roca, B. y Las Heras J. (2020), «Trade unions as retaining walls against political change: A Gramscian approach to remunicipalisation policies in a Spanish City», en Capital & Class, v. 44, nº 1, págs. 3-25.

Parte IV

Un punto de inflexión en la comunicación activista y los flujos de información

15M: semillas cívicas para el activismo político

Antoni Gutiérrez-Rubí

«No existe en el mundo nada más poderoso

que una idea a la que le ha llegado su tiempo»

Víctor Hugo

La principal lección que nos dejaba el movimiento del 15M en España es que los partidos políticos perdían el privilegio exclusivo de la acción política. Y con el paso del tiempo, cada vez se ha hecho más palpable la necesidad que tienen estos partidos y políticos de aprender a involucrar y escuchar a la ciudadanía, que, a lo largo de estos años, se ha ido empoderando con más y más herramientas y espacios públicos (on y offline) para la manifestación social.

Lo ocurrido con el 15M representó una gran oportunidad para la política democrática, que antes se enfocaba únicamente en resolver los problemas y que había dejado de prestar atención a las emociones y los sentimientos de la gente. Es difícil atender bien algo que no se comprende. La ciudadanía quiere ser escuchada, quiere que se la entienda, que las y los políticos se pongan en su piel, que comprendan y experimenten sus emociones para poder así

pensar en las respuestas más adecuadas y actuar en consecuencia.

En un contexto en el que los grandes partidos se seguían organizando con las viejas lógicas del centralismo democrático y la jerarquía vertical, ocupados en el poder (en mantenerlo o en obtenerlo) y renunciando, demasiadas veces, a la legitimidad de las ideas, emergía un movimiento con una lógica totalmente distinta.

Todas las manifestaciones del 15M se dieron sin el reconocimiento de un líder formal o de alguna institución al mando de la coordinación. A pocos días de unas elecciones autonómicas y municipales (22M), y en plena campaña electoral, se planteaba, de cara, en las calles, en las plazas, un gran reto para la política y para todos los partidos. Era lógico, pues, esperar que el presidente del Gobierno respondiera entonces de manera rápida y cercana, ya que su figura representa la primera autoridad política (sea cual sea su partido, su nivel de popularidad o su protagonismo electoral). Y eso era, fundamentalmente, lo que estaba en juego: la autoridad concebida como legitimidad social, no como poder orgánico o institucional.

Estaban en juego también los valores de la política, su esencia… Le tocaba responder al presidente y (tras las elecciones) les tocaría a los partidos políticos, dando respuestas políticas al desafío que suponía aquella reacción cívica de hartazgo.

No se podía pedir paciencia a la ciudadanía. Más paciencia. No era la ciudadanía que estaba en las plazas, o los millones de personas que simpatizaban con ellas desde sus casas, quienes debían hacer propuestas. No era aceptable pedirles que se organizaran, que priorizaran sus demandas, que fueran razonables y que otorgaran nuevos créditos reputacionales. La respuesta debía venir, urgentemente, de la política formal. El reto era (y es) otra política. El riesgo, la antipolítica o la despolitización.

Y la fuerza cívica que emergió entonces, ante esta situación, dejó una clara enseñanza: la gente se puede organizar y coordinar sin ningún tipo de organización detrás. Los españoles utilizaron únicamente las redes sociales para la convocatoria del movimiento.

El motor que le dio mayor fuerza a este fenómeno fue la

indignación de la sociedad española, que no podía entender cómo los medios de comunicación pasaban por alto el hecho de que salieran a las calles alrededor de 120.000 personas, en 53 ciudades del país, exigiendo al Gobierno un cambio en la política democrática y bancaria. Sólo algunos de los principales periódicos internacionales se hicieron eco de la noticia.

Los medios estaban ocupados cubriendo los mítines políticos de los partidos mayoritarios en los últimos días de las elecciones, no había periodistas disponibles para cubrir a las 120.000 personas que estaban ocupando las calles, exigiendo sus demandas.

Otro de los aprendizajes de aquellos momentos fue que los medios de comunicación ya no eran los únicos intermediarios. Las redes sociales los habían sustituido y se mostraban como canales informativos mucho más efectivos.

En la valoración de los resultados alcanzados con las manifestaciones del 15M es importante no poner el foco tanto en las acciones concretas que se lograron, o en si las demandas fueron cumplidas o no, sino más bien en considerar la fertilización que provocó este movimiento en la democratización española. Nadie puede ignorar ya la indignación cívica, esa semilla democrática y de rebeldía del pueblo, que incomoda a las fuerzas políticas, pero que es un activo de la ciudadanía, que se ha ido mostrando a lo largo de estos años.

José Saramago murió el 18 de junio de 2010. Sus últimas palabras quedaron escritas en la entrada de su blog, con el sugerente título Pensar, pensar: «Creo que en la sociedad actual nos falta filosofía. Filosofía como espacio, lugar, método de reflexión, que puede no tener un objetivo concreto, como la ciencia, que avanza para satisfacer objetivos. Nos falta reflexión, pensar, necesitamos el trabajo de pensar, y me parece que, sin ideas, no vamos a ninguna parte».

El 15M nos hizo pensar, pero no puede explicarse sin la influencia moral y espiritual de nuestros mayores, de nuestros referentes éticos. La importancia de Saramago, entre otros, en parte de la generación joven que protagonizó la #spanishrevolution fue incuestionable. En 2004 escribía Ensayo sobre la lucidez, un texto

que explora los límites de la democracia, con una apología del voto en blanco, y que anticipaba algunas de las reflexiones que sustentan la mirada crítica al sistema de representación democrática de nuestras sociedades.

En buena parte de la opinión pública española se consolidaba la convicción de que los dirigentes políticos no tenían la densidad moral y ética imprescindibles para el ejercicio de una política que fuera capaz de sobreponerse a la resignación, al determinismo económico que imponen los mercados y al desgarro social que suponen las consecuencias dramáticas de la crisis. Existía, quizás, la percepción de un fracaso generacional. En ese contexto, los viejos referentes morales ocupaban el espacio vacío de la política convencional.

En octubre de 2010, Stéphane Hessel, con 94 años, publicaba su famoso ensayo Indignez-vous! El éxito de ese texto tiene que ver con lo que se dice, y con quién lo dice. Hessel fue el último protagonista vivo de la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y exlíder de la Resistencia. Un héroe de guerra. Un héroe moral.

En enero de ese año, ¡Indignaos! llegó a España, y otro admirado sénior le hacía el prólogo: José Luis Sampedro. Saramago, Hessel, Sampedro… a los que se añadía el prestigio intelectual y reputacional de otros mayores como Eduard Punset, Manuel Castells o Federico Mayor Zaragoza, que fueron las voces morales que sustentaron la consistencia rebelde del 15M. Voces comprometidas.

La coexistencia generacional de (muy) mayores y (muy) jóvenes en las plazas, en las acampadas, así como el respeto y la admiración que «los abuelos de la boina» obtuvieron entre las y los acampados, se vieron reflejados durante todo el tiempo que se mantuvo activo el movimiento. El 15M fue una respuesta de rebeldía cívica protagonizada, no exclusivamente, por jóvenes que fueron comprendidos por sus abuelos —ante el desconcierto de sus progenitores— e ignorados por sus representantes.

En 2011, señalé que el movimiento continuaría aunque no continuaran —o no se consolidaran— las personas y las organizaciones que cohesionaron de manera viscosa la naturaleza

del movimiento. El 15M representaba un estado de ánimo. También unas convicciones y unas propuestas diversas, plurales, incluso contradictorias. Su victoria era la energía social que liberaba entre la ciudadanía que descubría que puede, quiere y sabe hacer política sin partidos (y sin sindicatos).

Todo ello se producía en un contexto de cambio de escala, de cambio de potencia. Se podía hablar al mundo. La distancia entre pensar, decir y hacer era sólo de un clic en las redes. Pensar que no estoy de acuerdo, decirlo, hacerlo. Pasar de un mensaje SMS, de un mensaje bidireccional privado, casi enclaustrado, a un mensaje abierto y global. Ése era el cambio.

Las primeras reclamaciones de las acampadas fueron en relación a la Ley electoral. En el fondo, lo que se pedía era otra manera de hacer política, desde el convencimiento de que, siendo más representativa, más horizontal, más próxima, más transparente… sería capaz de tener la autonomía y la fuerza para hacer frente a la crisis económica.

Muchos líderes políticos de diferentes niveles de representación y de posición se preguntaron entonces: ¿Qué representan? ¿Qué quieren? ¿Quiénes son? ¿Con quién se tiene que hablar? Y todas eran preguntas equivocadas. No era relevante saber quiénes eran. Era mucha gente, y muy diversa. Eran personas que querían muchas cosas y pocas, pero lo importante era saber escucharlas, hablar, dialogar... Representaban a mucha más gente de la que había salido a la calle y a mucha más de la que acampó entonces. Simbolizaban la tarjeta amarilla, casi roja, que se mostraba a la clase política, a los partidos y a su manera de actuar. Era una clara advertencia: una tarjeta más y expulsados; eso era lo que debían entender.

Nunca como hasta entonces había sido tan clara la necesidad de una alianza intergeneracional para recuperar la política, su sentido y su utilidad. Nuestros mayores hablaron claro y libremente, propinando un azote moral e intelectual a nuestras conciencias, mientras los jóvenes tomaban el relevo con un corte de mangas a las formas y al fondo de la política formal. En medio, nos quedábamos la mayoría, perdidos e incapaces de asumir nuestras responsabilidades.

Las y los indignados estaban muy preparados. Lo demostraron con

su capacidad de gestión a lo largo de muchos meses de movilizaciones. La inteligencia de las multitudes, la organización en redes (con el apoyo de la tecnología social) y un nervio de autogestión constructiva y creativa impedían —casi siempre— la deriva violenta o la apatía. Además, el nivel y detalle de muchas de sus propuestas no tuvieron nada que envidiar a las realizadas por consultoras privadas, por gabinetes de estudios institucionales o por las fundaciones y think tanks de los partidos y sindicatos.

Aunque las opiniones se repartieron entre los que criticaron la indefinición y falta de propuestas del movimiento o los que, como el filósofo Slavoj Zizek, reivindicaron el silencio incómodo como la mejor arma de desestabilización, lo cierto es que el #15M llenó las plazas y rompió muchos tabúes, con una capacidad alternativa de pensamiento, organización y comunicación. Muchas de las personas estaban en paro entonces, pero no estuvieron parados.

El activismo fue un eje transversal y constante del movimiento. En aquel momento, a nivel global, empezaron a ser usuales iniciativas cívicas contra la banca o las grandes corporaciones financieras. El Bank of America, por ejemplo, se vio obligado entonces a renunciar a cobrar comisiones mensuales a los clientes que utilizaban una tarjeta de débito ante la presión de las redes sociales. Cuando el banco propuso la nueva tarifa mensual, una niñera enojada decidió hacer una petición a través de Change.org que alcanzó casi las 307.000 firmas y se propagó de la noche a la mañana por redes sociales como Twitter y Facebook.

También en Estados Unidos adquirió fuerza la iniciativa Move your money que animaba a la gente a cerrar sus cuentas en los bancos en señal de protesta y mover el dinero hacia entidades locales y cooperativas de crédito. Miles de consumidores transfirieron su dinero a cooperativas de crédito, según datos de la Asociación Nacional de Cooperativas de Crédito (ANCC).

Esos nuevos frentes comportaron importantes costes económicos para la banca y otros sectores. De hecho, la Asociación Española de Banca (AEB) advirtió, en una carta remitida a la entonces ministra, Elena Salgado, del riesgo que supondría para el sistema financiero modificar los actuales fundamentos jurídicos del mercado hipotecario. Y, en EE. UU., entidades financieras como JP Morgan

Chase empezaron a aprovisionar miles de millones de reservas para afrontar los posibles litigios. La banca se enfrentó a uno de los desafíos más importante de su historia.

Algunas plazas se vaciaron. Y les tocó el turno a los juzgados. Todo se movió. Y los indignados e indignadas descubrieron también el poder de las togas y de las redes.

Otro de los elementos que caracterizó al movimiento fue la fuerza y plasticidad de la comunicación. Más allá de las propuestas, de los debates internos (y sus fracturas, también), de su incuestionable capacidad de convocatoria y legitimación social, y del aire fresco que representó en nuestra vida política, el 15M significó un reencuentro de la política con la palabra: en los lemas, en las asambleas, en las redes y en los debates. El poder de las palabras, en forma de consignas o versos, sobre pancartas que se propagaban en el plano off y online, explorando canales y mensajes. «No somos antisistema, el sistema es antinosotros», «Alternancia no es igual a democracia», «Rebeldes sin casa», «Yes, we camp», «Error 404: Democracia not found», «Mis sueños no caben en tus urnas», «Apaga la tele. Enciende tu mente»... fueron algunos de los lemas, entre muchos otros, que surgían de manera creativa, con el objetivo de ser escuchados por fin y de que las demandas asociadas fueran atendidas.

La creatividad social y política fue el alma del movimiento 15M. Y la creatividad y potencial artivista de la ciudadanía es una característica que define hoy en día el sentir de muchas personas que se manifiestan, que protestan y tratan de hacer oír su voz, buscando los lenguajes y formatos más efectivos y sumando su fuerza a la de ciudadanos y ciudadanas del mundo que se posicionan ante causas, objetivos o ideas que son cada vez más globales.

Cristina Monge señala que «la identidad del 15M no se basa tanto en el cambio del sistema como en el cambio del lenguaje con el que el sistema construye su relato. Nuevos cómos por encima de nuevos qués».[53]

La creativa plasticidad que utilizó el 15M en su repertorio de acción para trascender los canales habituales y transmitir sus mensajes fue

uno de los novedosos aportes a la cultura democrática española. Estas nuevas prácticas se caracterizaron por ser:

Colaborativas y horizontales. La ciudadanía se relacionó y colaboró entre sí porque tenía objetivos comunes. La relación fue de igual a igual, sin jerarquías.

De participación directa. Se eliminaron las estructuras intermedias. Las acciones fueron creadas y ejecutadas por el colectivo. La autoorganización fue otro rasgo fundamental que destacó en las distintas acciones.

Digitales. Internet cambió las estructuras organizativas tradicionales, modificó la forma de relacionarse e interactuar, generó nuevos vínculos y lazos mucho más directos y transversales, a menores costes.

Creativas. Se llevaron a cabo acciones disruptivas, inspiradas en las artes plásticas, que generaron solidaridad e identidad entre sus miembros y que captaron la atención en distintos ámbitos.

Muchas de las personas que llenaron el espacio público y digital en 2011, con su activismo político, han dado un paso al frente. Con los años, han sido cabezas de lista, candidatas, coordinadoras o directores de campaña. Hoy, algunas de esas personas ocupan altos cargos de responsabilidad en concejalías, ayuntamientos e incluso en el Gobierno, un indicador de revitalización democrática de nuestra sociedad. Y fue la escasa o nula receptividad de los partidos tradicionales al reto que supuso el 15M para el orden político establecido lo que abrió un espacio para nuevas formaciones políticas.

La llegada a las instituciones del activismo del 15M representa el triunfo de las causas políticas más que de las casas (partidos políticos). Causas transversales, que conmueven los corazones, sacuden las conciencias y mueven a la acción.

Las semillas del movimiento siguen germinando. Su proceso es similar al del bambú: durante los primeros siete años aparentemente no sucede nada; pero, en un período de tan sólo seis semanas, justo en el séptimo año, crece más de 30 metros. Cuando se creía que nada ocurría en esos primeros años, la planta estaba desarrollando un sistema complejo de raíces capaz de sostener su rápido y enérgico crecimiento exterior. Lecciones de la naturaleza. Así son los cambios de fondo. No siempre son rápidos. Pero, si son profundos, pueden llegar muy lejos.

Si los partidos políticos tradicionales quieren volver a reconectar con la ciudadanía, deben encontrar inspiración en las nuevas prácticas, nuevos modelos de acción, intervención y participación política que han puesto en marcha estos movimientos para atraer y convencer.

La irrupción del activismo, de las calles al Gobierno, muestra una tendencia que, en algunos aspectos, ha contribuido a modificar algunas prácticas en los partidos políticos. No es una novedad decir que la transformación comunicativa ha llegado para quedarse en los partidos y organizaciones políticas. Pero este suceso no se puede entender sin ahondar en los profundos cambios que propició el 15M en la cultura y en las prácticas políticas.

El uso de lenguajes más ricos permitió un diálogo distinto entre ciudadanos y ciudadanas, que representó una nueva forma de entender el compromiso político y social. A la par, internet tuvo un papel clave en la forma de comunicarse y favoreció la construcción de estructuras más abiertas, flexibles, creativas e innovadoras. Y, también, aportó recursos gráficos y visuales con gran riqueza expresiva, y que se difundieron con gran rapidez.

Entre las múltiples enseñanzas que nos ha dejado el 15M, destaco el fin de modelos y actores tradicionales anclados en viejas fórmulas para la acción y la comunicación políticas. Estas formas ya no encajan en las nuevas demandas de la ciudadanía digital.

Necesitamos una nueva comunicación política que permita reconectar representantes y representados, política y ciudadanía.

El 15M ha explorado el activismo con una fértil renovación del lenguaje y de los formatos utilizando la plasticidad estética de las artes (escénicas, literarias o plásticas, entre otras) para despertar, señalar, conmover y movilizar.

Si las formas son fondo, es momento de que la política ensaye y explore —profundamente— formatos innovadores, donde votantes y activistas se puedan ver reflejados en representantes que actúan, hablan y piensan como ellos. Una nueva manera de hacer política que permita recuperar la confianza ciudadana en la democracia.

Como señala Moisés Naím en El Fin del Poder: «El poder se está dispersando cada vez más y los grandes actores tradicionales (Gobiernos, partidos, ejércitos, empresas, sindicatos, etcétera) se ven enfrentados a nuevos y sorprendentes rivales, algunos mucho más pequeños en tamaño y recursos».[54]

El 15M supuso, sin lugar a dudas, un punto de inflexión, un fenómeno social y político excepcional que cambió las reglas del juego y cuyos efectos y consecuencias fueron dejando huella a lo largo de los años. El movimiento se ha analizado desde el punto de vista político, sociológico, filosófico, del derecho o la educación, y también desde el punto de vista de la comunicación, desde diversos ángulos. La comunicación fue —y continúa siendo— un elemento clave, presente y transversal a todo el movimiento, que contribuyó a dar sentido, generar percepción de comunidad y pertenencia, a crear nuevos marcos y escenarios para la acción, la organización, el pensamiento… y, en ella, las palabras, las expresiones artísticas, la forma de «ocupar» el espacio (on y offline) o el propio cuerpo tomaron una nueva dimensión, empoderando a la ciudadanía y mostrando nuevos caminos a continuar que, claramente, son caminos a explorar, en los que avanzar, y, en ningún caso, para recular.

Como referencio habitualmente, la metáfora de las semillas surge de nuevo con fuerza en este contexto. Las semillas, en la agricultura y en la política, reclaman paciencia y dedicación. Hay que saber esperar: regar, abonar, tratar, quitar malas hierbas y prever

accidentes e inclemencias temporales. Se necesita confianza y trabajo. La idea de que la cultura agrícola inspire la nueva política resulta sugerente. También en los ecosistemas digitales, donde el tiempo y las relaciones continuadas y delicadas generan poderosas reputaciones y vitales brotes políticos de larga germinación. El enorme caudal de fertilidad política que significó el 15M (y los años posteriores) ha sido un ejemplo de ello. Frente a los recolectores impacientes (partidos, candidatos/as y procesos electorales), hoy se mueve otra cultura de sembradores de ideas, de prácticas y comportamientos. No hay nada más fértil que las semillas: seleccionarlas, esparcirlas, cuidarlas, esperar y compartir sus frutos e iniciar de nuevo el ciclo con los matices que sea necesario. No hay nada con más futuro. Y el futuro es de las y los sembradores que se encuentran en proyectos comunes y trabajan por el bien común de forma individual, colectiva y cooperativa.

52. Asesor de comunicación y consultor político. Fundador de Ideograma.

53. Monge, C. (2017), 15-M. Un movimiento político para democratizar la sociedad, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

54. Naím, M. (2015). El Fin del Poder, Debate, México.

Radicales con palabras suaves.

Del 15M a la «moderación crispada»

Maria Corrales Pons y Alán Barroso Arrufat

1. Introducción

Hubo un tiempo en el que, contra lo que decía Machado, dejamos de tener que elegir que una de la dos Españas nos helase el corazón. El 15 de mayo de 2011 una gran ola de indignación inundó las plazas de España helando el corazón a personas de procedencia muy diversa y uniéndolas bajo una misma gran causa. Por primera vez en muchos años se había generado un gran consenso de país que trascendía las diferencias ideológicas imperantes hasta el momento. El 81% de los españoles, según la encuestadora Metroscopia, apoyaba las razones del movimiento de los indignados, que fue el colofón de un proceso de desconexión entre políticos y ciudadanía que había pasado del «No nos falléis» frente a la sede del PSOE de Ferraz a un «No nos representan» expresado en todas las plazas de España. Un movimiento impugnatorio apoyado por una amplia mayoría de españoles que exigía más democracia, más poder para el pueblo y más justicia social sin atender a otras razones ideológicas, partidistas o históricas. Por primera vez, se alumbraba la posibilidad de un cambio radical en nuestro país.

Diez años después y tras otra gran recesión de características muy distintas, ese gran consenso popular que alumbró el 15M se ha debilitado. Durante esta larga década que separa los dos momentos,

a pesar de haber incorporado muchas demandas y formas nacidas en aquellas plazas, se ha dado una vuelta a las coordenadas habituales de la política española. La confrontación política dejó de ser contra el «sistema» o contra una «élite», sino contra el bando contrario; la izquierda y la derecha han vuelto a ser categorías útiles para situarse en el debate público y, al mismo tiempo, la sensación de polarización y de confrontación entre proyectos radicalizados es mayor que nunca.

Toda identidad se construye siempre de manera relacional, es decir, en relación con el resto de discursos e identidades que existen en ese momento con las que poder compararse. Precisamente por eso, hoy en día podría parecer que la confrontación política está más radicalizada que nunca y que los proyectos de país que están en liza nunca habían estado tan polarizados ni pidiendo cambios tan radicales. Sin embargo, esta sensación tiene más de espejismo que de realidad, puesto que los objetivos que se plantean hoy no son más radicales o desafiantes respecto al statu quo que los que se plantearon hace diez años durante el 15M. Simplemente se han radicalizado los conceptos, las palabras y las formas que se usan en esa disputa política. A saber, una radicalización comunicativa que permanece en el campo de lo semántico y dibuja en una polarización que difícilmente podrá trascender sus mitades respectivas y que, por lo tanto, difícilmente podrá aglutinar transformaciones desde lo popular.

Este capítulo aborda uno de los grandes mitos que a menudo lastra la sed de cambio de nuestra sociedad ofreciéndole una pretendida radicalidad que no es más que una rueda de hámster que gira muy rápido y no va a ninguna parte. En este sentido, partimos de la hipótesis de que la radicalidad no tiene que ver con quien más grita, más se enfada, o quién usa palabras más gruesas (a pesar de que se vea premiado mediáticamente), sino con el alcance de las transformaciones que se plantean y la amplitud del sujeto popular al que se consigue interpelar.

Para estudiarlo, a lo largo de las siguientes páginas hemos tratado de establecer una comparativa entre los ejes de antagonismo del discurso del 15M y los que, a nuestro juicio, se presentan como mayoritarios en el discurso público y político en la actualidad. De

este modo, analizaremos cuál es la construcción discursiva del ellos y del nosotros que ha sido capaz de dibujar cada período de nuestra agitada historia reciente para así ahondar en su radicalidad a la hora de plantear transformaciones en el estado de las cosas y medir su efectividad.

2. La larga crisis de representación: pero ¿por qué «no nos representan»?

Si hay algún grito que resume la impugnación que lanzó el 15M ése es el de «no nos representan». Un lema que respondía con contundencia a la crisis de legitimidad de nuestras instituciones y que fue utilizado por una parte del sistema mediático para tachar al movimiento de «antisistema» o «antipolítico». El mensaje era claro: los centros de decisión estaban fuera de nuestro alcance y eso conducía a asumir masivamente la necesidad de desbordar el marco democrático de la Transición que en ese momento se presentaba como una mera cáscara vacía.

El 15M fue, en ese sentido, un terremoto que hizo aflorar y desaparecer nuevos personajes de la escena política como si de un serial de acción se tratara. Diez años después, contamos con el Congreso con más partidos de nuestra historia democrática reciente y, sin embargo, la desafección con la clase política nunca había sido tan alta. Según el CIS, en diciembre de 2019, el 49,5% de las personas consultadas consideraban a «los políticos» como uno de los principales problemas del país, mientras que en mayo de 2011 esa misma cifra se situaba en apenas un 22,1%. Para entonces, la preocupación ciudadana se centraba en la crisis económica y el paro, demostrando así que lo más relevante en política acaba siendo siempre la construcción discursiva particular en la que se inscriben las demandas y no su literalidad.

De este modo, mientras que el 15M condensó el antagonismo de un sujeto amplísimo de ciudadanía en «los políticos y los banqueros», hoy la opinión mediática responde a la crisis de representación achacando todos los males de nuestro sistema político a la

«polarización». Un eje que se construye sobre el supuesto de unos «políticos irresponsables» que no estarían a la altura de las circunstancias y que ha ganado centralidad en la tribuna del Congreso donde los diferentes partidos se acusan unos a otros de causar la famosa «crispación».

Los ejemplos de la primacía de dicho discurso son múltiples y van desde las editoriales diarias de Ángels Barceló afirmando machaconamente que «este país ya no soporta más crispación» hasta las súplicas de la Presidenta del Congreso de los Diputados, Meritxell Batet, quien durante la celebración del aniversario de la Constitución lanzaba un mensaje a la cámara diciendo que «la política no consiste en un enfrentamiento constante e incondicional».

El contenido de dichas «broncas» merece la pena ser citado a la hora de comparar cuáles eran los ejes que definieron el campo político a partir de 2011. Hubo un tiempo en el que los momentos de más tensión en el Congreso giraban en torno a cuestiones como la corrupción o la crítica a las élites. Sin embargo, más allá de los debates que ha traído la gestión de la pandemia, lo cierto es que las disputas más polémicas que ha protagonizado nuestro parlamento durante el último año han tenido que ver con el recrudecimiento del eje izquierda/derecha, provocado, en gran parte, por la entrada de Vox y el uso de su terminología altamente ideologizada que ha conseguido desplazar el terreno de juego de la arena política.

«Gobierno socialcomunista», «consenso» o «dictadura progre» son significantes que han provocado como respuesta agrios debates en relación al fascismo, la unidad del «bloque progresista» o la posibilidad de la repetición de un golpe de Estado en España. Asimismo, la extrema derecha ha conseguido volver a colocar en el foco de la opinión pública en cuestiones como la migración, que las contestaciones a la crisis de 2008 consiguieron neutralizar gracias a consignas quincemayistas como «roban los bancos, no los inmigrantes», o «el enemigo no viene en patera, viene en limusina».

Esta radicalización del discurso entre la izquierda y la derecha no ha venido acompañada, sin embargo, de una radicalidad en la agenda política en cuestiones como, por ejemplo, la democratización económica. Un ejemplo paradigmático ha sido el

olvido sistemático de las grandes fortunas a la hora de establecer los responsables y las víctimas de la crisis derivada de la COVID-19. Dichos bloques han tenido más que ver con las recriminaciones cruzadas de irresponsabilidad entre oposición y Gobierno que con señalar, por ejemplo, a los más de 11.000 nuevos millonarios que, según el Informe Mundial de la Riqueza, España sumó a la lista de grandes fortunas en 2019.

Por el contrario, 2011 fue el momento en el que la agenda ciudadana consiguió establecer la causalidad de la situación económica que estábamos viviendo en la banca y las élites económicas a las que los principales partidos e instituciones, simplemente, se habrían sometido. Dicha lógica permitía establecer un horizonte de soluciones que pasaban, fundamentalmente, por la democratización del poder económico y de un poder político que había llegado a tener intereses indistinguibles del primero, mientras que, por ejemplo, la única exigencia posible a partir de la omnipresente «polarización» es «el acuerdo» o, en el peor de los casos, un clima antipolítico que nos retrotrae a los tiempos en los que el autoritarismo tecnocrático se nos presentaba como el antídoto a todos nuestros males.

3. Lo que fuimos y lo que somos

Llegados a este punto, sería fácil asumir una posición determinista según la cual se habrían dibujado dos campos posibles de lo social: «la ciudadanía contra los políticos» o «la izquierda contra la derecha». Sin embargo, hay indicios que nos invitan a pensar que no solamente los ejes discursivos disponibles son «menos ambiciosos» en términos de transformación democrática y económica, sino que, sencillamente, se están demostrando poco efectivos a la hora de ofrecer una explicación convincente al acontecimiento traumático de la pandemia en forma de atribución de responsabilidades.

En cualquier deporte colectivo es tan importante jugar bien los

partidos como construir buenos equipos que sean capaces de desempeñar una buena labor a la hora de batirse con el equipo adversario. En política ocurre exactamente lo mismo. Son tan importantes las batallas concretas que se dan en el terreno electoral o mediático como la construcción de los bandos e identidades políticas que tomarán parte en esa batalla. Estos sujetos no son fotos fijas ni tampoco traducciones literales de la realidad sino que son construidos políticamente y siempre están en continua disputa.

Actualmente, uno de los elementos que evidencia con más fuerza la precariedad con la que se están dibujando dichos bandos enfrentados es la proliferación de las teorías de la conspiración. En julio de 2020, una encuesta elaborada por la Universidad de Cambridge afirmaba que entre el 33% y 37% de las personas consultadas en España creía en la teoría de que la COVID-19 fue fabricado en un laboratorio de Wuhan. Una cifra diez puntos por encima de, por ejemplo, Reino Unido y Estados Unidos. En la misma línea, hemos visto también cómo se disparaba la audiencia de los gurús de dichas teorías como Iker Jiménez. Un hecho que le ha llevado, incluso, a dar el salto a una de las principales cadenas estatales de nuestro país.

Por el contrario, la posibilidad que el 15M ofreció a España de trascender sus sujetos políticos clásicos fue, como hemos dicho en la introducción, una propuesta que construyó una mayoría sólida cuyos atributos y demandas no pudieron ser obviadas por más tiempo. En este sentido, fue factible que por un período de nuestra historia se consiguiera trascender el molde de «las dos Españas» y del eje izquierda-derecha inaugurando así un nuevo sujeto transversal y de dimensiones completamente novedosas para el país. No se trataba, entonces, de trabajar en el interior de las identidades ya existentes mejorando sus discursos clásicos con palabras novedosas. Se trataba de ir más allá y de situar en el centro del debate al pueblo español como sujeto político colectivo maltratado por las élites económicas y políticas con un horizonte emancipador como fondo.

La naturaleza de este nuevo sujeto político popular era, por definición, abstracta y difícilmente delimitable. ¿Dónde empezaba ese pueblo? ¿Dónde terminaba? ¿Tenía algún objetivo claro y

alcanzable más allá de un vago «no les votes» y «no nos representan»? Probablemente ninguna de estas preguntas se podría contestar con claridad, pero precisamente en esa indeterminación y esa vaguedad declarativa se encontraba la posibilidad de trascender los ejes de conflicto habituales y de lograr un sujeto popular apoyado por una amplia mayoría de españoles. Por supuesto, es más fácil prometer lo imposible, porque escapa a toda verificación y crítica, que lo posible, porque en cualquier momento puede ser comprobado. Sin embargo, es un hecho que la ambición y las posibilidades de éxito se demostraron mucho más efectivas a partir de dicha conjugación suave y abstracta que con la actual dura y polarizada.

4. Conclusión: más radicales, más transversales

La gran novedad del 15M fue su capacidad de construir un gran consenso en una sociedad históricamente polarizada. Logró definir nuevos actores y antagonismos, disputar nuevos conceptos, instalar nuevas demandas y señalar a nuevos culpables. Consiguió que la disputa política trascendiera la histórica frontera de la izquierda y derecha para que, por primera vez, los antagonistas no estuviesen enfrente, sino encima. Partiendo de dicho eje de antagonismo, el movimiento ciudadano más importante de nuestra historia reciente consiguió plantear demandas que apostaban por un cambio radical del statu quo a partir de significantes universales como los de justicia, democracia y redistribución. En este sentido, el mayor logro de dicha agenda ciudadana fue que sus objetivos llegaron a ser compartidos por un amplio espectro de la población española independientemente de su posicionamiento político previo.

Diez años después, queda claro que el 15M dejó un poso irrenunciable que moldeó para siempre nuestro país. No obstante, tal y como hemos desarrollado a lo largo del artículo, podemos decir que la política española ha vuelto a sus coordenadas habituales. Con el fin de analizar este cambio de ejes, hemos querido comparar cuáles fueron los nuevos sujetos y antagonismos

surgidos en 2011 con los que parecen haber ganado la primacía discursiva en la España de 2020. Así, hemos llegado a la conclusión de que mientras el movimiento surgido en las plazas hace ya un década consiguió conjugar la crisis de la clase política a través de proclamas que apelaban a un sujeto amplio del pueblo contra una dirigencia política que había mimetizado sus intereses con la élite económica, la pandemia en nuestro país deja un escenario en el que la crisis de representación es nombrada desde la crítica a su «polarización», cuyo contenido se formula a través de una radicalización del discurso entre derechas e izquierdas. Un discurso que tiene como consecuencia dos posibles posiciones identitarias en el campo social: por un lado, la antipolítica, y, por el otro, la ubicación en una de las mitades ideologizadas de la sociedad.

Asimismo, hemos querido incidir en la falta de efectividad de dichos marcos discursivos que, al contrario que el 15M, no han conseguido establecerse como hegemónicos a la hora de señalar a los culpables y protagonistas del acontecimiento de la pandemia, dejando un espacio muy amplio para la proliferación de las teorías de la conspiración. Eso nos ha llevado a afirmar que, pese al recrudecimiento de la batalla partidista que parecería moverse a gran velocidad, lo cierto es que dicho enfrentamiento se estaría moviendo más en un plano nominal que real. En este sentido, mientras que el 15M consiguió que las principales demandas de la sociedad española se articularan a través de propuestas que exigían una mayor democratización política y económica, hoy, estas mismas élites son las grandes olvidadas del debate.

Es pronto para augurar si la agenda ciudadana será capaz de desbordar los encuadres y relatos vigentes. Más allá del hito que representaron los aplausos en los balcones durante el confinamiento, lo cierto es que si algún sentimiento recorre nuestros pueblos y nuestros barrios es el del malestar vivido, hasta el momento, de forma privada. Lo que sí sabemos es que la distancia entre representantes y representados no ha hecho más que aumentar y que, por lo tanto, los cimientos de la legitimidad de nuestra ordenación social siguen sin haberse solidificado a diez años vista del movimiento que supo construir en nuestro país los principales horizontes de posibilidad un ciclo político que hoy parece haber llegado a su fin.

Bibliografía

Entman, Robert (1993): “Framing: toward clarification of a fractured paradigm”, Journal of Communication, núm. 43, vol. 4, pp. 51-58.

Gil Calvo, E. (2016): “El nuevo triángulo retórico: relato, encuadre y acontecimiento”, en VVAA, Ciencia y política, una aventura vital. Libro homenaje a Ramón Cotarelo, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 659-673.

Laclau, E. (2005): La razón populista, FCE, Buenos Aires.

McCombs, Maxwell (2004). Setting The Agenda: The Mass Media And Public Opinion. England, Polity Press. Cambridge.

Mouffe, Ch. y Laclau, E. (1987): Hegemonía y estrategia socialista, Siglo XXI, Madrid.

Pérez, N. (2013). El lenguaje político del 15-M : hacia una nueva retórica de la indignación. Revista de la Asociación Española de Semiótica. Recuperado de: http://revistas.uned.es/index.php/signa

---

55. Universidad Complutense de Madrid.

Nueva estructura de flujos de información: el 15M como epifenómeno de la transición digital

Raúl Rojas-Andrés y Miguel Álvarez-Peralta

Introducción

El movimiento social iniciado el 15 de mayo de 2011 supuso una convulsión social, política y mediática en nuestro país, síntoma y causa al mismo tiempo de grandes cambios discursivos y estructurales en la esfera pública en España, y en concreto de la estructura de flujos de información a raíz de la revolución digital.

Una forma útil y pedagógica de abordar conceptualmente esa transformación consiste en recuperar el conocido Modelo de Propaganda (a partir de ahora, MP), el clásico modelo teórico propuesto por Edward S. Herman y Noam Chomsky en su famosa obra Manufacturing Consent (1988) para explicar los sesgos informativos que se producen en el sistema de medios de información en las sociedades de capitalismo avanzado. El MP se aplica en especial a los grandes medios corporativos. Durante décadas, este modelo y sus derivaciones han servido a los

movimientos sociales para explicar el funcionamiento de los medios de masas, pero la revolución digital de internet y la telefonía inteligente han modificado profundamente el terreno. El MP invita a pensar la comunicación masiva a partir de cinco filtros, que operarían en la selección y difusión sesgada de informaciones. Éstos son: 1) las líneas editoriales no entrarán en contradicción con los intereses de los dueños de los medios ni sus socios; 2) tampoco podrán acatar sistemáticamente los intereses de anunciadores que financian los medios comprando espacios de publicidad; 3) la información es filtrada también por grandes agencias informativas globales, principal fuente informativa; 4) la presión directa e indirecta desde poderes fácticos hacia redacciones y periodistas, a través de dinámicas de premio/castigo, constituye otro filtro eficaz; y 5) la ideología dominante y la cultura de la seguridad nacional también rige los procesos de selección y elaboración de información (por ejemplo, el anticomunismo durante la Guerra Fría, o la guerra contra el terrorismo en tiempos más recientes, etcétera).

Este modelo sigue siendo referencia para entender los flujos de información.[57] Sin embargo, en el cambio de milenio, una serie de factores va a alterar dichas dinámicas a nivel global, y en España en particular. El 15M y su afinidad electiva con las redes sociales, especialmente con Twitter, son uno de los principales.

Cambios en el modelo tradicional: la operación de los filtros mediáticos en el 15M

La metáfora del filtro empleada por el MP ya ha sido cuestionada por Corner (2003: 370) y otros autores. Hablar de filtros invita a pensar en la información como sustancia preexistente, una materia heterogénea «en bruto» que puede ser cribada y depurada. Aquellas partes que puedan dañar intereses de los poderes políticos o económicos, o vayan en contra de la ideología dominante, serían sistemáticamente retenidas en los filtros y rara vez llegarán al gran público salvo en cantidades despreciables, inocuas. Sin embargo, durante el 15M vimos cómo, pasadas las semanas iniciales de

silencio mediático, se rompió el cerco y durante meses las acampadas ocuparon cientos de portadas y telediarios con sus críticas a los poderes fácticos, incluidos los medios. ¿En qué falló el filtro?

Si bien toda metáfora tiene sus limitaciones, una enorme cantidad de evidencia avala la tendencia descrita por la metáfora del filtro. La pregunta es en qué contextos sociohistóricos esa metáfora es adecuada; hasta qué punto tales contextos han cambiado; por qué lo han hecho; cuándo el filtro falla, y en qué situación nos encontramos ahora.

La imagen del filtro implica una idea de censura previa, algo que, en efecto, se produce tanto en dictaduras, como en la figura clásica del gatekeeper, profesional cualificado que tomaría la decisión de qué se publica o no en cada medio en función de criterios deontológicos. Otros modelos más sutiles y elaborados explican hoy con más precisión el funcionamiento de la redacción, donde ya no existe la figura del gatekeeper, y explicarían el intento de silencio mediático inicial ante el 15M (Peña Ascacíbar, 2018: 414-416). El proceso de producción informativa hoy no requiere de censores ni revisores para reproducir la línea editorial decidida por los dueños del medio. La profesión periodística interioriza y naturaliza esos límites como parte de su proceso de formación, si bien de manera contradictoria y en permanente tensión, y como bien explica el periodista y sociólogo García Tojar (2003) a partir de la sociología goffmaniana de las instituciones. La autocensura es más potente que cualquier censura externa, pero además genera procesos y estructuras diferentes en los que la idea de filtro ya no es necesaria, y más que a una ideología social respondería a un habitus profesional.

En general, no llega a producirse en los medios ningún corpus de noticias «en bruto» que filtrar. No hubo decenas de noticias sobre el 15M que fueran retiradas de sus medios. Sencillamente, en los primeros días de acampada, los periodistas trataron el fenómeno como una manifestación más, reservando al movimiento una pequeña sección en páginas de interior. El sesgo informativo era anterior, se produce en el propio proceso del newsmaking, antes incluso de la investigación-documentación. La censura desapareció

camuflada en la propia concepción de eventos y actores noticiables, en cómo se da forma al continuo caótico de la realidad para que encaje en unidades discursivas informacionales, titulares, portadas, columnas, gráficas, enlaces de hipertexto, videoclips, etcétera. El sesgo es envolvente, no depende de un filtro (que es sólo una abstracción teórica) sino de todo el ecosistema. Lo que diferenció al 15M es que vino de la mano de una generación que ya se movía en un ecosistema nuevo y diferente, aunque el grueso de la sociedad aún no lo hacía. ¿Cómo se lograron ampliar las primeras convocatorias y visibilizar la represión inicial? Mediante fotos y vídeos viralizados en hashtags de Twitter. El 15M saltó los filtros haciendo su propia cobertura audiovisual, descentralizada y en tiempo real. Algo parecido a lo que ocurrió en la Primavera Árabe, o la Kitchenware Revolution islandesa. Y funcionó. Pero hay más.

Una década de cambios acumulados en el sistema de medios

Según las habituales visiones críticas de los medios de masas, basadas en el MP, si algunas informaciones que contradicen los intereses del poder económico o político «escapan» al sistema de filtros, lo harán de manera excepcional y temporal, no sistemática, y en espacios de escasa visibilidad. Diferentes instancias se encargarán de apartar dichas informaciones y a sus emisores de los flujos de información centrales, acallando la información crítica. En efecto, podemos decir que en general así ha sido también en el sistema informativo español. Sin embargo, a partir de 2008 se observan fenómenos no ajustados a esa «ley»; la crisis económica y financiera supuso un punto de inflexión a partir del cual se producirán una sucesión de eventos que alterarán dicho equilibrio.

La primera hipótesis para el pleno rendimiento del modelo clásico, según los propios Herman y Chomsky, es el consenso entre élites: «Si hay consenso entre élites políticas y económicas en un asunto particular, los medios tenderán a reflejarlo». El caso español es, de por sí, particular, donde por ejemplo las élites nacionalistas de Cataluña y País Vasco manifiestan intereses opuestos a las de

Madrid. Esas tensiones son menos reactivas en estadios de relativa estabilidad y hegemonía política, como es el ciclo español 1978-2008, inaugurado por los consensos de la Transición (sumado al ciclo occidental inaugurado por el neoliberalismo de Thatcher-Reagan). Las tensiones se agudizan, sin embargo, cuando esas élites ven su posición o su tasa de beneficios amenazada, y esos disensos abren líneas de fuga a visiones críticas de cada élite adversaria.

La sensación de incertidumbre y amenaza de las pequeñas élites nacionales se ha visto potenciada por la digitalización. Por ejemplo, cuando sintieron que se amenazaba su modelo de negocio, la patronal de la prensa española (AEDE) presionó al Gobierno para que impusiera a Google un impuesto por enlazar sus contenidos. Cuando el Gobierno impuso el llamado «Canon AEDE» o «Tasa Google», el gigante digital anunció que abandonaba el país, retirando su servicio Google News de España.[58] La equiparación fiscal de Netflix con las industrias audiovisuales europeas es otro ejemplo. Crisis económica y transición digital se solapan dando lugar a una disputa entre corporaciones por las cuotas de nuevos y viejos mercados y presionando, para ello, sobre instancias reguladoras nacionales e internacionales.

Si las grandes corporaciones y patronales mediáticas nacionales (como AMI, AEEPP, UTECA, AEPG, AERC, ARI, FAPE, etcétera) o el empresariado nacionalista catalán y vasco, por ejemplo, necesitan presionar al Gobierno central para que los proteja frente a industrias emergentes u oligopolios globales que amenazan su negocio, una de las herramientas de lobby más potentes será precisamente amenazar los intereses de la clase política exponiendo su escándalos de corrupción o dando visibilidad a la oposición política. La esfera pública española ha conocido numerosos ejemplos de ello, sobre todo a partir de la contracción de la economía nacional y el endeudamiento generalizado tras la crisis de 2008, de los cuales podemos destacar el programa Salvados del periodista Jordi Évole. Salvados empezó en 2008, en plena crisis, y ya en su primera temporada arrancó atacando a instituciones como el bipartidismo, el fútbol o la tauromaquia y sufrió fuertes presiones (el cuarto filtro del Modelo de Propaganda) por atacar a las estructuras de poder de la iglesia católica y del Opus Dei en España. Grandes corporaciones como El Corte Inglés, Heineken o Seguros

Ocaso retiraron públicamente su publicidad del programa, ofreciendo un ejemplo de operación del quinto y segundo filtros.

Pero lejos de retirar o enviar el programa a un horario marginal, como deberíamos esperar a partir del modelo clásico, el programa incrementó su presupuesto y perfil periodístico (en un inicio, se basaba más en el humor), y se movió a horarios de máxima audiencia, investigando temas cada vez más dañinos para las élites económicas y políticas y visibilizando conflictos y actores sociales silenciados. Durante once años en antena ha destapado escándalos y lados oscuros de grandes poderes políticos, religiosos, comerciales y mediáticos de nuestro país, y ha dado voz a personajes demonizados y silenciados por la esfera pública española. ¿No operaban aquí los filtros? ¿O existen una suerte de contrafiltros de creciente eficacia? ¿Acaso sería éste parte del caldo de cultivo que permite explicar la eclosión del 15M?

Años después de Évole, otra figura crítica pasaría a tener cotas de protagonismo en el star-system mediático improbables en la situación previa al 2008 y, especialmente, previa al 15M. Pablo Iglesias, un dirigente político comunista y anticapitalista, activista contra la globalización neoliberal de los años noventa, pasó a ser tertuliano habitual en espacios mass-mediáticos de máxima audiencia, sin alterar significativamente su discurso ni su matriz ideológica u objetivos políticos, proceso en el cual, el apoyo en internet también jugó un papel clave (Iglesias, 2015). En el año 2013, anunció en directo que crearía un partido para presentarse a las elecciones, y siguió participando en tertulias televisivas cada semana, en prime-time, disparando niveles de audiencia en todas las cadenas con sus críticas frontales y documentadas a lo que él llamaba el «Régimen del 78» (sistema bipartidista de monarquía parlamentaria) y «la casta corrupta» o «la mafia» [sic], que gobernaba el país. Cinco meses después crearía el partido Podemos, a día de hoy en la vicepresidencia. ¿Falló aquí el sistema de filtros? ¿O acaso vivimos ya en otro ecosistema mediático más permeable?

En figuras cómo Évole e Iglesias podemos ver síntomas del clima de opinión, pero también del nuevo ecosistema mediático que permitió y fue aprovechado por el 15M. Como ilustró McLuhan, toda nueva tecnología conlleva un impacto ideológico capaz de generar un

cambio antropológico significativo («el medio es el mensaje»), y la emergencia de internet y la conexión móvil permanente han sido un ejemplo privilegiado.

15M: la cristalización de un nuevo modelo de esfera pública

Desde 2008, los recortes presupuestarios habían provocado cierta movilización social que en ocasiones sufrió represión por parte de las fuerzas policiales. Sin embargo, la movilización y descontento crecientes no lograban alterar el carácter de las políticas de austeridad. El 15M, una movilización reprimida más, pero visibilizada en directo a través de Twitter gracias a su componente muy juvenil y ajena a las estructuras de partido y sindicato tradicionales, produjo un salto cualitativo en el carácter de las protestas. Los medios de masas, especialmente la prensa, trataron en un primer momento de invisibilizar y después desacreditar el movimiento (Peña Ascacíbar, 2018: 414-416). El movimiento logró superar ese cerco mediático conquistando una visibilidad paralela en la vía pública y en las incipientes redes sociales. Su impacto desató a medio plazo el progresivo hundimiento en votos del sistema político bipartidista. Fruto de esa caída, emergieron hasta tres nuevas fuerzas políticas a nivel nacional: Podemos, Ciudadanos y Vox. Ese nivel de movilización social, la fragmentación del tablero político y la emergencia de nuevos partidos exteriores al consenso debe ser considerada como un contrafactor capaz de alterar en sí mismo el funcionamiento «normal», en tiempos de consenso, de la esfera pública e informativa habitualmente pensada a través del MP.

Pero la alteración del tablero parlamentario no fue la única consecuencia de esa movilización ciudadana. El informe Oxford-Reuters de 2015 daba cuenta de cómo se había hundido la reputación y credibilidad de los medios de información en España (Newman, 2015), donde la opinión pública se había distanciado significativamente de la opinión publicada. Pese a que el 15M había sido invisibilizado y denostado en la prensa, alcanzó niveles de

apoyo social de hasta el 81% de la población (Havas Media, 2011: 2), según sondeos oficiales.

Algo parecido ocurrió con Podemos como fuerza partidista discursivamente confrontada con el establishment. La prensa mayoritaria, en plena crisis de credibilidad, como hemos visto, restó importancia a su aparición y pronosticó entre tres y cinco veces menos escaños de los que obtuvo en la primera ocasión que se presentó a las elecciones. Dicha crisis de reputación mediática constituye otro contrafactor de nuevo cuño: no logra la misma eficacia una industria de la opinión que goza de credibilidad que cuando ya ha perdido la estima social.

Ambos contrafactores están relacionados, del mismo modo que lo están los diferentes filtros del MP clásico. Si bajo ciertas circunstancias la concentración de propiedad (filtro 1) podría agudizar la eficacia del control ideológico (filtro 5) o de las presiones externas (filtro 4) al reducir el número de actores significativos en el tejido mediático, o podría agravar la dependencia informativa respecto de anunciantes y fuentes (filtros 2 y 3), algo similar ocurre en el actual situación de incertidumbre y crisis global: si, además del disenso entre élites empresariales cuyo negocio se ve amenazado y de las élites políticas que se ven presionadas para defender diversas industrias a un mismo tiempo, aparece un fuerte descontento ciudadano que logra traducción parlamentaria, o da lugar a un hundimiento de la credibilidad de los medios, estos factores se retroalimentan mutuamente unos a otros. Así, la esfera pública del siglo xxi es mucho más fragmentaria y tensa que la de finales del siglo pasado, y el 15M no fue sino una medida precisa de una potencia nueva que hemos visto antes y volveremos a ver en adelante. Pero no sólo este tipo de estallidos sociales espontáneos recurrentes forman parte del nuevo panorama.

En este escenario, agentes contrahegemónicos del star-system mediático ven ampliada su agencia y radio de acción al estar en disposición de atender la demanda de contenidos diferentes, transgresores, un sector de mercado por fidelizar y un sector de las élites dispuesto a atenderlo por interés comercial o como medida de presión a otras élites industriales o políticas.

Los mencionados contrafactores, que fomentan aperturas del

discurso mediático en un sentido contrahegemónico, se ven además potenciadas por otro factor emergente decisivo: la aparición de las redes sociales digitales con su propio star-system digital (youtubers, bloggers o las conocidas como tuitstars, que logran un considerable impacto en la red), dando voz a descontentos sociales y problemáticas invisibilizadas en los medios convencionales, aunque sólo fuese por una necesidad de mercado, de búsqueda de nuevas audiencias y nichos.

Las redes sociales digitales y su papel transformador

Mucho se ha escrito sobre el papel de internet y las redes sociales en la esfera pública contemporánea y, en específico, sobre cómo afectan al MP (Mullen, 2009; Fuchs, 2014, 2018; Goss, 2013). Los propios Herman y Chomsky acertaron en señalar la manera en que internet y las redes sociales refuerzan el funcionamiento de algunos de los filtros al fomentar estructuras de propiedad hiperconcentrada (incluso monopolios globales) cuyo modelo de negocio se basa únicamente en la publicidad, y que funcionan en base a algoritmos opacos.

Sin embargo, y sin llegar a caer en el tecnooptimismo, también es importante recoger los vectores de participación que, de manera restringida y contradictoria, han abierto estas nuevas tecnologías, cortocircuitando ciertas prácticas habituales del MP. Si por un lado empresas como Facebook o Twitter implican una concentración de propiedad sin precedentes, también es cierto que han logrado sus audiencias globales gracias a ofrecer un espacio interactivo donde los usuarios tienen mayor participación en la producción y circulación de contenidos que en los medios de masas convencionales. Incluso a pesar de los sesgos creados por algoritmos opacos.

En este sentido, la traslación del primer y segundo filtros a las redes sociales no es inmediata ni aproblemática. En la comunicación broadcast tradicional (radio, prensa y televisión), unidireccional y

centralizada, la manera en que los dueños o anunciantes de un medio podían exigir a sus gestores el filtrado de contenidos era muy directa, hay muchos testimonios de ello. Ahora bien, en una red multidireccional punto a punto como es Facebook, Twitter o Youtube, cuyo modelo de negocio se ve amenazado de obsolescencia cada vez que pierde usuarios, no está claro cómo los dueños pueden transmitir a los prosumidores o redifusores de información sus criterios y los de sus anunciantes, más allá de la censura directa de ciertos contenidos (que amenaza con expulsar usuarios a otras redes) o la visibilidad que los algoritmos les otorgan.

En efecto, los algoritmos opacos pueden favorecer la visibilidad de unos u otros mensajes, y el efecto a largo plazo de esa selección puede ser demoledor (Pariser, 2011), y también vemos censura explícita contra desnudos, violencia o noticias falsas. Pero ningún algoritmo impide que los usuarios consulten los contenidos informativos emitidos por figuras contrahegemónicas representativas (incluyendo vídeo en directo) en momentos de crisis o incertidumbre y los redifundan, dando lugar a fenómenos de viralización. Prueba de ello es que ha sido la propia red Twitter la que ha optado por cerrar explícitamente la cuenta de Trump (el algoritmo no bastaba para minimizar su efecto) durante el reciente asalto al Capitolio de los Estados Unidos. Hemos visto el poder de la viralización en todas las protestas masivas recientes, pero ésta era una situación impensable en anteriores sistemas de televisión, prensa y radio analógica. El rol que estas redes jugaron en la convocatoria y organización del 15M, así como de otros movimientos similares (Primera Árabe, Occupy, la Kitchenware Revolution de Islandia o los gilets jaunes de Francia) dan buena cuenta de ello. Esta posibilidad no constituye en sí misma ninguna garantía de democratización de la esfera pública, pero introduce un contrafactor que retroalimenta los ya vistos, y que pueden ser convenientemente explotados por movimientos sociopolíticos transformadores. El 15M no sólo fue un efecto más, ejerció como potente propagador de esta nueva potencia, dando lugar a fenómenos globales como el movimiento Occupy y tantos otros que readaptaron sus mismas prácticas y repertorios de protesta, físicas y virtuales.

Los algoritmos pueden penalizar discursos y figuras contrahegemónicas para que apenas aparezcan en los timelines y búsquedas que hacen los usuarios. Si así lo estuvieran haciendo, no parece que tengan mucho éxito a juzgar por la cantidad de contraejemplos que podemos encontrar. Al momento de escritura de este capítulo, Jordi Évole tiene en su cuenta personal de Twitter más seguidores que cualquier canal de televisión o político español. El portavoz del Partido Comunista en España y ministro de Consumo, Alberto Garzón, tiene más seguidores que los dos principales partidos políticos y sólo 400.000 menos que el presidente del Gobierno (al que superaba antes de que fuera presidente). El líder de la izquierda, Pablo Iglesias, sobrepasa al Presidente y a todos los informativos más vistos de la televisión. Si se trata de invisibilizar discursos críticos, Twitter no lo está haciendo muy bien, por el momento. Uno de los criterios algorítmicos que Facebook hizo públicos, fácilmente comprobable y denunciado por Reporteros Sin Fronteras y los principales periódicos globales,[59] es la decisión de primar las publicaciones de personas por encima de las de los medios de comunicación en la red, asegurando que esto maximizaba el tiempo de conexión, lo cual no camina precisamente en el sentido de fortalecer el poder de los grandes medios corporativos, como prevé el modelo clásico de esfera informativa (Goss, 2013; Mullen, 2009). En este sentido, las redes sociales abren importantes frentes de disenso con los medios broadcast tradicionales.

Respecto a la presión de los anunciantes, Facebook publicó en 2016[60] que la mayoría de sus anunciantes eran pequeñas y medianas empresas que aportan la mayor parte de sus beneficios y que habían crecido un 50% en el último año. En un mercado publicitario global y fragmentario, la presión que una o varias corporaciones puedan hacer es menor de la que sufrían los medios tradicionales a escala nacional, donde además la publicidad quedaba vinculada a espacios programáticos concretos. Pese a que varios anunciantes cerraron su página Facebook y afirmaron retirar publicidad tras el escándalo de Cambridge Analytica, la empresa declaró crecientes ingresos por publicidad y número de anunciantes. EL filtro de la presión de los anunciantes tampoco se ha fortalecido.

Según datos de eMarketer, en 2016, la inversión publicitaria vía internet en Estados Unidos sobrepasó por primera vez a la inversión en televisión, y en 2017 ocurrió lo mismo a escala global. Pero dado que la microsegmentación aumenta la eficiencia y permite tarifas más progresivas, esa inversión es más accesible a multitud de pequeñas empresas, por lo que es mucho más fragmentada y menos concentrada que en los medios convencionales, reduciendo la capacidad de presión de cada anunciante individual sobre el medio o los productores de contenidos.

A modo de conclusión

Como ha sido numerosas veces analizado, el 15M fue un movimiento convocado, organizado y amplificado gracias a las redes sociales, en particular a través de Twitter (Peña-López, Congosto y Aragón, 2014; Gil y Guilleumas, 2017; Linares-Lanzman y Pérez-Altable, 2015) y tuvo un papel clave en el establecimiento de las redes sociales como herramientas de construcción sociopolítica. Esto tuvo importantes repercusiones en la producción informativa:

[El 15M] consistía en el uso sistemático de las redes sociales y en especial de Twitter. Los acontecimientos más relevantes se podían seguir, incluso casi en exclusiva, a través de Twitter. Esto obligó a los periodistas a utilizar este medio para acceder directamente a las tendencias generadas por el 15M y, en particular, a los recursos generados por algunos usuarios, los cuales otorgaban amplitud y profundidad a la noticia, convirtiéndose estos usuarios incluso en la única fuente informativa disponible desde las redacciones. […] periodistas y usuarios de medios sociales como Twitter, compart[e]n, en ciertas circunstancias, algunas tareas que vienen siendo tradicionales más bien de la industria periodística. Se produce una hibridación de funciones, que se ejerce en cuanto al acceso y la observación de lo que es noticioso» (Linares-Lanzman y

Pérez-Altable, 2015: 69).

El 15M supone, de esta manera, una cristalización de una serie de factores que hemos ido analizando: (1) descontento ciudadano, (2) movilización ciudadana, (3) discurso crítico, contrahegemónico e impugnador, (4) redes sociales. Todo ello decanta en un modo organizativo que, en lugar de unidireccional y centralizado, fue multifocal y disgregado, no sólo en cuanto a movilización socio-política sino también en cuanto a la producción y flujo de la información. Por usar un símil, el 15M es, políticamente, una plataforma peer-to-peer (o rizomática, en términos deleuzianos), frente a la estructura centro-periferia de los partidos modernos. No supone sólo el inicio de un nuevo ciclo político, la creación de nuevos partidos, la ruptura del bipartidismo o la repolitización de la vida cotidiana, la traducción en clave progresista del descontento desencadenado por la crisis de 2008. Supone también la visibilización del nuevo tipo de esfera pública regido por lógicas de producción y flujo distintas, basadas en la economía de la atención y no en la postindustrial de finales del siglo pasado, que determinan un modelo informativo diferente al que durante décadas ha sido la norma. El 15M es la precipitación y cristalización de factores que durante años venían tomando forma, del mismo modo que fenómenos posteriores como Podemos o Vox, partidos caracterizados por su fuerte apuesta por la disrupción en redes sociales, son también epifenómenos de esta nueva estructura de flujos de información que sigue desplegándose, y cuyos efectos son aún difíciles de prever en toda su dimensión. El reto de cara al futuro inmediato es alumbrar nuevos modelos teóricos que permitan aprehender, divulgar y hackear esa nueva estructura mediática como el Modelo de Propaganda chomskiano lo hacía a finales de los ochenta, así como incluir en la agenda pública la gestión y regulación del propio terreno de juego.

Bibliografía

Alvarez-Peralta, M. (2018). «From #15M to Podemos: Updating the Propaganda Model for Explaining Political Change in Spain and the Role of Digital Media», en Pedro-Carañana, J. et al. (eds.), The Propaganda Model Today, University of Westminster Press, Londres.

Boyd-Barrett, O. (2004). «Judith Miller, The New York Times, and the propaganda model», en Journalism Studies, 5 (4), Routledge, Londres, págs. 435-449.

Corner, J. (2003). «The model in question: A response to Klaehn on Herman and Chomsky», en European Journal of Communication, 18 (3), Sage Publishing, Thousand Oaks, págs 367-375.

Herman, E. S.; Chomsky, N. (2002). Manufacturing consent: The political economy of the mass media, Pantheon Book, Nueva York.

— (2004). «Reply to Kurt and Gladys Engel Lang», en Political Communication, 21(1), Routledge, Londres, págs 103-107.

Fuchs, C. (2014). Social media: a critical introduction, Sage Publishing, Los Ángeles.

Fuchs, C. (2018). «Propaganda 2.0: Herman and Chomsky's Propaganda Model in the Age of the Internet, Big Data and Social Media», en Pedro-Carañana, J. et al (eds.), The Propaganda Model Today, University of Westminster Press, Londres.

García Tojar, L. (2003), «La Redacción Como Institución Total», en Zer: Revista de Estudios de Comunicación, nº 14, Universidad del País Vasco, Lejona, págs 43-58.

Gil, H.,; García, R. M. (2017). «Redes de comunicación del movimiento 15M en Twitter», en Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales, 28 (1), Egolab-GRAFO, Barcelona, págs 135-146.

Goss, B.M. (2013). Rebooting the Herman & Chomsky Propaganda Model in the Twenty-First Century, Peter Lang, Nueva York.

Havas Media Group (2011). «Actitudes ante el Movimiento 15M/ Acampadas». Disponible en: http://recursos.anuncios.com/ files/428/77.pdf

Iglesias, P. (2015). «Understanding Podemos», en New Left Review, nº 93, New Left Review Ltd., Londres, págs. 7-22.

Klaehn, J. (2003). «Model Construction: Various Other Epistemological Concerns: A Reply to John Corner's Commentary on the Propaganda Model», en European Journal of Communication, 18 (3), Sage Publishing, Thousand Oaks, págs 377-383.

Linares-Lanzman, J.; Pérez-Altable, L. (2015). «Usos de Twitter durante el 15M. El caso de la prensa catalana», en Sur le Journalism, 4, Bruselas, págs 64-75.

Mullen, A. (2009). «The propaganda model after 20 years: Interview with Edward S. Herman and Noam Chomsky», en Westminster Papers in Communication and Culture, 6(2), University of Westminster Press, Londres, págs 12-22.

Mullen, A.; Klaehn, J. (2010), «The Herman-Chomsky Propaganda Model: A Critical Approach to Analysing Mass Media Behaviour», en Sociology Compass, 4(abril), John Wiley & Sons Ltd., Nueva York, págs 215–229.

Newman, Nic., (2015). Reuters Institute Digital News Report 2015: Tracking the Future of News, Oxford-Reuters Institute for the Study of Journalism, Oxford.

Pariser E. (2011). The Filter Bubble: What the Internet Is Hiding from You, Penguin Press, Nueva York.

Pedro-Carañana, J. (2011). «The Propaganda Model in the Early 21st Century (Part I)», en International Journal of Communication, 5, USC Annenberg Press, Los Ángeles, págs 1865-1905.

Peña Ascacíbar, G., (2018). «La construcción de la hegemonía en redes y prensa: la disputa del relato 15M», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Dpto. Periodismo III.

Peña-López, I.; Congosto, M.; Aragón, P. (2014). «Spanish Indignados and the evolution of 15M: toward networked parainstitutions», en Journal of Spanish Cultural Studies, 15(1-2),

Routledge, Nueva York, págs 217-219.

Sierra Caballero, F. (2006). «Pensar el control informativo. Fundamentos y perspectivas del Modelo de Propaganda norteamericano», en Miguel Vázquez y Francisco Sierra Caballero (coords.), La Construcción del Consenso. Revisitando el Modelo de Propaganda de Noam Chomsky y Edward S. Herman, Siranda, Madrid.

Sparks, C. (2007). «Extending and refining the propaganda model», en Westminster Papers in Communication and Culture, 4(2), University of Westminster Press, Londres, págs 68-84.

Thompson, P. (2009). «Market manipulation?: Applying the propaganda model to financial media reporting», en Westminster Papers on Communication and Culture, 6(2), University of Westminster Press, Londres, págs. 73-96.

---

56. Universidad de Castilla-La Mancha.

57. El MP ha sido objeto de críticas (Mullen y Klaehn, 2010: 219), contracríticas (Herman y Chomsky, 2002, 2004; Mullen, 2009) y propuestas de actualizaciones (Corner, 2003; Boyd-Barrett, 2004; Sparks, 2007; Thompson, 2009; Álvarez-Peralta, 2018), permitiendo ampliar la base de evidencia que avala al MP y avanzar en su caracterización y aplicación en diferentes contextos (Klaehn, 2003; Sierra Caballero, 2006; Pedro-Carañana, 2011; Mullen y Klaehn, 2010).

58. Véase «Google News cierra desde hoy en España», diario El Mundo, 16 de diciembre de 2014. Disponible en: https://www.elmundo.es/tecnologia/2014/12/16/548f9448e2704eed688b458d.html

59. Véase nota de Reporteros Sin Fronteras, disponible en https://rsf.org/en/news/tweak-facebook-algorithm-penalizes-media-content

60. Véase comunicado de Facebook, disponible en https://www.facebook.com/iq/insights-to-go/6m-there-are-more-than-6-million-active-advertisers-on-facebook

Parte V

Miradas desde el otro lado del Atlántico

El 15M español y el 2001 argentino: los movimientos feministas como herencia de lucha social

Eduardo Chávez Molina*[61] *y Javiera Fanta

[62]

Diez años separan a los movimientos del 15M español y el «2001» argentino,[63] pero a pesar de la distancia temporal, las demandas han sido similares. En efecto, ambos movimientos condujeron a una profunda reconfiguración del escenario político en cada país.

El movimiento social y político español parte de la indignación ciudadana proveniente no sólo de las políticas de austeridad del Banco Central Europeo posterior a la crisis de 2008, sino también de los engranajes políticos e institucionales heredados del Pacto de la Moncloa, proceso paradojal de la Transición sin justicia, tras cuatro décadas de dictadura franquista.

En base a ello, las demandas —tal como son tratadas en varios capítulos de este libro— no sólo estaban referidas a la situación económica, sino a un formato cultural basado en ampliar la democracia, el debate, la participación, y en evitar aquellos aspectos que hoy en el presente aparecen como puntos nodales de las crisis que afectan a nuestras sociedades, fruto de la pandemia: la precarización del empleo y el estrangulamiento del sistema sanitario después de años de continuos de recortes, como se da también en otras áreas sociales (educación, ciencia y medioambiente, entre otras).

El período de tiempo es distinto, asincrónico, entre Argentina y España. El «15M argentino» se desarrolla en el 2001 durante los días 19 y 20 de diciembre, aproximadamente diez años antes y en el marco de una eclosión social ante las medidas de austeridad neoliberal, cuyos representantes —miembros de partidos tradicionales— se adaptan a un modelo político económico que dejaba tras de sí un fuerte impacto social —la pauperización extendida y prolongada de la mayoría de la sociedad argentina—, y con tópicos muy claros sobre quiénes se habían indignado con las políticas neoliberales, implementadas durante diez años de un gobierno menemista que había visto en clave rioplatense su versión del Pacto de la Moncloa: el Pacto de Olivos y una constitución progresista de 1994.

La movilización callejera, la organización popular autónoma centrada en la pertenencia barrial, la organización comunitaria y las movilizaciones continuas durante casi dos meses involucraron a cinco presidentes, y culminó con una represión que provocó más de 36 muertos y que se prolongó hasta el invierno del 2002 con más víctimas de los movimientos de trabajadores de desocupados, los cuales se movilizaban en reivindicaciones sobre el empleo e ingresos en las grandes urbes argentinas (Schuster, F. et al., 2002).

Lo sintomático de estos movimientos —tomando en cuenta las diferencias políticas, coyunturales, históricas e institucionales de ambos países— fueron ciertos paralelismos en la demanda con claros cortes generacionales y temáticos, que pueden señalarse de la siguiente forma:

• Protestas espontáneas ante la crisis económica existente; en el caso argentino, en un marco de medidas políticas que afectaban duramente a sectores medios y populares (crisis de la convertibilidad peso a dólar, y «corralito» de los depósitos bancarios); y en España, la crudeza de los recortes, en plena crisis del capitalismo occidental desatada por el Gran Recesión de 2008 y las políticas de austeridad, sobre todo en España y Grecia.

• Asimismo, una mayor demanda de participación política, en el caso argentino, por el agotamiento de los planteos programáticos de

los partidos tradicionales, situación que se aprecia con fuerza en el 15M, así como la aparición de colectivos múltiples que interpelan la forma y las decisiones políticas institucionales, vía congreso principalmente. Allí se desprenden dos soluciones disímiles para el caso argentino: la reconfiguración de un partido tradicional como el Partido Justicialista, con base en la clase trabajadora, tanto tradicional —asalariados formales y sindicalizados—, como en la emergente ante la crisis —desocupados y trabajadores informales—, que se expresan mayormente en un realineamiento dentro del peronismo que ha sido denominado «Kirchnerismo», y que como hoja de ruta de su Gobierno hace suyas las principales demandas del proceso colectivo de manifestaciones del 2001 (Mazzeo, 2014).[64] En el caso español, es la aparición de nuevos partidos, que implican principalmente una adición de organizaciones existentes de expresión barrial y sectorial que logran condensarse tres años después en Podemos, pero así también en una expresión liberal conservadora, como Ciudadanos.

• Dentro de las demandas colectivas similares, fue el tema del acceso a viviendas y las consecuencias, por un lado del «corralito» y la devaluación, que impacta fuertemente en el precio de las viviendas, y el valor de las hipotecas, sobre un mercado inmobiliario dolarizado; y por el lado español, las situaciones de desahucio ante el incumplimientos de los pagos de hipotecas, debido tanto a la desocupación creciente como al desinfle del valor especulativo de las viviendas, con posterioridad a la crisis del 2008.

• Por otro lado, las demandas de ingresos y de ocupaciones de jóvenes, ante el aumento de la desocupación, con tasas inéditas en ambos países, y situaciones de precarización y pauperización creciente, también colmó las movilizaciones y la participación en las plazas en el caso español, y en las asambleas barriales en el caso argentino.

Aunque las salidas de la crisis y las respuestas sociales a las demandas fueron disímiles, hay ciertos aspectos que vale la pena subrayar y apreciar con más detenimiento en este aspecto crucial: la mayoría de los participantes de ambos movimientos sociales fueron jóvenes.

La progresión que siguió el fenómeno del 15M puede ser observada a la par de Argentina, pero ya no como una extensión de las demandas del 2001, sino marcando la agenda tácita que dejo dicho movimiento y la demanda generacional que dejó esa experiencia cuya manifestación se expresa en las luchas actuales de los movimientos feministas.

El eje de análisis que presentamos se acerca a un conjunto de interrogantes y cuestiones que han dejado la aparición de nuevas generaciones en la escena política y su trascendencia en la esfera institucional, así como también en el ámbito social de base y, por último, como mecanismos de expresión a través de las redes.

La otra mirada particular hace referencia a la distancia de clase con respecto a las intervenciones, lo cual configura demandas particulares sobre el empleo, el gobierno, la salud, la educación y el hábitat.

Sin lugar a dudas, una de las grandes revelaciones del 15M y también del «2001 argentino» fueron las y los jóvenes, que emergieron en pos de demandas que se centran principalmente sobre su situación actual y la proyección del futuro. Pero también es notorio que dichas demandas, en vez de recorrer un camino de probables logros y mejoras, han ido opacando con fuerza los reclamos esperanzadores proyectados en dichas movilizaciones.

El escenario con veinte y diez años de diferencia para Argentina y España tiene una deuda inmensa con los jóvenes, que se aprecia en la actual coyuntura:

• Alta tasa de desempleo, con características propias de cada país de acuerdo su estructura ocupacional: mayor desocupación en Argentina de jóvenes con educación media, y en términos comparativos, alta desocupación española de jóvenes con educación superior.

• Contratos flexibles y a tiempo parcial, lo cual genera una fuerte inestabilidad de ingresos, que no permite organizar con certezas la vida independiente juvenil ni la trayectoria laboral adecuada.

Rasgo, éste, acelerado en Argentina en este tiempo de pandemia a través del empleo vía plataformas para la logística de distribución de mercaderías.

• Un fuerte proceso de pauperización, producto de bajos ingresos, contratos temporales, o ingresos ligados directamente al logro de la tarea, desprovisto de protecciones.

• Aumento de contratos laborales bajo la forma de subcontratación, o contratos externalizados (limpieza y seguridad, aunque el primero es la principal actividad juvenil en Argentina), y también empleo en unidades de negocios franquiciadas, que generan condiciones de mayor flexibilización y no respetan los acuerdos salariales sectoriales.

El «que se vayan todos, que no quede ni uno solo» o el «no nos representan» tenían la vitalidad de la protesta juvenil ante los continuos desarrollos de las políticas de empleo, que año tras año generaba las condiciones laborales de precariedad que hoy apreciamos. La rebelión ante el gobierno de los grises (mayores de 50 años) tomó su primera forma en la eclosión social, pero posteriormente las propias leyes y los marcos regulatorios se vieron amenazados por los modelos de negocios, que siempre han escapado a las regulaciones cuando no los benefician, y su confrontación continua con el mundo de trabajadoras y trabajadores que se expresa en el salario.

Pero esta situación es un problema de la democracia y su recorrido.

En la última década, Argentina y España han sido testigos del auge que experimentaron los movimientos feministas a nivel global; movimientos que heredan su actual configuración y forma organizacional a partir de la expresión más reciente de los movimientos populares de ambos países, esto es, el 15M y el «2001», respectivamente.

Al igual que ocurre con estos movimientos populares, las trayectorias que siguen los movimientos feministas argentino y español de la última década poseen varios puntos en común. En

ambos contextos, la violencia sexual y los feminicidios son señalados como uno de los peores flagelos sociales que se sostienen en función del reconocimiento —ya señalado por las feministas de la segunda ola (Millet, 1970; Hanisch, 1970)— de un sistema de relaciones más amplio: el patriarcado. En efecto, tanto en Argentina como en España, los movimientos feministas recientes tuvieron como punto de eclosión sucesos específicos vinculados a la violencia sexual. Sin entrar a desarrollarlo en este capítulo, también ha generado una fuerte oposición y reacción similar en ambos países (véase Chávez Molina y Vergés Bosh, 2019)

En el caso argentino, se trató de la respuesta colectiva al feminicidio de Lucía Pérez (2016), canalizada a través del movimiento «Ni una menos», constituido en 2015 como plataforma que reúne a un amplio número de colectivos, organizaciones y referentes del feminismo nacional, incluyendo la participación de redes internacionales. Ni una menos es el brote generado por los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) que se realizan anualmente en el país desde 1986 —hoy en día, Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis y No Binaries —.

Casi en ese mismo período, en España se hizo manifiesta la indignación colectiva ante el renombrado caso de La Manada (2016); indignación no sólo dirigida a los perpetradores de la violación grupal a una mujer, sino también a todo un aparato judicial y policial sobre el que se sostiene la perpetuación de la violencia de género en todas sus expresiones.

Algunas de las demandas en este terreno, sin embargo, difieren entre ambos países, ya que obedecen a realidades sociales y culturales diferentes. En materia de interrupción del embarazo, por ejemplo, España ya contaba desde 2010 con una ley que despenalizaba el aborto, mientras que en Argentina recién a finales de 2020 se aprobó la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, tras más de cinco años de debate. El acoso callejero, el reconocimiento de los trabajos de cuidados, el tratamiento de las relaciones de género por parte de los medios de prensa y los derechos de las personas LGTBIQ+ son algunos de los temas emergentes en el marco de estos movimientos, cada uno con sus

matices y especificidades, según la coyuntura de cada país.

Ahora bien, ¿por qué esta referencia a los movimientos feministas de Argentina y España y sus paralelismos? No se trata únicamente de movimientos con características y puntos de inicio análogos y casi cronológicamente coincidentes. Como ya adelantamos, son movimientos que incorporan en su discurso elementos sustanciales del contenido y la narrativa del 15M y del «2001» —cuyo núcleo, desde una perspectiva política, es el componente de clase— y que se reconfiguran a partir del reconocimiento del vínculo funcional entre patriarcado y capitalismo neoliberal.

Esta suerte de conjunción y articulación dinámica entre los movimientos sociales del «2001» y el 15M con los movimientos feministas recientes en España y Argentina se expresa, al menos, en dos niveles posibles. Un primer nivel se refiere al desarrollo teórico de los movimientos feministas recientes y las categorías de análisis que desde allí se problematizan. En este punto, es importante observar que el exhaustivo marco conceptual que estructura actualmente al feminismo se ha desarrollado, no sólo a partir de las voces de la academia, sino también gracias a la participación de intelectuales, referentes de la jurisprudencia y del activismo político. En este sentido, el discurso que subyace a ambos movimientos feministas adopta un reconocimiento más amplio acerca de los factores que actúan como enclaves de desigualdad, terminando de distanciarse con ello del feminismo de la segunda ola —propio de las décadas de 1960 y 1970—, que prestaba escasa (casi nula) atención a cualquier otro componente generador de desigualdades que no fuese el género. Hoy en día, los movimientos feministas de Argentina y España —y de muchos otros países, especialmente los más occidentalizados— han incorporado fuertemente el enfoque interseccional en su discurso y su contenido. Perspectiva que permea, además, por los enfoques post- y anticoloniales (Rivera Cusicanqui, 2015) y el transfeminismo, que busca «desesencializar» la idea de género.

Con esto, el feminismo hegemónico —corporizado mediante la figura de la mujer blanca, occidental, de clase media y alta, sin discapacidad, sin hijos y en ausencia de una perspectiva transfeminista— no sólo queda puesto en entredicho, sino que se da

por asumida y se pone en relieve la existencia de diversos clivajes de desigualdad. Se problematiza, así, el hecho de que las desigualdades de género sean tratadas de manera aislada y descontextualizada respecto de quién las experimenta. Se reconoce que tales desigualdades poseen distintos niveles de profundidad, en función de la interacción entre género y un amplio abanico de categorías sociales, tales como la raza, la migración, la identidad de género y la clase social.

La idea de interseccionalidad, en términos de categoría de análisis, comienza a proliferar en la década de 1990, luego de que la abogada Kimberlé Crenshaw (1989) planteara el término para abordar, desde la teoría del derecho, el trato discriminatorio que recibían las trabajadoras negras de la compañía General Motors en Estados Unidos. Su introducción como enfoque teórico-metodológico buscaba crear categorías jurídicas concretas para hacer frente a prácticas racistas respaldadas legalmente, que se presentaban en múltiples y variados niveles (Zapata Galindo et al., 2014).

En otro nivel de análisis, esta idea de interseccionalidad adquiere un contenido político que permea a los movimientos feministas de Argentina y España, y que, en términos de discurso, se nutre de las experiencias del 2001 argentino y del 15M español, respectivamente. En efecto, ambos estallidos, en tanto que movimientos sociales que cambiaron el curso del panorama político reciente en cada país, ponen de manifiesto la perpetuación del factor clase como eje de la desigualdad, así como al sistema de relaciones dentro del cual se organizan estas clases sociales: el neoliberalismo. La trayectoria que siguen el feminismo argentino y el español posteriores a estos movimientos incorpora esta mirada en sus fundamentos políticos, y ya no se posiciona únicamente como un movimiento que busca la igualdad de género. Más aún, la lectura binaria a la que suelen apelar algunos de los discursos que abordan las relaciones de género es puesta en entredicho (en la medida en que se reconoce que las desigualdades en este orden no atañen exclusivamente al binomio hombre-mujer, sino también a otras categorías de identidad de género). En esta línea, la idea de clase impulsada por los movimientos del 15M español y del 2001 argentino pasa a ocupar un lugar estructurador en los discursos

feministas más recientes, y da cuenta de una perspectiva que apunta progresivamente al abordaje subjetivo e intersubjetivo de las desigualdades.

Es allí donde se condensa la historicidad de la tremenda fortaleza que tuvieron dichos movimientos y eclosiones sociales en el contexto de la crisis; la diversidad de demandas y su carácter policlasista. Aunque claramente en ninguno de ellos se expresan las clases directivas y de altos servicios, se generaron los formatos actuales de la interseccionalidad de las luchas colectivas en el siglo xxi.

Bibliografía

Chávez Molina, E.; Vergés Bosh, N. (2019). «La bolsonarización de España», BORDES, (12), págs. 45-53. Disponible en: https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/bordes/article/view/443

Crenshaw, K. (1989). «Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics», University of Chicago Legal Forum, nº 1, art. 8, págs. 139-167.

Hanisch, C. (1970). «The personal is political», en: Notes from the Second Year: Women's Liberation. Disponible en: https://webhome.cs.uvic.ca/~mserra/AttachedFiles/PersonalPolitical.pdf.

Mazzeo, M. (2014). «La rebelión popular del 19/20 de diciembre de 2001 como acontecimiento instituyente de una nueva generación política e intelectual», en https://www.vocesenelfenix.com.

Millet, K. (1970). Sexual Politics, Doubleday, Nueva York.

Rivera Cusicanqui, S. (2015). Contra el colonialismo interno, entrevista realizada por Verónica Gago, Revista Anfibia. Disponible en: http://revistaanfibia.com/ensayo/contra-el-colonialismo-

interno/.

Schuster, F.; Pérez, G.; Pereyra, S.; Martín Armelino, M. B.; Larrondo, M.; Patrici, N.; Vázquez, M. (2002). La trama de la crisis, Universidad de Buenos Aires.

Zapata Galindo, M.; Cuenca, A.; Puga, I. (2014). Guía desde un Enfoque Interseccional. Metodología para el Diseño y Aplicación de Indicadores de Inclusión Social y Equidad en Instituciones de Educación Superior de América Latina, MISEAL, Berlín. Disponible en: https://www.lai.fu-berlin.de/disziplinen/gender_studies/miseal/publicaciones/pub_dateien/GuaDesdeUnEnfoqueInterseccional-MISEAL_F.pdf.

---

61. Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO). Profesor Adjunto de las carreras de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Mar del Plata, Director del Departamento de Sociología en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG-UBA), echavez@sociales.uba.ar

62. Doctora en Demografía (Universidad Nacional de Córdoba). Becaria postdoctoral, Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA)/ CONICET.

63. Si bien en el caso argentino el nombre del movimiento alude a una referencia anual, lo cierto es que, al igual que el 15M español, su punto de eclosión se produjo en sólo dos días: 19 y 20 de diciembre de ese año.

64. «Hacia el año 2007, Nicolás Casullo sostuvo en el libro Las Cuestiones que, a pesar de la “espontaneidad insurreccional autogestora y autónoma que regó las calles de Buenos Aires” en 2001, se tornaba “difícil reconocer sus consecuencias políticas en el campo intelectual”. Agregaba que esos fervores insurgentes y radicalmente transformadores se fueron disipando gradualmente, cediendo a los tradicionales posicionamientos intelectuales republicanos/liberales y populistas/estatistas, dos “versiones” que asumieron la centralidad en el debate intelectual y manifiestamente alejadas “de los credos despertados, en aquella coyuntura, de una

nueva política desde moldes antitradicionales”. Casullo también decía que estas dos versiones encontraban su correlato en dos “explanadas polémicas”: la centroizquierda peronista y la centroderecha liberal. Cada una de estas versiones, amplias y tolerantes, se convirtió en marco de referencia de opciones políticas divergentes. Vale decir que la izquierda tradicional no podía contener esos fervores insurgentes y radicalmente transformadores, en buena medida porque también iban en contra de ella» («La rebelión popular del 19/20 de diciembre de 2001 como acontecimiento instituyente de una nueva generación política e intelectual», por Miguel Mazzeo, 2014).

Experimentos contra el aburrimiento mortal en la espiral del tiempo

Aproximación anacrónica a la deriva Sol-Zucottiana del movimiento de las plazas

65

Luis Moreno-Caballud[66] *y Begoña Santa Cecilia*

67

«Cada forma-de-vida que afecta a un cuerpo, lo atraviesa cargada de una intensidad colectiva, pasada, presente o futura, saturada de un momento de la "vida de la especie" ("especie", ¡qué repugnante palabra!). Si el artesano puede ser una forma-de-vida, no lo es en el fondo sin evocar de algún modo la ciudad medieval y el orden gremial. Esa intensidad colectiva se encuentra presente tanto en la percepción misma que yo tengo del artesano como en su forma de estar en el mundo. Del mismo modo, el guerrero autónomo no aparece jamás sin hacer renacer las andanzas de tantas hordas salvajes. Y ningún niño juega a los indios sin algún tipo de peligro. No es que el pasado los aliente, sino que una misma forma-de-vida los reúne en una constelación, los nimba y transita por ellos».

«El bello infierno», en Llamamiento y otros fogonazos

(texto anónimo)

¿Cuándo empezó? Se decía que nadie salía a la calle, pero, ¿no habían salido ya los estudiantes, los jóvenes, los de Juventud Sin Futuro? Y allí, al otro lado, ¿no había habido ya una manifestación enorme en Wall Street en mayo y «nadie se había enterado»? Al fin y al cabo, ¿no habían salido en enero millones de egipcios? Pero en realidad todo empezó en Túnez, sí, en 2010. Pero ¿no fue ayer cuando vimos la noticia de esos dos hombres que se pegaron fuego en Túnez en protesta por el confinamiento y el desempleo? ¿No fue anteayer que una mujer se tiró por el balcón porque la iban a desahuciar en Cornellà? ¿O era en Valencia, o era en Barakaldo, o en Peñafiel? Un informático en paro, una señora de 66 años que apenas pudo alcanzar la ventana porque estaba enferma, un padre de familia sirio refugiado en el Líbano, un parado rociado en gasolina en protesta por la crisis, ¿o era por los asesinatos de afroamericanos? Estamos en 2012, o en 2018, ¿o fue ya en 2009?, o fue el mes pasado, ¿o fue el año que viene?

Sí, es verdad que antes de Túnez, en 2009, ya había ocurrido la «Revolución Verde» en Irán, con miles de personas tomando el Parque de la Libertad en Teherán, autoconvocadas a través de Facebook y Twitter. Llegar a un sitio, acampar, vivir juntos, demostrarnos que se puede vivir de otra manera. Tiendas de campaña, autoconstrucciones experimentales, yurtas, jaimas. El campamento de protesta de Agdaym Izik en el Sáhara Occidental, madrugada del 8 de noviembre de 2010, los helicópteros del ejército marroquí empiezan a sobrevolar las jaimas que alojan a 20.000 personas que han decidido permanecer allí, hacer de su sacar la vida adelante juntos la protesta. La noche se llena de rugidos de motor, gases lacrimógenos; las jaimas empiezan a arder. ¿Es este el primero de tantos desalojos violentos de nuestros campamentos en lo que algunos han llamado el «movimiento de las plazas», cuyo comienzo se suele situar en 2011?

«Ustedes lo mezclan todo, lo confunden todo». Sí, eso es lo que dice Verónica Gago que les reprochan a menudo a las compañeras

feministas en Argentina. «Ocúpense de los temas de mujeres, sigan hablando del aborto, pero no lo mezclen con los mapuches ni con la deuda financiera, ni con la precariedad laboral, ni con las torturas en la dictadura». Manténgase en su casillero. Ocúpense de su objeto de estudio, manténgase en su disciplina, respeten al menos el orden cronológico y lineal de los sucesos y las distancias entre los espacios. Acepten que las cosas empiezan y acaban, y que luego se celebran sus aniversarios.

Pero ¿y si el desorden como poética y cómo política fuera más fiel a esas revueltas, a los acontecimientos desbordantes que reverberan en ellas? ¿Y si más que hablar sobre ellas quisiéramos conjurar las fuerzas que las anima(ba)n?

¿Cómo sería entonces este texto?

Tal vez las influencias recíprocas entre el 15M y Occupy Wall Street nos aparecerían entonces como relámpagos de intensidad en una constelación fractal que no deja de crecer. Tratar de hacer historia de esas influencias sería quizás entonces reclamarles una cronología anárquica, que por lo demás permanece a la espera agazapada en cualquier intento de trazar una genealogía honesta, pues ésta siempre nos va a remitir a otro y otro y otro antecedente del antecedente (Sol fue antes de Occupy, pero Tahir fue antes de Sol, pero Túnez fue antes de Tahir, pero etcétera).[68] ¿Quién va a negar que la oleada del 2011 fue sólo posible gracias a los movimientos antiglobalización de principios del siglo xxi? Pero claro, éstos tampoco surgieron de la nada, ¿cómo imaginarlos sin el levantamiento zapatista de 1994…? Y en la otra dirección: no parece muy aventurado afirmar que sin los movimientos del 2011, ni la candidatura de Bernie Sanders, ni Standing Rock, ni la PAH, ni Podemos ni los «Ayuntamientos del cambio» hubieran sido lo que han sido, y, es más, sin toda esta agitación hacia la izquierda, quién sabe si el contraataque de la ultraderecha hubiera llegado tan lejos, con su constante copia perversa de las tácticas y modos de hacer de los movimientos… Quién sabe, por otro lado, si se hubiera roto Siria tan brutalmente, pero también si Rojava hubiera sido posible…

Hacia atrás y hacia delante, la tendencia al infinito de la línea nos da ya la clave de que todo esto se puede ver más bien como una

espiral: una y otra vez los de abajo vuelven a levantarse, vuelven a reconstruir sus infraestructuras de vida común, y éstas vuelven a ser atacadas, dañadas, cooptadas, falseadas, explotadas, convertidas en mercancías, en espectáculo, en «temas»… Y cada instancia, cada vez, cada ínfimo aspecto de cada uno de estos levantamientos y reconstrucciones es importante en tanto que es singular.

Así, se rompe la lógica ordenada de causas y efectos agrupados linealmente en torno a jalones que serían cada uno de ellos ejemplos particulares de una generalidad, y lo que aparece es una pluralidad infinita de singularidades interconectadas que nos llevan en direcciones insospechadas, y que cuestionan las periodizaciones con las que habitualmente codificamos momentos de rebelión y momentos de «marea baja». Como se ha mostrado recientemente con maestría en la película El año del descubrimiento, si uno «mira de otra manera» será capaz de ver que precisamente en el año de mayor exaltación del orden neoliberal en España, en el momento de supuesto desierto y derrota total de los movimientos, se produce una insurrección obrera masiva en la ciudad de Cartagena, desde la cual se puede reinterpretar toda la secuencia histórica reciente del Estado español.

¿Cuántas más Cartagenas nos esperan, si abrimos bien los ojos? Si nos sensibilizamos a otras formas del tiempo y del espacio, si nos animamos a ir en busca de las constelaciones de acontecimientos invisibilizados, ¿cuántas pequeñas y grandes insurrecciones, cuántos retornos de las cuentas pendientes que acumulan los de abajo encontraremos en cada gesto, en cada complicidad, en cada afectividad dislocada? Las condenas a la explotación, a la miseria y al desierto existencial se combaten y se desplazan con líneas de fuga y creatividad colectiva abundante a nuestro alrededor, constantemente. Es cierto que las violencias contra lo común son múltiples, complejas e imbricadas, pero también lo son los mundos que las exceden. Frente a posiciones maximalistas que tratan de evaluar, resumir y rentabilizar las revueltas y la creación de mundos desde abajo, dictaminando cuándo empiezan y cuándo acaban los movimientos, y cuáles son los «objetivos» que «han logrado» (siempre con el triste fantasma de fondo del «asaltar los cielos»), nosotras hemos tratado de sensibilizar nuestro oído a otras voces.

Alrededor de los años 1970-1980, en el Estado español, por ejemplo, se empezó a hablar mucho en clave política de algo que en principio puede parecer muy banal, incluso individualista o de «clase media»: el aburrimiento. En una película que, igual que El año del descubrimiento, nos mostró una efervescencia popular que había sido fácilmente opacada por el relato de una «transición a la democracia exitosa» (y que estuvo ella misma olvidada mucho tiempo —Después de… de Cecilia y Juan José Bartolomé—), escuchamos voces de jóvenes que dicen en 1979: «No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre… se compense con la seguridad de morir de aburrimiento». La normalización macrohistórica tenderá siempre a entender este tipo de voces como expresiones del «pasotismo» juvenil, o en todo caso de una «contracultura apolítica y hedonista». Sin embargo, quizás tomarse en serio el dramatismo de la frase «la seguridad de morir de aburrimiento» no esté tan fuera de lugar, visto el creciente índice de suicidios, de «nuevas patologías» y de no tan nuevas —así denominadas— «enfermedades mentales», que parecen acompañar a la implantación del modo de vida neoliberal en el Norte global durante las últimas décadas.

Es sin duda fundamental reconocer las diferencias entre vidas que son tratadas como desechables, condenadas a la guerra constante, a la escasez de alimentos, a la privación de cualquier tipo de seguridad, y otras que gozan del privilegio de tener acceso a vivienda y comida en un entorno pacífico. Pero también es importante poner en relación las múltiples violencias ejercidas por el mismo orden occidental colonial capitalista y patriarcal sobre multitud de seres, sean éstas debidas a la jerarquización y a la desigualdad, o a la aparición de mecanismos de control de las formas de vida, como la individualización, la creación de dispositivos que actúan como prótesis existenciales hipercodificando nuestras conductas, o la sumisión a un orden tecnocrático en el que se nos priva de las herramientas necesarias para dar sentido a nuestras vidas. Estas últimas formas de violencia, que podríamos entender como las causantes de esa especie de «aburrimiento mortal», o quizás mejor, «malestar existencial» que aqueja al Norte global, están profundamente imbricadas con los mecanismos que llevan a condenar a poblaciones enteras del Sur global a la miseria y la desaparición (y, por lo demás, como

sabemos, el Norte está él mismo lleno de Sures). La otra cara de la expansión en el Norte de una subjetividad individual aislada, incapaz de empatía, inmunizada a lo que ocurre a su alrededor por el espectáculo y el consumo, cuya existencia está canalizada por toda clase de mediaciones y de sistemas cibernéticos de control orientados hacia el trabajo entendido como la producción y la depredación de un valor abstracto, es la proliferación en el Sur de vidas explotadas, violentadas, ignoradas o, simplemente, asesinadas.

A veces, cuando esas miradas «macro» que buscan «resultados» se lanzan sobre acontecimientos como los que se ha dado en llamar 15M u Occupy Wall Street, tienden a olvidar la imbricación entre estos dos tipos de violencias y, por tanto, la imbricación que hay también entre las resistencias y líneas de fuga que las desplazan. Es cierto que en la declinación «Norte» y metropolitana de los movimientos de las plazas podemos fácilmente encontrar instancias de «ciudadanismo» (Delgado, 2016), comportamientos individualistas de clase media, o ingenuidad respecto a la pertenencia de las «democracias» neoliberales al orden colonial racista y explotador. Pero quizás resulta más interesante explorar precisamente las tácticas y formas de hacer que sí demostraron su potencia en contextos muy diversos y que lograron crear intersecciones y ecos interesantes entre el Norte y el Sur global, entre las resistencias y los desbordamientos frente a las violencias más burdas y a los más sofisticados instrumentos de control de las subjetividades.

Un amigo americano lo dijo con el típico pragmatismo gringo: durante Occupy, la plaza Zucotti se convirtió en uno de los poquísimos espacios en Nueva York en los que uno se podía encontrar con gente sin la mediación del dinero o el trabajo o el ocio. De nuevo, puede parecer algo banal, pero ¿no es ésta una condición básica para la reconstrucción de una vida común capaz de desplazar el individualismo occidental capitalista? No es lo mismo quemarse a lo bonzo, que parar un desahucio, que crear un lugar de encuentro. Pero ¿no se trataba justamente de encontrar intersecciones que permitieran que las distintas tácticas se intensificaran unas a otras?

Lo hemos recordado muchas veces: en aquellos meses de las

acampadas, los días parecían tener muchas más horas que 24. Mirando retrospectivamente, no podemos entender aún cómo conseguíamos estar en tantos sitios a la vez, con tantos y tantas compañeras de aquí para allá, tramando, compartiendo, tomando las calles, manteniendo al mismo tiempo nuestros trabajos, atendiendo las múltiples gestiones y quehaceres que en tiempos de «normalidad» (¿o deberíamos más bien decir de alienación normalizada?) nos hacían creer que «estábamos muy liados» y «no teníamos tiempo para nada». Ya Einstein lo había dicho, y en 2014 se comprobó experimentalmente en un acelerador de partículas en Alemania: para un cuerpo en movimiento veloz, el tiempo pasa más despacio. En el fondo todos lo sabemos por nuestras experiencias infantiles, pero es tan fácil olvidarlo... En la infancia no se han consolidado aún los mecanismos de inmunización sensitiva y de neutralización de nuestra capacidad de experiencia que el Occidente tardomoderno ha ido refinando hasta el extremo. De ahí que cuando éramos pequeños, algunas tardes de verano pudieran parecer infinitas, o cuando menos, inconmensurables.

Recuperar una subjetividad capaz de experiencia, capaz de dejarse atravesar por una intensidad que excede por completo los límites de lo individual, no fue ciertamente una de las demandas explícitas de los movimientos de 2011, pero quizás sí uno de los principales deseos subterráneos que los animaron. Quizás para entender estos deseos colectivos es útil pensarlos fuera del esquema propio de la metafísica occidental, que atribuye el deseo a un sujeto que trataría de alcanzar el objeto deseado. Si pensamos de otra forma, el deseo sería más bien deseo de liberarse de las identidades que tratan de capturarlo: deseo de más deseo. En este sentido, resulta interesante entender a los movimientos (o más bien: a los acontecimientos políticos intensos), no como proyectos que tratan de alcanzar unos logros, sino como líneas de fuga creativas que desactivan dispositivos que hacían imposible la proliferación de una intensidad colectiva.

¿Podemos acercarnos desde ahí al viejo tema de las influencias entre distintos movimientos?[69] En cada lugar, en cada momento, se trataba de reaprender ese arte de la desactivación (o de la destitución) de acuerdo a condiciones específicas, únicas; pero sin duda los aprendizajes se percibían desde lejos, y se intensificaban

mutuamente. Como tantos emigrantes del Estado español, tuvimos la oportunidad de seguir de cerca estos diálogos que a veces eran explícitos y otros eran tácitos. Así, por ejemplo, si jugamos con la idea de atender a las corrientes subterráneas de deseo que conectaban la singularidad de Acampada Sol con la de Zucotti Park, podríamos imaginar una constelación en la que el rechazo a los medios en Sol reverbera sobre la ruptura de las lógicas del activismo profesional neoyorquino. En ambos casos se consiguió crear colectivamente las condiciones para evitar ser atrapados por dispositivos profundamente paralizantes. Como se ha recordado a menudo, el 15M consiguió desbordar las narrativas prefijadas de los medios españoles, que no pudieron encuadrarlo en ninguno de los «dos bandos» de la política institucional. Pero esta desactivación no se produjo de forma automática, sino gracias a una inteligencia e intuición colectivas que se concretaron en tácticas como la prohibición inicial a los grandes medios de grabar las asambleas y las miles de iniciativas espontáneas —y no tan espontáneas— para la creación de una capacidad de interpretación y narración autónoma —y no institucional— de lo que estaba ocurriendo por parte de quienes lo estaban viviendo. De alguna manera, si el eslogan de la oleada de movimientos antiglobalización había sido don't hate the media, become the media, podríamos jugar con la idea de que en esta nueva oleada lo que parecía flotar en el aire era más bien algo así como don't become the mediation, be the experience.

Así, en varios momentos cruciales de la génesis neoyorquina del movimiento de las plazas recordamos cómo esa otra gran mediación, la del activismo profesional, tuvo que ser pacientemente desactivada, provocando a menudo la exclamación indignada que todavía resuena hasta hoy en nuestros oídos: «Who the hell are these people?», en referencia a los supuestos convocantes de la acampada en Wall Street. Del mismo modo que para la prensa y televisión española no existía la posibilidad de que el 15M fuera algo ajeno a las redes de poder de los dos grandes bloques institucionales, no entraba en la cabeza de algunos activistas profesionales neoyorquinos la idea de que una protesta pudiera no tener «autor», pudiera ser algo distinto a un evento más que añadir a un currículo por parte de sus «exitosos organizadores». Del mismo modo que los obreros italianos en los años 1960 empezaron a

ignorar a sus sindicatos a la hora de autoorganizarse, muchas personas en Zucotti pronto empezamos a frecuentar cada vez menos la asamblea general, que se había convertido en el refugio de las lógicas burocráticas e institucionales de la profesionalización de la política. Parecía ridículo perder la oportunidad de explorar la proliferación de experimentos en los que las personas que se encontraban en las plazas intentaban proporcionarse los medios para tratarse como iguales, pensar juntos, cuidarse, sumar fuerzas, habitar la ciudad de otra manera que no fuera la del trabajo o el ocio y defenderse de la violencia económica y psíquica del capitalismo occidental patriarcal.

Frente a eso que los «Hijos del agobio» de Vallecas llamaban en 1979 «morir de aburrimiento» —y que tal vez ahora se intenta pensar también a veces al usar una palabra tan flexible como «precariedad»—, frente a una vida en la que uno está aislado tanto de los demás como de la posibilidad de experimentar el mundo por infinidad de mediaciones autoritarias, en el 15M y en Occupy Wall Street, como en tantos otros movimientos, se intentó recuperar el encuentro, la experiencia y la desactivación de dispositivos de control, lo cual tal vez constituye una experimentación necesaria para abrir un mundo autónomo, distinto al que ejerce las múltiples violencias que asolan la Tierra. Pues efectivamente, como escribió Marcello Tarì, construir autonomía colectiva tiene más que ver con reinventar el mundo para todos que con retirarse a disfrutar de espacios de «autogestión» para unos pocos: «La Autonomía no responde a una especie de idea abstracta de la autogestión de lo existente, como si superponiendo esquemas de organización y echándole voluntarismo activista pudiera quebrarse la inercia monstruosa del orden capitalista, o fuera posible superar la patología existencial de una subjetividad siempre en busca de reconocimiento, siempre necesitada de ser alguien, normalmente a costa de todo y de todos los demás. La Autonomía sólo puede ser otro uso, de sí y del mundo, inmanente a una cierta intensidad del compartir, a una atención a la alegría y al juego —en la actividad que sostiene lo que creamos y que nos sostiene creándolo—, pero también al esfuerzo requerido, en el parir y en el cuidar, en el crecer y en el permanecer» (Marcelo Tari, 29).

Por lo demás, no faltaron pronto a ambos lados del charco quienes,

probablemente incluso con buenas intenciones, pero definitivamente ajenos a la importancia de este tipo de experimentos con «otro uso de sí y del mundo», declararon que «la gente no puede estar siempre movilizada», invisibilizando una vez más la alegría y el juego de reinventar la vida para convertir lo que estaba pasando en algo más bien parecido al trabajo. Un trabajo para el cual, declaraban, se encontraban más cualificados que la mayoría, y que gustosamente asumirían de ahora en adelante en representación de esa gente que no debía fatigarse demasiado por un exceso insensato de reuniones o manifestaciones.

Y sin embargo, por supuesto, la reinvención de la vida común continúa. No nos interesa hacer un balance del 15M y de Occupy, tampoco nos interesa realmente «estudiarlos», si por ello entendemos convertirlos en un objeto aislado. Lo que queremos es dejarnos poseer por sus fuerzas, que las pasiones tristes de la crítica, de la representación, de la tecnocracia y del miedo sean arrastradas por esa misma intensidad, como está pasando ahora otra vez en el Sáhara Occidental, en el feminismo argentino, en la huelga general de apoyo a los campesinos seguida por 250 millones de personas en la India, en las luchas contra el racismo y contra los feminicidios en todo el mundo. La espiral ha dado otra vuelta, y esta vez parece que muchas de las distracciones e ingenuidades que los movimientos de las plazas en su versión Norte todavía pudieron permitirse, resultan ahora imposibles. La pandemia del coronavirus nos ha hecho sentir también en las zonas más acomodadas del planeta el brutal grado de destrucción que la intervención violenta humana sobre los frágiles equilibrios de la vida en la Tierra puede causar. El malestar frente a las élites del neoliberalismo global que los movimientos de las plazas expresaron sigue chocando con el muro de contención de una supuesta «izquierda» institucional, que al tratar de neutralizarlo termina por canalizarlo hacia la extrema derecha y el fascismo.

La gravedad del momento nos reclama, y tal vez lo menos que podemos hacer es saltarnos este «aniversario» del 2011, declararnos hijos e hijas, pero también abuelos de su fuerza, ignorarlo hoy más que nunca como pasado para habitar la línea de fuga de su constelación inacabada.

Bibliografía

Bartolomé, C.; José, J. (1983). Después de… No se os puede dejar solos + Atado y bien atado, Producciones Cinematográficas Ales S.A, Madrid.

Delgado, M. (2016). Ciudadanismo: la reforma ética y estética del capitalismo, Catarata, Madrid.

Fernández-Savater, A. (2012). «El nacimiento de un nuevo poder social», en Hispanic Review, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, vol. 80, nº 4, págs. 667-681.

Lawrence, J. (2013). «The international roots of the 99% and the "politics of anyone"», en IC - Revista Científica de Información y Comunicación, Universidad de Sevilla, nº 10, págs. 53-72.

López Carrasco, L. (2020). El año del descubrimiento, coproducción España-Suiza, Lacima Producciones, Cromagnon Producciones, Magnética Creative Lab, Alina Film.

Romanos, E. (2016), «Immigrants as brokers: dialogical diffusion from Spanish indignados to Occupy Wall Street», en Social Movement Studies, vol. 15, nº 3, Taylor & Francis, Londres, págs. 247-262.

Tarì, M. (2016). Un habitar más fuerte que la metrópolis. La autonomía italiana en la década de 1970, Traficantes de Sueños, Madrid.

---

65. Este texto tiene una licencia Creative Commons Attribution 4.0 International License.

66. Universidad de Pensilvania.

67. Artista visual y educadora de arte en Brooklyn, Nueva York.

68. O, en el caso español, como señaló Amador Fernández-Savater: «Antes del 15M fueron las luchas contra la Ley Sinde, pero antes de

éstas fue el movimiento V de Vivienda, pero antes de V de Vivienda fue el 11M, pero antes del 11M fue el “No a la guerra”, etcétera».

69. Para otro tipo de aproximaciones al caso particular de las influencias entre el 15M y Occupy Wall Street véanse los artículos de Romanos y Lawrence.

El aporte de los sujetos políticos subalternos en las revueltas de Chile y España

Pamela Vaccari Jiménez

1. La reinvención de la política desde las periferias

Desde el planteamiento descolonial (Quijano, 2019) se considera al proceso civilizatorio global de la modernidad como una forma de poder que ha producido tecnologías que arrasan con la identidad, subjetividad y prácticas de comunidades y sujetos. La evidencia no sólo se encuentra en la empresa colonizadora de África o América Latina, sino también en todas las formas de poder que establece el capitalismo en la vida cotidiana. La propuesta descolonial abarca estrategias de resistencia que buscan transformar las formas de conocer, ser y estar en las sociedades. El sujeto político descolonial se erige reconociendo su identidad subalterna, colonizada, periférica e histórica para reivindicar una ética alternativa al proyecto moderno (Mignolo, 2020). Es un sujeto social que se realiza en los territorios reproduciendo vínculos en lógicas de horizontalidad. En la medida que estas relaciones sociales hacen posible el aprendizaje, la curación y la producción, sin reproducir los moldes del sistema, pareciera emerger el mundo nuevo (Maldonado-Torres, 2008).

Los hechos políticos más llamativos de la última década muestran estas experiencias emancipatorias en Latinoamérica, África y Europa. Son movimientos sociales protagonizados por sujetos políticos periféricos que reclaman formas de vida alternativas y contraculturales a las propuestas por el proyecto colonial moderno capitalista. Son identidades que han experimentado la opresión, explotación y el epistemicidio de sus modos de organización social y política. Estos movimientos, si bien son distintos entre sí, plantean en común la lucha por la dignidad y la autonomía (Zibechi, 2011, 2020; de Sousa Santos, 2017, 2018).

2. Identidad y subjetividad periférica en Chile

En el final de la primera década del siglo xxi se vivía en Chile la encrucijada de una quinta elección presidencial desde el retorno a la democracia en 1990. En enero de 2010 resulta elegido presidente el candidato de la coalición de la derecha, quienes no habían gobernado democráticamente en el país desde el período 1958-1964. El hecho significó un quiebre en los procesos eleccionarios que hasta ese momento habían sido dominados por la coalición opositora a la dictadura de Pinochet (1973-1990). El acontecimiento interrumpió los sucesos que se venían dando de forma rutinaria en el mapa político de esos años y otorgó la primera alerta sobre la percepción de una ciudadanía insatisfecha por los logros de veinte años de democracia (Toloza y Toro, 2017).

En medio de la reorganización que implicaba este nuevo escenario político, ocurre un gran terremoto en la zona centro sur del país el 27 febrero 2010 que dejó a dos millones de personas damnificadas, más de 500.000 viviendas dañadas, 528 fallecidos y 25 personas desaparecidas. Los análisis de la época señalaron la indignación de una ciudadanía que experimentó la falta de atención de sus necesidades, derivadas de la ineficiencia de un Estado subsidiario (Garcés, 2010; Fernández, 2015). El terremoto dejó al descubierto la brecha social chilena, la misma que se había profundizado con los cambios radicales al modelo económico y de Estado bajo la

dictadura de Pinochet (Klein, 2008). Esas medidas apuntaron a la reducción del Estado y a la amplitud del mercado en el control de derechos sociales tales como vivienda, salud, educación y pensiones, y fueron además sustentadas con el cambio de la constitución chilena en 1980. La ciudadanía constató que carecía de derechos en todas las áreas y que lo único que había logrado con la democracia era un amplio acceso al crédito. Las familias se habían endeudado para comprar su vivienda, obtener bienes y servicios generales, la educación de sus hijos, el seguro de salud, pensiones, sin fiscalización al mercado por parte del Estado (Klein, 2008; Rojo, 2019). Se reprodujo como resultado una subjetividad cliente-ciudadana desprovista de seguridad en el presente y el futuro, con la única certeza de que cada quien debía «rascarse con sus propias uñas». Por contraparte, se definió un grupo de personas criticando el modelo, devenidas en identidades periféricas excluidas del diálogo sobre el país. Aparecía la fractura social, la desigualdad y el clasismo como productos del neoliberalismo (Hidalgo, Paulsen y Santana; 2016; Espinoza y Gonzalez, 2016; Goyenechea, 2019; Rojo, 2019).

3. Vientos de indignación desde Túnez hasta España

A la distancia Chile presenció el surgimiento de la llamada Primavera Árabe. Noticias de acciones de resistencia contra un modelo hegemónico. Un hombre, Mohamed Bouazizi, se inmoló en Sidi Bouzid, Túnez, el 17 de diciembre 2010 en protesta por los tratos degradantes que cometieron contra sí agentes del Estado; no sólo para denunciar su situación, sino para alertar también sobre las continuas situaciones de abuso que vivían los ciudadanos en ese territorio. El impacto del suceso no deja indiferente a Chile. Como un sordo y lejano recuerdo, se comparten registros de protestas similares y dolorosas: 11 noviembre de 1983, Sebastián Acevedo se inmola en la plaza pública de Concepción para que la CNI (policía de inteligencia de la dictadura) le devolviera a sus hijos secuestrados (Tesche, Cabrera y Villagrán, 2020). El 30 de noviembre de 2001, Eduardo Miño se inmola frente al Palacio de

Gobierno para protestar por trabajadores enfermos y muertos por la exposición al asbesto, material usado sin control por una empresa privada (Vera y Fernández, 2020). Acciones radicales de sujetos políticos subalternos que dejaron constancia de la crisis de un modelo que les avasalló. Entre diciembre de 2010 y marzo de 2011, Túnez, Egipto, Líbano, Bahréin, Siria, Yemen, Libia y Marruecos, entre otros, iniciaron masivas protestas para llamar la atención sobre sus condiciones de opresión y desigualdad en sus países. Eran reivindicaciones relativas a libertades políticas y sociales, además de serios problemas económicos derivados de la crisis mundial de 2008 (Roque, 2016; Melian, 2017).

Desde España, las noticias que llegaban también eran desoladoras. El pinchazo de la burbuja inmobiliaria en 2008 producto de la crisis económica global, la crisis bancaria en 2010 y el aumento del desempleo —el cual llega hasta el 40% en los jóvenes (Santamaría y Carbajo; 2019)— inundaban de pesimismo a la ciudadanía, pero a la vez consolidó una serie de movimientos sociales que alertaron sobre un malestar ciudadano en ciernes. Entre estos grupos estaban los «sin empleo», «Democracia Real Ya», «Juventud sin futuro», «No les votes» y «Plataforma de afectados por la hipoteca», entre otros. El 15M fue la convocatoria inicial de todas estas expresiones que denunciaron la precariedad y las condiciones económicas de las clases media y baja. Inmediatamente, la protesta se convierte en un gran movimiento social que aglomeró el descontento sobre las condiciones de vida precarias en territorio español. La gran convocatoria daba crédito a la expresión de la indignación, en un movimiento heterogéneo de sujetos políticos excluidos, que estructuró sus propias reglas y sus propios medios para reorganizarse y quedarse en las plazas a las que se fueron sumando miles de personas en diversas acampadas en todo el país. Nacieron un lenguaje y unos códigos de comunicación propios, apoyados por las redes sociales, que establecieron reglas de inclusión, horizontalidad y heterogeneidad (Calvo, 2013; Mangado, 2015; Nez, 2016).

4. Chile y la indignación

En 2010 habitaba en Chile un letargo que había ocasionado el terremoto y derrumbe del sueño democrático. No obstante, la juventud, sujeto político periférico, criticaba el estado de las cosas y pronto el cambio cultural que trajo el uso masivo de las tecnologías smart y redes sociales contribuyeron a la proliferación de ideas sobre derechos y justicia social. Se evidenció un cambio donde jóvenes de todo el mundo confluyeron al mismo tiempo con diversos contenidos en las mismas plataformas. En ese contexto, surge el movimiento estudiantil chileno de 2011 y 2012, que sitúa en la agenda política la discusión sobre los problemas estructurales del país. Antecedentes de protestas similares sólo tuvieron lugar en tiempos de la dictadura, con las convocatorias nacionales entre 1983 y 1986 que contribuyeron a acabar con la dictadura de Pinochet. Si bien el movimiento de 2011 tuvo antecedentes de revueltas previas en 1997 (primer reclamo), 2001 (mochilazo) y 2006 (revolución pingüina), por primera vez se critica el ánimo de lucro en el sistema educativo vigente y se reclama educación gratuita y de calidad. Este movimiento destacó por su capacidad para poner en jaque al Gobierno y por el respaldo masivo que recibió de la sociedad chilena (Montero, Muñoz, Picazo, 2017; Schwabe, 2018).

5. Decepción y rabia global

Los acontecimientos globales del 2011 eran reveladores de una reivindicación de la política emancipatoria radical (Zizec, 2013), a manos de un nuevo sujeto político con estrategias que se podrían describir como descoloniales (Quijano, 2019; Mignolo, 2020; Zibechi, 2011, 2020). Las redes sociales funcionaron como apoyo a los procesos de protestas y como contraparte a la censura de medios oficiales. Tanto en el 15M de España como en el movimiento estudiantil de Chile fueron imprescindibles, para superar el aislamiento, generar participación ciudadana, hacer visibles los conflictos, incidir en la opinión pública y conseguir apoyos del

exterior (Soengas y Assif, 2017; Lugo, 217).

Si bien desde las Epistemologías del Sur (De Sousa Santos, 2017) y las propuestas desconoloniales (Quijano, 2019), 15M y movimiento estudiantil chileno tienen formas y culturas identitarias distintas, coinciden con elementos comunes: iniciados por jóvenes, fundados en la crítica al capitalismo, uso de tecnología y redes sociales, centrados en impugnar a los Estados y sus democracias representativas, críticos con la desigualdad de poder y propositivos en formas alternativas de organización social y política situadas en territorios heterogéneos con vínculos horizontales de reconocimiento mutuo (Zibechi, 2011). Si bien los movimientos sociales latinoamericanos podrían tener más historia con la experiencia de identidad excluida, oprimida, periférica y subalterna, el 15M evidenció una subjetividad que también estaba sumergida y avasallada por el proyecto de modernidad capitalista europeo.

Se suele indicar que los movimientos sociales son capaces de crear nuevas formas de identidad, es decir, una innovación (Moscovici, 1996), y por ello emerge disruptivo y desestructurante para los sistemas sociales. Para el caso de España y Chile, aparece como una identidad nueva de personas jóvenes indignadas contra las estructuras de un sistema político y social injusto. Sus convicciones y argumentos son tan contundentes que permean a todos los segmentos etarios. La identidad común indignada es una identidad social, donde las personas se definen a sí mismas de acuerdo a su grupo social (Tajfel y Turner, 1986). Desde el punto de vista descolonial, esta identidad siempre estuvo allí, sólo estaba sumergida, avasallada por las formas de control del proyecto de modernidad colonial, jerárquica, capitalista y clasista. Los hechos y fuente de los conflictos en los países residieron en la corrupción y crisis del proyecto modernista. La corrupción de la clase política, tanto en Chile como en España, catapultó la institucionalidad y validó los referentes entre sujetos políticos subalternos, personas que viven cotidianamente las mismas experiencias y establecen una ética de trato igualitario sin jerarquías.

6. A desarmar y reconducir

En la secuencia de movimientos sociales que se documentan, el epílogo sobre los resultados es diverso. Para Chile ha significado llegar a 2021 con un reclamo de cambio total de las estructuras del país. La subjetividad periférica y excluida del pueblo, avasallada tanto en la dictadura como en la democracia, tiene en sus manos la posibilidad de escribir una nueva constitución, desde un organismo constituyente y paritario (BBC, 2020). Este hecho inédito se da gracias a la movilización histórica de este sujeto político subalterno, cuya última acción se ve reflejada en la revuelta social de octubre 2019 (Garcés, 2020; Jiménez-Yañez, 2020). Para España, el 15M ha sido la base de otras iniciativas como Stop Desahucios, grupo motor de plataformas ciudadanas y barriales, y sobre todo como opción electoral crítica frente al modelo capitalista (Montañés, 2020). En ambas experiencias se debe estar alerta a la reinstitucionalización de los movimientos. Para ello, de Sousa Santos (2017, 2018) propone la reconducción, es decir, resistir una institucionalización que devendría en una recolonización de los movimientos. Se trata de mantener abierto el diálogo al modo descolonial, en un continuo hacia el encuentro de una ecología de saberes y experiencias, entre diversos sectores de la sociedad con el objetivo de solucionar en términos colectivos. No se trata de utopías, sino de rescatar acciones colectivas de sujetos políticos subalternos que han tomado el poder y el protagonismo del actual acontecimiento político global. Sucesos que han desvelado la crisis del proyecto moderno capitalista y han abierto el camino hacia modos de organización social y políticas más vivibles y dignas (Zibechi, 2011, 2020).

Bibliografía

BBC News Mundo. (2020). «Chile aprueba por abrumadora mayoría cambiar la Constitución de Pinochet: ¿qué pasa ahora y por qué es un hito mundial?», 26 de octubre. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-54686919

Calvo, K. (2013). «Fighting for a voice: The Spanish 15M/ indignados movement», en Flesher, F. C., y Cox, L. (eds.), Understanding european movements: New social movements, global justice struggles, anti-austerity protest, Routledge, Londres y Nueva York.

— (2017). Justicia entre saberes: epistemologías del sur contra el epistemicidio, Morata, Madrid.

Espinoza, Ó.; González, L. E. (2016). «La educación superior en Chile y la compleja transición desde el régimen de autofinanciamiento hacia el régimen de gratuidad», Revista Latinoamericana de Educación Comparada, 7(10), págs. 35-51.

Fernández, S. (2015). «Territorio corporativo, fragmentación socioterritorial y respuestas locales en el Chile post-terremoto, Región del Biobío», Revista Universitaria de Geografía, 24 (1), págs. 41-62.

Garcés, M. (2020). Estallido social y una nueva constitución para Chile, LOM Ediciones, Santiago de Chile.

— (2010). Terremoto natural y terremoto social en Chile. El Terremoto social del Bicentenario, LOM Ediciones, Santiago de Chile.

Goyenechea, M. (2019). «Estado subsidiario, segmentación y desigualdad en el sistema de salud chileno», Cuadernos Médicos Sociales, nº 59, págs. 7-12.

Hidalgo, A.; Paulsen, A.; Santana, L. (2016). «El neoliberalismo subsidiario y la búsqueda de justicia e igualdad en el acceso a la vivienda social: el caso de Santiago de Chile (1970-2015)», Andamios, 13 (32), págs. 57-81.

Jiménez-Yañez, C. (2020). «#Chiledespertó: causas del estallido social en Chile», Revista Mexicana de Sociología, 82 (4).

Klein, N. (2008). La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre, Paidós, Buenos Aires.

Lugo, L. (2017). «Participación y acción conectiva en novísimos

movimientos sociales: el caso del #Yosoy132 y El 15M», International Journal of Political Thought, 12, págs. 35-49. Disponible en: https://search-proquest-com.ezpbibliotecas.udec.cl/scholarly-journals/participación-y-acción-conectiva-en-novísimos/docview/2357423763/se-2?accountid=15690

Maldonado-Torres, N. (2008). «La descolonización y el giro descolonial», Tabula Rasa, nº 9, Bogotá, págs. 61-72.

Mangado, A. R. (2015). «Desbordamientos y viaje hacia la izquierda. Prehistoria del movimiento 15M: de# Nolesvotes a Democracia Real Ya», Daimon Revista Internacional de Filosofía, nº 64, págs. 51-70.

Melián, L. (2017). Primavera Árabe y cambio político en Túnez, Egipto y Jordania, vol. 304, CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.

Mignolo, W. (2020). «Memorias y reflexiones en torno de la de/colonialidad del poder», Políticas de la Memoria, n° 20, Buenos Aires. Disponible en: doi.org/10.47195/20.683 ISSN 1668-4885 / ISSNe 2683-7234

Montañes, M. (2020). «El 15-M: origen, características, fortalezas y debilidades, e influencias y trascendencia», Estudios de la Paz y el Conflicto. Revista Latinoamericana IUDPAS-UNAH, vol. 1, nº 1, págs. 59-73. Disponible en: doi.org/10.5377/rlpc.v1i1.9516

Moscovici, S. (1996). Psicología de las minorías activas, Morata, Madrid.

Nez, H. (2016). «Social Movements Facing the Crisis: Indignados and Occupiers in Europe», en Fillieule O. y Accornero G. (eds.), Social Movement Studies in Europe: The State of the Art, Berhahn Books, Nueva York. Disponible en: http://www.jstor.org/stable/j.ctvgs0c35.16

Quijano, A. (2019). «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. Espacio Abierto», Cuaderno Venezolano de Sociología, 28 (1), págs. 260-301.

Rojo, S. A. R. (2019). «Chicago boys en Chile: Neoliberalismo, saber experto y el auge de una nueva tecnocracia», Revista Mexicana De Ciencias Políticas y Sociales, 64 (235), págs. 139-164. Disponible en: doi:http://dx.doi.org.ezpbibliotecas.udec.cl/10.22201/fcpys.2448492xe.2019.235.61782

Roque, M. À. (2016), «Los jóvenes en la Primavera Árabe», Ankulegi. Revista de Antropología Social, (19), págs. 11-24.

Santamaría, E.; Carbajo, D. (2019). «Emergencias de la crisis: Figuras antiheroicas del emprendimiento juvenil en España», Política y Sociedad, 56 (1), págs. 191-211. Disponible en: doi:http://dx.doi.org.ezpbibliotecas.udec.cl/10.5209/poso.60030

Schwabe, N. (2018). «"No somos hijos de la democracia, sino nietos de la dictadura": El movimiento estudiantil chileno en 2011 y después», Nueva Sociedad, nº 273, págs. 98-109. Disponible en: https://search-proquest-com.ezpbibliotecas.udec.cl/scholarly-journals/no-somos-hijos-de-la-democracia-sino-nietos/docview/2035668510/se-2?accountid=15690

Soengas-Pérez, X.; Assif, M. (2017). «El ciberactivismo en el proceso de cambio político y social en los países árabes», Comunicar, 25 (53), págs. 49-57. Disponible en: doi:http://dx.doi.org.ezpbibliotecas.udec.cl/10.3916/C53-2017-05

de Sousa Santos, B. (2018). «Epistemología del sur. Un pensamiento alternativo de alternativas políticas», Geograficando, 14 (1). Disponible en: doi:http://dx.doi.org.ezpbibliotecas.udec.cl/10.24215/2346898Xe032 e032, junio de 2018, págs. 1-8.

Tesche, P.; Cabrera, J.; Villagrán, G. (2020). «La inmolación de Sebastián Acevedo Becerra en Concepción (1983), Región del Biobío, Chile: La polisemiosis de lo político», Historia 396, 10 (1), págs. 319-348.

Toloza, M.; Toro, S. (2017). «Amigos cerca, enemigos más cerca: el gobierno de Sebastián Piñera y las dinámicas legislativas en Chile», Revista Uruguaya de Ciencia Política, 26 (1), págs. 131-149.

Vera, M. D.; Fernández, G. F. (2020). «El cuerpo es el mensaje: hacia una cartografía de los cuerpos en el estallido chileno del 18-O en Plaza de la Dignidad», SOBRE: Prácticas artísticas y políticas de la edición, nº 6, págs. 85-94.

Zibechi, R. (2020). «Acumulación por robo y violencia sistémica», Concilium, nº 384, págs. 11-23.

— (2011). Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas, Baladre, Málaga.

Zizec, S. (2013). El año que soñamos peligrosamente, Akal, Madrid.

---

70. Universidad de Concepción.